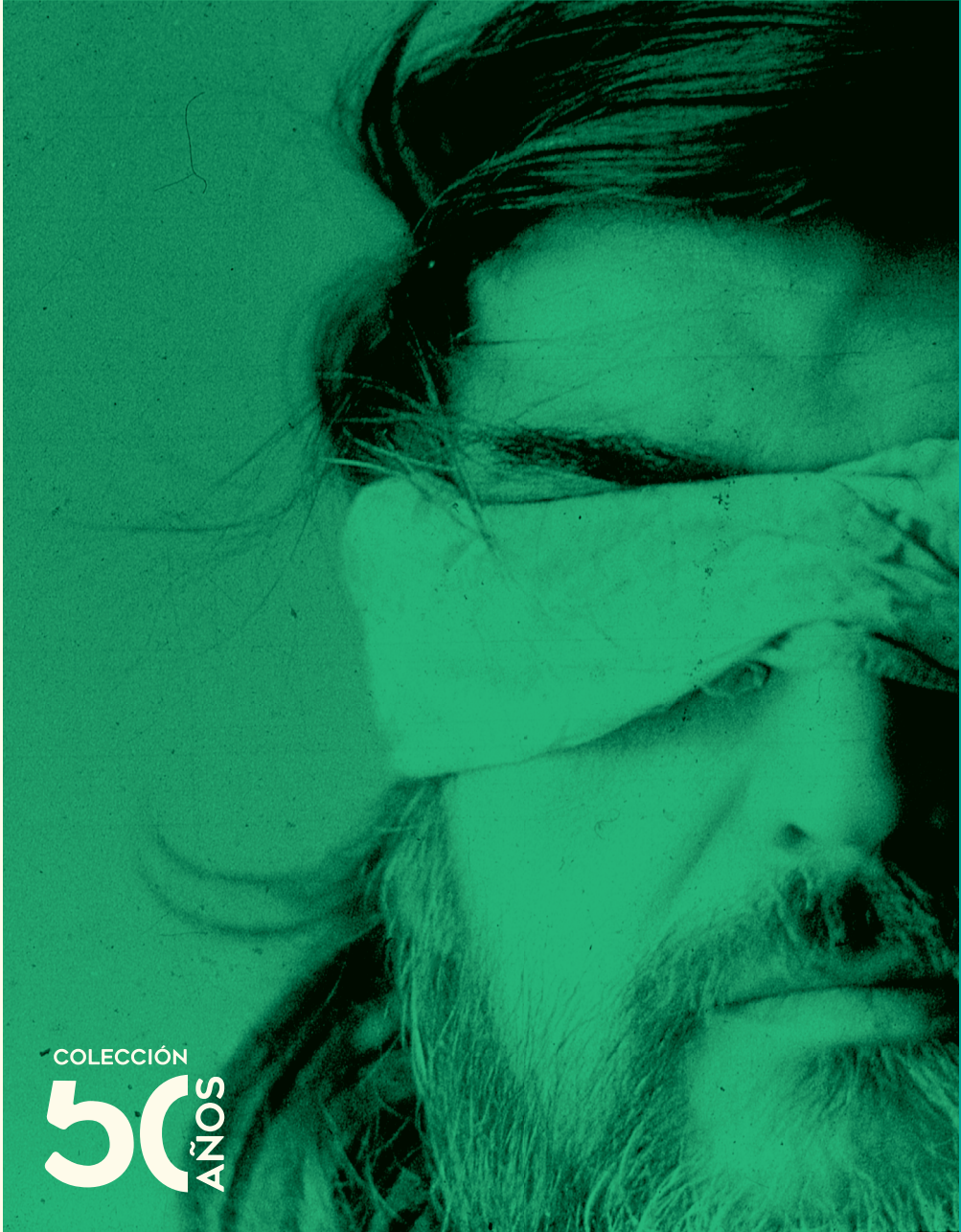


NÚÑEZ

TESTIMONIOS DE PRISIÓN



ELISA MASSARDO / CAROLINA PIZARRO (eds.)

COLECCIÓN
50
AÑOS

NÚÑEZ

TESTIMONIOS DE PRISIÓN



CONMEMORACIÓN 50 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO - UTE - USACH

Esta colección reúne obras relativas al golpe de Estado y a la dictadura chilena, situando en el centro a la Universidad Técnica del Estado (UTE), para dar cuenta de sus efectos. De esta manera, entrega una visión coral sobre dicho proceso, compuesta de estudios académicos, documentos, entrevistas, testimonios, reportajes y textos literarios de autores disímiles en cuanto a su formación, inclinación política y pertenencia institucional, lo que provee a la colección de una diversidad en sus géneros y miradas.

Núñez. Testimonios de prisión

Elisa Massardo / Carolina Pizarro (editoras)

Editorial Universidad de Santiago de Chile, 2023
Av. Víctor Jara 3453, Estación Central, Santiago de Chile
Tel.: +56 2 2718 0080
www.editorial.usach.cl

© Elisa Massardo / Carolina Pizarro (editoras), 2023

I.S.B.N. edición impresa: 978-956-303-642-8

I.S.B.N. edición digital: 978-956-303-643-5

Director de la colección: José Santos-Herceg

Director editorial: Galo Ghigliotto G.

Edición: Catalina Echeverría I.

Diagramación: Andrea Meza V.

Diseño de colección: Karin Gildemeister B.

Montaje de portada: Ana Ramírez

Primera edición, noviembre 2023

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico o mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la editorial.

Impreso en Chile

**ELISA MASSARDO / CAROLINA PIZARRO
(EDITORAS)**

NÚÑEZ

TESTIMONIOS DE PRISIÓN


EDITORIAL
USACH

COLECCIÓN
50 AÑOS

Índice

Prólogo.....	9
Guillermo Núñez. Extractos de entrevistas de Elisa Massardo y Joaquín Alvear H. 2021-2022	13
TESTIMONIO DE GUILLERMO NÚÑEZ LEÍDO ANTE EL CONSEJO DE LA UNESCO.....	19
Soledad Bianchi Entrevista con Elisa Massardo, junio de 2023	37
DIARIO DE VIAJE	51
Pedro Núñez Entrevista con Elisa Massardo, noviembre de 2021	111
EL CUADERNO DE PUCHUNCAVÍ.....	123
Pablo Núñez Entrevista con Elisa Massardo, junio de 2023	201

Prólogo

El primer texto que encontrarán en estas páginas, en cuyas líneas se lee la voz de Guillermo Núñez, se ha realizado en base a una investigación de varios años, a entrevistas y lecturas sobre su vida y obra. Cada frase escrita en esa narración data de una fecha y contexto distinto, de un periodo que podríamos situar entre el día que nos conocimos, hace unos diez años atrás y la actualidad.

La sociedad ha cambiado desde la dictadura, pero quizás debería escribirse como pregunta más que afirmación, porque finalmente, ¿qué cambió después el retorno a la democracia?, ¿qué cambió con los juicios a los perpetradores?, ¿qué cambió después del estallido social?, ¿qué cambió después del plebiscito? Es más, cómo puede alguien que fue sometido a la tortura, leer y pensar, sobre todo estos últimos dos acontecimientos, tan líquidos en cuanto a las decisiones de los votantes y que resultaron tan devastadores en cuanto a la esperanza. Todo aquello que nos rodea sociopolíticamente tiene un efecto sobre nosotros. Y aquello que nos afecta como individuos aplica también al colectivo. Probablemente sea por eso por lo que las biografías son tan relevantes, pues sirven para analizar la vida y nuestra historia. En la historia del arte chileno aún falta mucho trabajo por realizar, sobre todo a nivel biográfico e incluso testimonial. Aún tenemos en vida a personajes valiosos que nos pueden relatar el pasado, el sentir, el por qué o el cómo de sus creaciones y de qué manera leen o los afecta el presente.

Es curioso cómo podemos abordar el género testimonial. Las declaraciones, reflexiones o conversaciones de un actor histórico son consideradas testimonio por quienes las leemos, pero ¿lo son por aquel que las emite? Guillermo, claramente, respondería que no y es aquello lo que me motiva a escribir este prólogo: “Nunca hubo una intención testimonial, porque nunca hablo de que estoy en prisión, la palabra prisión no se dice nunca porque, además, como está basado en cartas que enviaba a mi casa, yo no quería. No se podía porque pasaba por la censura”. Sin embargo, pareciera ser inevitable el subtexto, la lectura entre líneas, aquello que no está dicho en sus diarios de prisión: *Diario de viaje* y *El cuaderno de Puchuncaví*. Da la impresión de que entre cada letra se esconde el grito profundo de la detención, de la privación de libertad, de la tortura. Pareciera ser inevitable ver en cada trazo de los dibujos la impotencia del dolor ajeno; en aquellas torsiones corporales y posturas incómodas, se lee el dolor.

Ese dolor se puede entender como una experiencia y quizás como un testimonio, porque va más allá de una descripción realista de los sucesos, más allá del morbo o de la curiosidad, más allá de un dibujo que retrata tal cual lo que ocurre y que, en palabras de Núñez, se puede confundir fácilmente con un orgasmo o con algo que no tiene nada de espantoso: “Miguel Lawner, por ejemplo, dibujó los lugares donde estuvo preso. Hay unos dibujos del Lucho Corvalán leyendo. Es curioso, dan la impresión de que están en un campo de veraneo”, para luego continuar: “Nunca quise hacer una cosa así, testimonial, porque cuando estábamos presos éramos un montón de *gallos* que estábamos con los ojos vendados, sentados cada uno en su cama. No tenía nada de espantoso verlo”, porque efectivamente hay imágenes que, sin contexto ni relatos, pueden nublar el juicio o frivolar la realidad.

Las personas no existimos por sí solas como entes aislados. Es por esto que en este libro se incluyen entrevistas a Soledad Bianchi, compañera de vida de Guillermo Núñez, a Pedro y a Pablo, sus hijos, quienes también vivieron la prisión de su padre, el exilio y la lucha política que se dio en Chile en dictadura. A ellos, junto a Guillermo, agradezco profundamente la confianza y la honestidad para

contestar preguntas directas e incómodas. Agradezco también a Joaquín Alvear H., quien me ha acompañado en las entrevistas y en esta investigación autogestionada, solamente por la pasión de aprender y de recorrer el pasado, para así contribuir a los estudios de la memoria, testimonios e historia del país.

ELISA MASSARDO

Guillermo Núñez

Extractos de entrevistas de Elisa Massardo
y Joaquín Alvear H.

2021-2022

Empezamos a tener bastante jóvenes una responsabilidad política, yo entré a la Juventud Comunista. Sergio también fue comunista, en realidad todos mis hermanos fueron comunistas. Mi papá, no. Él era un hombre que no entendía mucho de política, pero tenía ideas decentes. Incluso un tiempo, porque sus hermanos eran del Movimiento Nacional Socialista, ellos corrieron el riesgo de ser asesinados en el Seguro Obrero, el año 38. Eso fue algo que a mí me marcó mucho, la masacre, porque era una cosa de una crueldad absoluta. Unos muchachos que se levantaron equivocadamente, pero no era como para asesinar así, impunemente.

Con mis compañeros en el Instituto Nacional, todos los días, lo único que hacíamos era discutir. No peleábamos, pero discutíamos, en buena... Me empecé a dar cuenta de lo que era la realidad, de la cual uno se había desconectado. Estaba viviendo en otro mundo, un mundo de la pequeña burguesía.

A las Juventudes Comunistas entré cuando ya estaba en la universidad. Estaba formado o preformado en muchas cosas. En literatura, por ejemplo... me había leído a todos esos viejos: Kafka, Joyce, ellos eran difíciles. Leí a Dostoievski.

Yo ya estaba en la universidad y coincidió con la Ley Maldita de González Videla, la Guerra Fría... Había unos amigos ahí, en la universidad, y como me veían interesado me invitaron a participar... La verdad es que era muy caótico, todas esas cosas, porque en el fondo era pasar de manera entretenida con algunos amigos las reuniones de base. Nos juntábamos a tomar once, después hacíamos bailoteo,

qué se yo. Políticamente, así de hacer cosas y aprender marxismo, nada. Nunca. Yo debo haber leído algunos libros marxistas, pero aparte del *Manifiesto del Partido Comunista* y después alguna cosa de Lenin o Stalin, pare de contar. No leía ese tipo de literatura, pero no sé por qué empecé a trabajar mucho con la gente y fui muy amigo de Volodia Teitelboim, José Venturelli, José Miguel Varas. Ellos eran más formados, estaba muy involucrado en hacer cosas, pero yo no era un ideólogo. En el fondo, no fui nunca un ideólogo.

Nunca tuve una formación sólida en ese sentido, era más bien emocional toda esta cosa... Recuerdo que cuando fui a Moscú para el Festival de la Juventud con mi hermano, bajamos del tren y salí gritando, así, feliz. Llegar a la Plaza Roja era como llegar al cielo. Ahí yo iba en el grupo de los dirigentes que habíamos estado organizando todo para poder ir a Moscú, pero yo más bien debo haber sido un tipo al que le gustaba organizar cosas, una especie de curador... Por ejemplo, yo organicé esa exposición *El Pueblo tiene Arte con Allende*. En una carpa hicimos serigrafías donde yo hice el paco ese... Esa fue idea mía. Yo siempre estaba inventando cosas de ese tipo. En el fondo eso es lo que hacen los curadores hoy en día.

Éramos como las barras bravas, con un espíritu menos violento, pero éramos más o menos eso.

Nosotros abandonamos, dejamos eso, yo lo fui dejando... En el tiempo de la Unidad Popular yo ya no era comunista, estaba fuera del Partido. Me había alejado, pero seguía teniendo amigos comunistas.

No sé con quién me encontré el día que ganamos las elecciones. Estábamos felices, nos abrazamos. Estuve para el discurso de Allende ahí, debajo de donde él estaba hablando en la FECh, en la Alameda. Recuerdo que iba yo por la Alameda, frente al teatro Normandie, ese cine que había ahí, y había un muchacho que para expresar su alegría andaba con las manos en el suelo. Estábamos felices y me encontré con Gabriel Martínez, un amigo que era director de teatro y con el que habíamos trabajado juntos. Entonces estábamos felices, pero dije yo: "Oye, pero esto lo vamos a pagar muy duro algún día", porque era evidente que esa cosa la iban a hacer pedazos. Por lo menos yo lo sentía en ese momento, después se me olvidó. En ese momento... ganamos, pero... es que el poder que tiene la burguesía...

Ya en dictadura, después de mi primera detención, sentí la necesidad de expresarme con mi arte. Monté una exposición que fue polémica. Eso fue bastante difícil, el decidir hacerla. Yo imaginé en esa época 4 exposiciones, que iban a ir una detrás de otra, y que tenían características diferentes. Una era con los dibujos que yo hice recién salido de la primera prisión. Eran dibujos pintados en hojas de papel negro, con figuras con blanco encima y colores. Son como 21, y esas conforman una serie que se llama *El libro del buen jardinero*, porque están basadas en las experiencias en la prisión. Yo pensaba que nosotros, los presos que estábamos allí, éramos como los jardineros de la Reina de Corazones, que pintábamos. Ellos pintaban con rojo las flores, las rosas. Yo pensaba que el hecho de que estuviéramos presos ahí, en esas condiciones, en vez de alejarnos a nosotros de la lucha, nos hacía más rojos todavía. Por eso yo pensaba que éramos los jardineros del jardín de la Reina de Corazones, de *Alicia en el País de las Maravillas*. La otra exposición eran imágenes que eran normales y que se deformaban, porque dada la situación en la que nosotros vivíamos, se cargaban de una visión política. Y la otra eran estas mismas imágenes, de manera que iban a estar ahí puestas y la gente se las iba a llevar a su casa. Las iban a ir sacando y metiendo en un papel, en una carpeta, y se las iban a llevar.

La primera era un poco fuerte, *El libro del buen jardinero*. Así que dije que hiciéramos primero la otra, porque era más divertida, y claro, era divertida, pero muy cargada por concepto. Yo creo que es la primera manifestación de arte conceptual en Chile, y nadie lo ha dicho, nadie le *ha dado pelota*. Es la primera manifestación y aparece, por ejemplo, el grupo CADA, como habiendo inventado todo esto, y lo mío es muy anterior a eso, pero no lo toman en cuenta, porque nunca tuve un crítico que hablara como tienen los del CADA. Todas las cosas que ellos hicieron nadie se dio cuenta de que ya existían. Lo que hicieron en su casa, o que tiraban unos papeles desde el cielo y que se paseaban con unos carros de esos que venden leche por toda la ciudad, nadie se daba cuenta de que eso ya existía.

En cambio esto, era evidente que la corbata de color azul, blanco y rojo, anudada y colgada al revés, como una horca, era la bandera chilena transformada en horca. La Violeta Parra metida adentro de una jaula, unos zapatos metidos dentro de una jaula, era evidente que

el arte estaba siendo perseguido y todo lo demás. Entonces, se cerró, me metieron preso de nuevo y eso me costó la expulsión.

Cuando preparaba eso, tenía la conciencia de qué pasaba con esa exposición: si yo la hacía y no pasaba nada, quería decir que había sido como *un cuete*, una cosa que no había tenido repercusión, y si me volvían a meter preso de nuevo, como ocurrió, yo dije “bueno, yo ya estuve preso, habrá que ver qué pasa”.

Hablar de eso, explicado desde ahora, es como hablar de la guerra del 79, una cosa así, la guerra del 14, que la gente no logra sentir. Si yo caí preso era porque estaba muy comprometido con todo esto. Entonces tenían razón de meterme preso, razón entre comillas. El hecho de salir en libertad y que otros quedaran presos te creaba una cierta responsabilidad. Entonces yo me imaginaba que no podía quedarme de brazos cruzados, tenía que seguir luchando de alguna manera. Eso implicó caer de nuevo preso y que me expulsaran de Chile y todo lo que viene después. Te arma una vida, pero en ese momento yo sentía esa responsabilidad. Incluso mi hijo me dijo, “papá, te van a meter preso” y yo le dije que tenía que hacerlo, porque si no, no me atrevería a mirarme al espejo, o sea, sentiría vergüenza de mí mismo, y estaba en esa situación. Si yo hago esto, bueno, me pueden meter preso, y si no me meten preso, bueno, no tiene ningún peso, ningún poder, es falso. Estaba en una situación muy ambigua y complicada. No había salida, estaba condenado.

A mí me pusieron en un avión, con un pasaporte que decía que era válido sólo para salir del país. Entonces yo no podía volver de ninguna manera, no tenía permiso, tanto es así que murió mi padre y no pude venir a enterrarlo, entre otras cosas. Y claro, Pedro y Pablo, mis hijos, quedaron aquí, y yo hubiera querido que nos acompañaran, pero ellos decidieron quedarse aquí, y fue una cosa sabia, en cierto sentido no tuvieron que vivir el exilio. Aunque tuvieron un padre ausente, por lo menos tenían una madre que estaba con ellos. Si hubiese sido al revés, quizás habría sido más duro para ellos extrañar a la madre, y estar en un país extranjero, para un muchacho a lo mejor es muy duro, o posiblemente habría sido fantástico porque habrían tenido una educación distinta, tal vez habrían tenido un idioma o se habrían quedado. La vida podría haber sido totalmente distinta. La vida depende de cosas tan simples, por ejemplo, el hecho de que

en un momento determinado tomes una calle y no otra, y te topes con una persona, y esa persona te lleva a otra y a otra, y te cambia la vida. Por ejemplo, las personas que yo conocí, que podía no haber conocido, y que por esas personas que conocí yo caí preso, y porque caí preso hice determinadas cosas, y determinadas exposiciones, y mi pintura se fue por ese lado, y mi pintura cambió cuando tuve que salir del país. Y eso es porque en vez de tomar la calle Ahumada, tomé la calle Estado.

El diario de prisión. Ahí están, los escritos en prisión, porque a nosotros nos dejaban escribir una carta a la semana creo, o cada 15 días, entonces yo iba escribiendo, nos daban unas hojas, con una letra chiquitita, después llegaban al Ministerio de Defensa, la mujer de un hermano, Jorge, escribía a máquina, lo transcribió todo, todas esas cartas.

Le dije yo, “me la podrías transcribir”, y lo hizo, porque a ella no le costaba, entre comillas, porque era secretaria de uno de los gallos de la Junta, ella, entonces en la misma oficina fueron escritas esas. Iba leyendo así y *taca taca taca*.

Son impresionantes. Esos textos los armé como un diario. Le di esa forma de diario, los fui repartiendo más o menos a la fecha que correspondían y qué sé yo. El diario como diario fue formado afuera, pero todo ese texto fue escrito adentro como carta.

TESTIMONIO DE GUILLERMO NÚÑEZ LEÍDO
ANTE EL CONSEJO DE LA UNESCO

Breve noticia del texto

Empecé a escribir el testimonio después de llegar a Francia. Me lo pidieron del partido y de la UNESCO. Fui a ver al representante de teatro de la UNESCO para saludarlo y decirle que estaba ahí. Él me invitó a que hablara y parece que el partido había hecho sus gestiones.

Lo leí en septiembre de 1975. Cuando fui, también estaba el rector de la Universidad de Concepción, que había escrito un testimonio. Antes de que nos anunciaran se retiraron los representantes de Chile y de China, juntos. Se retiraron ostensiblemente.

Después se publicó en una editorial en Inglaterra, en inglés. Se llamaba *The spectacular this is*, una editorial poco leída, y también se hizo una edición en España y algunos se publicaron en Alemania. En la Alemania Democrática, la del este. En Francia se publicaron en una revista que se llama *Digraphe*. De eso se encargó una amiga nuestra que es escritora.

El día 3 de mayo de 1974, a las 3 de la tarde, cinco coches de los Servicios de Inteligencia de la Fuerza Aérea de Chile rodeaban mi hogar. Soldados con cascos, uniformes de guerra y ametralladoras fueron dispuestos en posición de combate apuntando desde todas las direcciones hacia mi casa.

Todo este despliegue guerrero para detener a una sola persona, sin más armas que sus pinturas y pinceles, que vivía en soledad en un lugar apartado de Santiago. Dirigía la operación de este comando, en el que no faltaban los *walkie-talkies* para comunicarse con otros coches apostados en las cercanías, el comandante de Aviación Edgar Ceballos, un oficial de mirada escurridiza, a quien incluso la revista *Time* le ha dedicado varias páginas por su celo exquisito en torturar. Ceballos o Cabezas, como solía también hacerse llamar, tuvo el descaro de decirme que estaba a merced de ellos, que nadie sabría de esta operación, lo cual era cierto, y que podrían hacer conmigo lo que les viniera en ganas: torturarme, fusilarme, hacerme desaparecer y el mundo no se enteraría de mi suerte, lo cual era también cruelmente cierto como lo han demostrado hechos anteriores y posteriores.

Mi casa fue allanada, todo minuciosamente registrado y dado vuelta: libros, fotografías, cartas, dibujos, ropas, todo fue inspeccionado y botado al suelo en un desorden infernal. Me esposaron, luego de registrarme en busca de armas quizás y me llevaron en la parte trasera de un furgón Citroen, custodiado por soldados armados, a los subterráneos de la Academia de Guerra de la Aviación (A.G.A.), lugar de torturas donde permanecían presos en unas seis o siete salas,

una población fluctuante de 50 a 100 personas más o menos, las cantidades variaban día a día. Todas incomunicadas, vendados los ojos y muchas amarradas con cadenas a las camas, como animales.

Me acogió un largo pasillo con puertas a ambos lados, custodiadas por soldados armados, por él se veían deambular prisioneros vendados conducidos por soldados hacia los baños o los lugares de interrogatorio y tortura. Se sentía al entrar un aire pestilente al que luego terminaría por habituarme. Inmediatamente fui fichado, se me asignó un número —el 41—, se me vendó la vista y fui conducido a la sala de interrogatorios donde una persona a quien yo no veía nunca, me interrogaría mezclando la suavidad exquisita con la violencia, llegando incluso al halago o al aterrizamiento brutal.

Me pusieron frente a una luz potente donde personas supuestamente conocidas por mí, que yo no debía ver, parecían identificarme: grosera artimaña ideada para amedrentarme y hacerme confesar conexiones políticas, militantes, que sólo existían en la mente de mis aprehensores. Soy un hombre de ideas de izquierda, pero no tengo militancia política.

Me fueron explicando minuciosamente todas las torturas a las cuales podrían someterme si no confesaba. Estaba acusado de haber escondido en mi casa a un político de izquierda buscado por la policía militar. Esta persona, en verdad había estado alojada en mi casa, pero yo ignoraba su verdadera identidad y exacta filiación política, sólo motivos absolutamente humanitarios me habían llevado a albergarla.

Durante 15 días fui interrogado exhaustivamente sobre mi vida privada, mis estudios, mis viajes, mis ideas políticas, sobre profesores y alumnos de la Escuela de Bellas Artes de la cual yo había sido profesor. Se me preguntó por la adhesión política y supuestos contactos o actividades de profesores, alumnos, artistas, intelectuales en general, incluso sobre su vida privada o afectiva, por mis conocidos, por mis amistades de derecha e izquierda. Todo parecía serles útil, incluso los detalles más banales. Se me obligó a hacer retratos hablados de las personas que visitaban a mi huésped o de las que me visitaban a mí.

Durante este tiempo convirtieron mi casa en una “ratonera”, se establecieron en ella, saqueando mi despensa, robaron alimentos, ropas, aparatos caseros, útiles y materiales para mi trabajo, fotografías, libros, pinturas, pisotearon mis dibujos, destruyeron obras únicas,

lo ensuciaron todo esperando allí agazapados que cayeran supuestos contactos, evidentemente nadie llegó nunca.

Éramos 10 o 12 presos en una antigua sala de clases con ventanas en la parte alta, que permanecían clausuradas para no dejar escapar la luz, pues en aquella misma época se realizaban en ese mismo edificio los “juicios de la FACH” en los cuales fueron condenados a largas penas una decena de dirigentes políticos y soldados.

Estábamos mezclados hombres y mujeres durmiendo en camarotes dobles. A mí se me asignó un colchón en el suelo. Algunos prisioneros, considerados más peligrosos, eran esposados a los catres para dormir. Teníamos un cartón con un número pegado a nuestra ropa, habíamos perdido nuestro nombre, nuestra calidad de seres humanos, éramos ahora sólo un número como los jardineros de la Reina de Corazones en *Alicia en el País de las Maravillas*.

La luz artificial permanecía encendida día y noche haciéndonos perder la sensación del tiempo, éramos algas flotantes. En los últimos tiempos, luego de terminados “los juicios”, se nos permitió abrir las ventanas y podíamos atisbar algo de una realidad diferente y luminosa.

Durante el día, desde las 6 de la mañana a las 10 de la noche, debíamos permanecer sentados en una silla con los ojos vendados constantemente, sin derecho a comunicarnos entre nosotros, bajo la estricta vigilancia de un soldado con metralleta que permanecía en la pieza de día y de noche. Cualquier infracción verdadera o supuesta era motivo de castigos corporales duros y vejatorios, sin derecho a protesta, debíamos tragarnos nuestra rabia e impotencia. Se obligaba, por ejemplo, al prisionero a permanecer media hora o una hora, con las rodillas flectadas, apoyado sólo en la punta de los pies y con los brazos estirados a la altura de los hombros sin subirlos ni bajarlos, al cabo de algunos minutos todo el cuerpo era agitado por fuertes convulsiones que provocaban la hilaridad de los carceleros y el dolor y la humillación del prisionero.

Teníamos, a veces, derecho a permanecer sin venda durante una media hora aproximadamente, a intervalos irregulares y caprichosos, por turnos, y de acuerdo a la cantidad de presos existentes. En este lapso podíamos leer o escribir a un sólo familiar una sola hoja semanal, correspondencia que, por supuesto, era rigurosamente

censurada, lo mismo que la que recibíamos desde fuera. A esta garantía se tenía derecho sólo después de los primeros 20 días de detención.

Durante la noche, la radio aullaba estruendosamente de modo que casi no se dormía y si alguien a consecuencia de esto era sorprendido durmiendo durante el día, también era severamente castigado.

La tensión nerviosa era permanente, en una atmósfera contaminada por el humo de cientos de cigarrillos, el aire enrarecido, el silencio obligado, la inactividad, la ausencia del tiempo, los días repetidos, uno igual al otro, el terror a la tortura, de la cual uno nunca estaba seguro de librarse.

Veíamos llegar constantemente a los compañeros después de los interrogatorios, muchas de las veces torturados o golpeados salvajemente. Los dejaban botados en el suelo como guñapos o rastros, forma humana que demoraba dos o más días en poder moverse.

A veces en medio de gritos, golpes de fusil, el ruido siniestro del martilleo de la bala que pasa pronta a disparar, los aullidos, sentíamos arrastrar a algunos prisioneros por el pasillo. Nunca más se sabía de ellos. Eran los que no habían resistido y se insubordinaban o enloquecían.

Vivíamos bajo la presión de constantes alarmas precautorias a cualquier hora del día o de la noche, a veces reales, producto de la torpeza o el terror de los propios soldados, en las cuales éramos obligados a botarnos en el suelo helado con los pies separados y las manos en la nuca, en las que los guardias, con bala pasada en sus metralletas y apuntándonos directamente, tenían orden de disparar al menor movimiento nuestro.

Para ocupar los baños debíamos ir de uno en uno, siempre vendados y, muchas veces, defecar con la puerta abierta mientras el guardia nos apuntaba con su fusil, y todo esto casi corriendo. En el último tiempo se nos permitió salir agrupados, por piezas, al jardín que rodea el edificio de la Academia. Era hermoso tomar el sol y aspirar el aire puro en medio de tanto verde, con la cordillera nevada al fondo, durante media hora cada dos o tres semanas, pero esta medida que nos permitía sentirnos seres humanos durante un rato estaba enturbiada por anomalías que se arrastraban por meses en el servicio de agua, además que los pozos de desagüe estaban congestionados: todo esto se traducía en desperfectos y problemas en los baños que nunca

fueron reparados. Nos pasábamos meses sin agua durante todo el día, la que llegaba sólo media hora en la mañana y otro tanto en la noche, tiempo absolutamente insuficiente para que 50 u 80 personas se asearan. Los escusados estaban tapados y sin agua para evacuar los detritus: los orines y excrementos se amontonaban. Era horrible defecar u orinar sobre esta inmundicia, el olor en todo el subterráneo era insoportable, las moscas abundaban y las posibilidades de enfermedades o epidemias muy grandes. No tuvimos la posibilidad de ducharnos durante meses y el sólo hecho de conseguir permiso para orinar era una victoria. Uno aprende allí lo intolerable y angustioso que puede ser el simple hecho de retener obligadamente sus necesidades primordiales.

Pero todo eso resultaba vivible al lado de la tortura constante de la venda en los ojos. Es un tormento gratuito, sutil y brutal de presión síquica sólo destinado a deshacer al ser humano, a reducirlo a un estado larvario, en que la única manera de escapar a la locura es hundirse en los recuerdos hermosos, en la vida y en el futuro que siempre se quiere imaginar más humano y luminoso.

Pero aun así, los que estábamos en una pieza y con cama, debíamos considerarnos privilegiados, al lado de los que cada día iban ingresando. Estos recién llegados eran obligados a permanecer durante días o semanas de pie en el pasillo, muchas veces sin comida durante días y a veces hasta sin agua y en la mayoría de los casos sin derecho a un colchón por la noche y, a veces, gran condescendencia, se les permitía dormir sentados en una silla.

Encontraría a muchos de estos compañeros, después en los campos de concentración de Tres Álamos y Puchuncaví.

Salí de este infierno el día 9 de octubre, sin cargos, en libertad condicional, con 15 kilos menos y con la obligación, bajo pena de arresto, de firmar una vez por semana en el Ministerio de Defensa, con absoluta prohibición de abandonar la ciudad de Santiago y mucho menos el país. Seguía preso, sólo que mi cárcel era ahora un poco más vasta y podía ver y hablar..

Toda esta cruel experiencia fue convirtiéndose, en esos días de libertad condicionada, en dibujos, pinturas, grabados, poesías y formas escultóricas que me decidí a exponer en cuatro salas diferentes de Santiago, entre los meses de marzo y mayo de 1975. En estas

exposiciones hablaría del hombre alienado, destruido, aniquilado, humillado, con ojos vendados, obligado a mirar realidades distorsionadas, atravesando el espejo de Alicia, un cadáver con movimientos obligados, automáticos, sin tiempo, el cadáver que yo había sido durante cinco meses y seis días.

Sólo la primera de esas exposiciones pudo inaugurarse. Después de mi segunda detención, las otras no pudieron realizarse por orden de la Junta militar, bajo amenaza de prisión a los encargados de las galerías. La inauguración tuvo lugar el 19 de marzo a las 7 de la tarde en la galería del Instituto Chileno Francés de Cultura, organismo dependiente de la Embajada de Francia en Chile. La exposición la conformaban objetos cotidianos dispuestos de un modo inhabitual, al igual que los *ready-made* de Marcel Duchamp, de hace medio siglo atrás, en los que al decir de Pierre Cabanne: “la elección deliberada del artista cambia la destinación primaria del objeto, le asigna una vocación expresiva imprevista”¹. Yo, allí, les daba a objetos corrientes que me eran habituales, un valor de diálogo buscado o encontrado. El objeto corriente se desborda por una suerte de mágico sortilegio, este se carga de un poder nuevo, abismante. Es un arte que nace de la realidad vivida, con pleno vigor, tan visceral, y con el mismo derecho a ser observado y aceptado como la pintura o la escultura que hemos heredado de los viejos maestros, y ningún general, con la fuerza de las armas y bajo ninguna circunstancia, podrá negarle vigencia como obra de arte, porque hasta incluso con ese acto, que los artistas conceptuales firmarían, está ayudando a darle trascendencia y lograr lo que el arte siempre busca: hablar, comunicar y hasta indignar.

Había allí jaulas de pájaros, cedazos, mallas, parrillas, rosas, trampas de ratones, nombres, reproducciones de pinturas: Delacroix guiando al Pueblo, un *Guernica* firmado por mí, telas desgarradas, manos azules, la Gioconda y Violeta Parra sonriendo para siempre, zapatos viejos, espejos para reflejarse y hundirse en ellos, falsos retratos, panes amarrados, jaulas amarradas y una corbata... Una simple corbata rayada de tres colores: azul, blanco y rojo, comprada en Nueva York, anudada y colgada al revés sobre una superficie acera-da. La DINA, aparato represivo de la Junta, vio allí la bandera de la

¹ Pierre Cabanne, Pierre. *Entretiens avec Marcel Duchamp*. Paris, Editions Pierre Belfond, 1967, p. 11.

Patria como horca, la vio así porque es en eso en lo que ellos la han convertido. ¿Comenzaban a hablar los espejos?

Allí no había títulos insultantes, sólo arte hablando.

Vio una injuria a la Junta militar en una corbata puesta al revés, en las jaulas la libertad encadenada, el aire prisionero, los presos numerados y vendados, los muertos en las calles, en los espejos el terror y, en la sonrisa de la *Gioconda*, el arte pisoteado. Lo vieron porque ellos hicieron posible verlo. Lo vieron porque la Patria ha sido convertida en una inmensa jaula: han ahorcado la palabra, enjaulado el arte, le han puesto vendas a la verdad y se la han quitado a la Justicia. Cerraron la exposición mientras hablan de libertad y respeto a las opiniones.

Al día siguiente antes del mediodía, personal de la DINA obligó a las autoridades francesas a descolgar las obras y sólo la firmeza del agregado cultural francés impidió que estas fueran destruidas. Ellos mismos silenciaron la prensa y mi nombre fue proscrito de toda publicación. Así, esta exposición había permanecido abierta cuatro horas, denigrante *record* de la dictadura.

A las 5 de la tarde de ese mismo día, el señor embajador de Francia me recibía en la Embajada para expresarme su repudio por este acto arbitrario y el respeto y apoyo de Francia hacia los artistas y, a la vez, informarme que al presentar él su protesta a la Cancillería chilena se le había asegurado que yo no tenía nada que temer. Sin embargo, media hora más tarde, yo era detenido en mi casa por agentes de la DINA que me esperaban con una orden de detención en blanco, que fue llenada allí, en mi presencia, con mi nombre y datos que me fueron preguntados y como testigos de este acto firmaron ellos mismos. Asimismo, se incautaron de algunos dibujos y catálogos y artículos de prensa dedicados a mi pintura.

De nuevo yo desaparecía, sin que nadie supiera de mi paradero. No se me permitió tomar mi chaqueta. Me vendaron, me amarraron con cordeles y me tiraron al suelo de una camioneta Chevrolet que acompañaba a un Fiat 125 amarillo, para llevarme a un lugar desconocido donde permanecí totalmente incomunicado en celda solitaria durante 20 días, sin tener derecho a leer nada ni tener siquiera un lápiz o mi reloj: separado totalmente del mundo. Durante este tiempo sentí siempre las voces y los llantos de dos niñas pequeñas

que estaban prisioneras junto a su madre, en las mismas condiciones mías.

Supe después que ese lugar era Cuatro Álamos, un pabellón especial que posee la DINA en el campo de concentración de Tres Álamos, para los incomunicados que aún permanecen allí largas temporadas a pesar de la Nueva Ley de Seguridad Nacional que explicita que no podrá nadie permanecer incomunicado más de 48 horas. A este pabellón le está vedada la entrada incluso a Carabineros, encargados de la custodia de Tres Álamos, y los presos pasan directamente, sin ningún control de ellos.

El día 27, en la mañana, fui llevado en las mismas condiciones, amarrado y vendado, en mangas de camisa, en otra camioneta a Villa Grimaldi, una de las casas de tortura de la DINA en Santiago. Allí, andando a tropezones fui insultado, pateado y empujado a una celda de madera de 80 por 80 centímetros, sin más luz ni ventilación que la que podía entrar por un agujerito de más o menos una pulgada de diámetro, practicado en la parte alta de la puerta: una especie de ojo vigilante.

A pesar de la soledad y de la oscuridad se nos obligaba a permanecer con la venda puesta. La celda olía espantosamente: una mañana nauseabunda que casi podía tocarse con los dedos, producto de la larga permanencia de los presos que deben sobrevivir allí por semanas o meses sin que nadie sepa de ellos, sin derecho a lavarse nunca, ni mucho menos su ropa si es que han tenido suerte de caer vestidos. Viven en ellas, las más de las veces hacinados de dos o tres de modo que resulta casi imposible dormir.

Sentado en el suelo, en esa oscuridad oía desde las piezas vecinas los gritos de los que eran torturados en la “parrilla”, un somier metálico donde se amarra desnudo al prisionero o prisionera y se le aplica electricidad por todo el cuerpo, especialmente en los ojos, la lengua y los genitales. Escuché durante todo el día los aullidos y los interrogatorios, los golpes, que la música de una radio trataba inútilmente de amortiguar. Incluso tuvieron la osadía de colocar un disco de Víctor Jara, el primer mártir del canto popular.

Era imposible dejar de temblar, el cuerpo se estremecía aterrizado y mi mente con toda mi voluntad puesta en ello no podía controlar el castañeteo de los dientes y las convulsiones espasmódicas de

las manos. Un terror abismal en el cual el ser consciente desaparece para dejar paso a una animalidad asustada que no puede responder de su cuerpo ni de sus actos.

En varias ocasiones durante el día pedí se me sacara a orinar, nadie respondía. Sólo pude salir en la noche. Yo había llegado después de la ronda de la mañana y sólo se permite orinar y defecar dos veces al día a horarios fijos. En la noche nos sacaron en una larga fila de ciegos, tomados unos con otros por los hombros. Fue una sensación insólita poder tocar un ser humano con tanta solidaridad y apreté fuertemente el hombro del compañero que me precedía y que tiritaba de frío. Imposible hablarle.

Se nos ordenó numerarnos, siempre a ciegas, en esa ocasión éramos 56 recluidos en el sector que me había tocado. Luego se nos hizo avanzar, el que encabezaba la fila tropezó violentamente contra un muro en medio de las risotadas y las groserías de los guardias. Deberíamos esperar ahora a la intemperie nuestro turno: cuando me tocó a mí, aún no había alcanzado a orinar, cuando ya me estaban sacando afuera a empujones.

Un poco más tarde se me llevó a declarar y los interrogadores llegaron a la conclusión que existía un error, que mi detención era absurda y que estimaban que yo debía salir libre porque el Gobierno militar era respetuoso de las ideas... Hube de estar preso cuatro meses y diez días sin que jamás establecieran cargos en mi contra y mucho menos se me juzgara.

Muy entrada la noche fui trasladado en la camioneta a mi celda primitiva en Cuatro Álamos y llegué a sentir irracionalmente esa prisión como una bendición luego del horror del cual salía. ¡Y yo había vivido allí sólo un día!... Dejaba atrás a 56 compañeros o quizás más, a quienes nunca pude ver, condenados a sufrir ese infierno por semanas o meses, en condiciones mucho peores que las que yo había conocido.

Una semana después fui sacado por segunda vez a Villa Grimaldi, otro día en circunstancias parecidas con el sólo objeto que anotaran en una nueva ficha el color del pelo, de la piel, y de los ojos, mi peso y mi estatura. También se incautaron con toda desvergüenza de mi dinero que me había sido entregado en Cuatro Álamos, junto a mis otras pertenencias, para simular que salía en libertad.

El día 9 de abril pasé en libre plática a Tres Álamos, recién se me empezaría a considerar oficialmente detenido. Fui de nuevo fotografiado de frente y de perfil, vuelto a fichar y se me inventó una filiación política que no poseo porque, me dijeron, “aquí no hay independientes”.

A cargo del campo está Conrado Pacheco, un caprichoso y sanguíneo oficial de Carabineros, quien se dedica sin descanso y como diversión a hostilizar, insultar y vejar en toda ocasión tanto a los presos como a sus visitas, sometiendo a los detenidos a constantes allanamientos y revisiones ultrajantes.

Se vive allí en condiciones penosas, en un espacio reducido, con gran hacinamiento de prisioneros, donde cuesta mantener el aseo. Poca y mala comida, carente de proteínas y vitaminas.

Existen sólo cuatro tazas de escusados para una población que fluctúa en cada pabellón entre los 100 y a veces 300 presos.

Tres formaciones diarias, en las cuales se pasa lista y luego se nos cuenta y si, por casualidad, alguien se atrasa, es castigado sin visita por 1 o 2 semanas. Estas visitas son de duración arbitraria: a veces media hora, y otras, no más de cinco minutos, entre los gritos y groserías de Conrado Pacheco.

En Tres Álamos dormí en el suelo más de una semana antes que fuéramos trasladados al pabellón que habían ocupado las mujeres. Unas barracas de madera con piezas muy estrechas provistas de camarotes de tres camas superpuestas como nichos, allí no había espacio para permanecer sentado, sólo era posible estar acostado. En compensación teníamos menos frío por el hacinamiento, y los baños eran más numerosos y amplios.

El 28 de abril fui trasladado junto a unos 50 prisioneros más, en medio de un operativo impresionante: tres buses, un camión, un coche celular y alrededor de 40 o 50 carabineros con metralletas. Algunos íbamos botados en el suelo y teníamos estricta prohibición de hablar entre nosotros o de movernos y habíamos sido terminantemente advertidos que a la menor acción sospechosa no trepidarían en dispararnos.

Llegamos a Puchuncaví, una colonia veraniega construida durante el gobierno constitucional de Salvador Allende, que la Junta

militar transformó en campo de concentración, a cargo de tropas de infantería de marina.

Resulta sarcástico contemplar el hermoso paisaje de la costa chilena, rodeado de colinas de infinitos verdes, con atardeceres llenos de nubes y color. Resulta cruel contemplar esta belleza a través de las alambradas, las torres con centinelas armados y los fusiles de los soldados dentro del recinto carcelario.

Allí hay más espacio, mejor comida, menos promiscuidad y el trato es más correcto, si se quiere, en relación a los otros centros de detención, pero depende mucho de los estados emocionales de los comandantes —oficiales de la Marina— que se van rotando cada semana, y la disciplina se hace más, o menos, rigurosa o arbitraria, según sea el criterio más o menos estrecho de cada uno de ellos.

No vivíamos violencia física, a excepción del “picadero”, ni insultos, pero sí una fuerte presión psicológica, muy estudiada.

No se nos consideraba presos políticos sino contingente militar y por lo tanto afectos a una dura disciplina de regimiento.

Debíamos soportar cinco formaciones diarias, dos para repartir el trabajo y contarnos, a veces en plena lluvia por la estupidez de algún comandante.

La bandera debía ser elevada en la mañana y arriada en la tarde cantando el himno nacional, con el agregado impuesto por el nuevo gobierno que, si bien existe en el original, cobra en estas circunstancias un macabro sentido al tener que cantar loas a nuestros nobles y valientes soldados... A estas ceremonias debíamos ir y volver marchando y cantando himnos marciales y guerreros.

Éramos sometidos a ejercicios de infantería, marchas, giros, posiciones firmes, formaciones en las cuales cualquier error debía pagarse con flexiones o ejercicios vejatorios, más que físicamente violentos. Se nos imponían trabajos “voluntarios” que no lo eran, las más de las veces inútiles y gratuitos, sin ningún destino concreto. Por cualquier estupidez o acto considerado como de indisciplina éramos sometidos a “plantones” de varias horas en posición firme, o éramos llevados a “picadero”.

Los escusados estaban descubiertos, sin puertas.

Se trataba de degradarnos, “reeducarnos”, reducirnos a meros autómatas manipulados con señales. Una pedagogía dirigida a

convertirnos en entes mecanizados, borrar de nuestra mente el pensamiento creador y el libre arbitrio: un intelectual allí era considerado peligroso.

En la noche, a las 8, antes de ser encerrados en las cabañas, en forma absurda, debíamos cantar tres o cuatro veces himnos militares: idiotas, aburridos, de dudosa inspiración poética, saturados de un patriotismo chauvinista, hueco y ramplón. Nuestra obligación era aprenderlos de memoria. Esta era llamada la hora de la retreta destinada, según ellos, a liberarnos de nuestras tensiones. Se termina por no pensar y sólo se obedece maquinalmente.

Vigilados constantemente, toda correspondencia, lectura o actividad cultural era estrictamente censurada.

Una selección de recortes de periódicos y de revistas de circulación normal en el país, destinados a ser afichados en el diario mural, eran sometidos a estricta censura y las más de las veces rechazados.

Libros que hablaran de problemas económicos, sociales, humanos, eran interceptados porque afectaban la “salud mental” de los prisioneros. Los libros de Celso Furtado y hasta *La noche quedó atrás* de Jean Valtin fueron rechazados por peligrosos.

La revista *Mensaje*, publicación de los jesuitas que, aunque censurada, circulaba por todo el país, fue prohibida en todos los campos de concentración.

Un número de la revista *Ercilla* en el que aparecía una entrevista al expresidente Frei, fue prohibido porque —según palabras textuales del comandante de esa época— la revista “había sido confiscada por el Gobierno”, a pesar que el ministro del Interior había declarado por la prensa que este número no había sido requisado, sino que se había agotado en todo el país... Alguno de los dos mentía.

Se trataba así, con sutilezas, de destruir en forma consciente, a veces hasta con respeto formal, todo atisbo de pensamiento, de dignidad humana. No les bastaba con privarnos de libertad, sino que se proponían destruir nuestra integridad moral al manipularnos como bultos que ellos debían vigilar, que no pareciesen muy estropeados y que podían trasladar de un lugar a otro sin ninguna explicación.

El día 11 de julio fui llevado nuevamente a Tres Álamos con un decreto de abandono del país por ser “peligroso para la seguridad nacional”, sin haber sido jamás procesado. Pude abandonar Chile, la

prisión, el 30 de julio, gracias a la solidaridad internacional, a la cual no es ajena este foro. Gracias a los desvelos de las autoridades diplomáticas de varias naciones, y especialmente de Francia, que se movilizaron para obtener mi libertad y luego me han acogido en su patria.

Obtuve mi libertad gracias a la presión de cientos de artistas e intelectuales de todo el mundo, que se sintieron conmovidos por este atropello a los derechos inalienables del ser humano, y así lo exigieron con sus firmas a la Junta militar. Fui obligado a abandonar mi patria tan sólo porque creo en un ser humano digno y creador y porque mostré con el arte que los derechos del hombre, el derecho a la cultura, la libertad de pensamiento y de expresión son una inmensa mentira en el Chile de hoy.

Soledad Bianchi

Entrevista con Elisa Massardo
Junio de 2023

Conociste a Guillermo un poco después del golpe y antes de la primera vez que estuvo en prisión, ¿cómo se conocieron y de qué forma estos acontecimientos afectaron ese periodo?

Nos conocimos porque teníamos un amigo común y me invitó a almorzar a la casa de Guillermo. Él era el compañero de una muy amiga mía y siempre me decía que me iba a presentar a Guillermo. Fuimos a almorzar donde él. Después como de un mes, un día salimos y él me dijo que era posible que lo estuvieran siguiendo, porque había tenido un tipo en su casa y había caído preso.

Los hijos de él iban los fines de semana a su casa y me dijo que fuéramos el domingo al cine. Esos días no nos íbamos a ver y el domingo no me pasó a buscar. Estaba preso. Después supimos que estaba preso. Yo no conocía a nadie de su familia. Mi amigo fue a la casa de los padres, porque eran amigos desde siempre y ahí le contaron que lo habían tomado preso. O no sabían siquiera, no sé, en ese tiempo era tan loco todo.

Guillermo había tenido a un dirigente. Supuestamente él no lo sabía, una amiga le había pedido que lo tuviera. Él cayó preso y dijo: antes estuve en la casa de Guillermo Núñez y lo tomaron preso. Estuvo preso como cuatro meses y medio en la Academia de Guerra de la FACh. Con los ojos vendados casi todo el día, en condiciones muy difíciles. Lo tomaron como en mayo.

En octubre, una vez sonó el teléfono en mi casa como a las 10:30 de la noche y era él. Venía saliendo y sus padres vivían muy

cerca de los míos. Nos vimos un ratito y al día siguiente me dijo que fuera con él a su casa y así fue.

Estuvo como cuatro meses preparando las exposiciones. Yo conocí a su familia, y qué sé yo. Nos juntábamos con pintores, con artistas como Roser Bru, Tatiana Álamos, creo que Brugnoli, en la casa del agregado cultural de Francia, para hablar un poco de las exposiciones y de cultura. Guillermo tenía cuatro exposiciones y preguntó cuál les tinca más. Todos dijeron que la de las jaulas porque no se iban a dar cuenta. Entonces, en marzo del 75 se inauguró la exposición de las jaulas en el Instituto Nacional Francés que estaba, en ese tiempo, frente al Municipal, y al día siguiente lo tomaron preso. Estuvo otra vez cuatro meses y medio o cinco meses, pero ahí lo echaron del país por peligroso para la seguridad nacional. Y yo me fui con él. Nos fuimos juntos a Francia.

Estaba obsesionado con las exposiciones y decía que estaba obligado moralmente porque los compañeros habían quedado dentro, entonces, nunca le dije que no las haga, pero era muy posible que lo tomaran preso. Estaba con libertad condicional, por lo demás. Todos los viernes iba a firmar al centro, íbamos juntos. Íbamos al cine, generalmente después, y tenía que ir a firmar ahí cerca de La Moneda, donde estaba la base de los *milicos*.

¿Cuál fue tu primera reacción cuando supiste que estaba detenido?

Mira, la verdad es que no puedo decir que no me extrañó tanto. Por supuesto hubiera preferido que no, pero ese día cuando no apareció Guillermo, yo dije hay tres posibilidades: una, es que lo hubieran tomado preso; la segunda, es que Guillermo hubiera tenido un infarto y podría haberse enfermado; y la tercera, que no quisiera salir conmigo, pero eso era raro, porque me lo podía haber dicho, o sea, era grande para decirme “oye, no quiero salir”. Entonces, era como obvio, además de que me había avisado: “yo tuve un tipo en la casa, lo tomaron preso, así que es posible que me estén siguiendo”. Y en esa época cualquiera caía preso por cualquier cosa.

¿Lograron comunicarse mientras estaba detenido?

No. Cuando estuvo detenido en la FACH, nunca, porque yo no conocía a la familia. Y él podía escribir, creo que una carta a la semana, que además la censuraban. Y le escribía a su familia, a sus hijos. No tuvimos ningún contacto, nada. No más que yo le pedía a ese amigo que fuera a averiguar de él.

El primer reencuentro fue cuando te llamó por teléfono...

Claro, era divertido porque en esa época había pocos teléfonos. Guillermo encontró un teléfono público, me llamó y nos vimos. Yo estaba estudiando. Él había bajado no sé si 30 kilos en prisión, entonces arrastraba los pies. Había muy poca gente en la calle. Yo vivía en la calle Bernarda Morín y los padres de Guillermo en Obispo Salas. Era casi al lado, y arrastraba los pies, era bien impresionante. Y al día siguiente nos fuimos a su casa.

Cuando a él lo tomaron preso, los de la Fuerza Aérea se quedaron mucho tiempo en su casa, como un mes o más. Se llamaba ratonera, era para tomar presa a la gente que llegaba, pensando que Guillermo era un dirigente del MIR, qué sé yo. Y bueno, tomaron presa a la gente más especial, ponte tú, papás de amigas de él. Guillermo estaba asustado de que hubieran puestos micrófonos, pero parece que no. Pero desordenaron todo, robaron cosas, la comida se la llevaron...

¿Cómo vivías toda esta realidad?, ¿te sentías muy involucrada?

Sí, totalmente.

El tiempo legal de desaparición era de 20 días. Entonces, debe haber sido en la segunda prisión, porque yo aparecía. Además, como no éramos casados era bien difícil. Tenía que llevar a la mamá, que era una señora mayor que no entendía mucho. Había un centro nacional de detenidos, y era tremendo porque yo hacía *cola*, o sea, hacíamos *cola* centenas de mujeres. Y con lo clasistas que son los *pacos* o gente de investigaciones, entonces a las mujeres más pobres les decían: “qué

se va a desaparecer su marido, señora, se debe haber ido con otra”, y hacían *chistes* y bueno: “sería comunista”. Esas cosas horribles.

Yo incluso hablé con el cardenal Silva Henríquez, porque una amiga que vivía cerca me dijo que le escribiera una carta y que se la llevara. Cuando se la llevé, toqué el timbre y me recibió. Tiene que haber sido con la segunda prisión, porque nadie creía que por una exposición estuviera preso. En la primera no podía meterme yo, porque la familia no me conocía.

Así que me sentía muy implicada y totalmente de acuerdo. Yo era militante, además. Así que yo pensaba que era lo que correspondía, al momento.

¿No te daba nervios o miedo estar involucrada?

Yo era muy irresponsable, digo ahora. En ese tiempo me creía la pasionaria. Más miedo me daba, por ejemplo, una vez que fui a la Cruz Roja y ahí me dijeron que los 20 días de desaparición eran legales. El terror era que en esos 20 días lo mataran. Y, además, el *secreteo*, porque tú no le podías contar a todo el mundo que tu compañero estaba preso. Yo estudiaba, entonces uno tenía que hacer vida normal, hacer como que era vida normal.

En la segunda prisión, compartían más con la familia...

En la segunda prisión, después de 20 días, llamaron por teléfono a la casa de los padres y dijeron: “Guillermo Núñez está en Tres Álamos”, que era una prisión, pero se podía visitar. Y entonces, la mamá parece que estaba enferma, así que yo fui con el papá y ahí Guillermo me dijo: “si me expulsan, ¿te irías conmigo?”. Y yo le dije “sí”.

Y lo iba a ver a Tres Álamos, cuando podía. Después lo cambiaron a Puchuncaví. Ahí iba bastante. Además, la gente era tremendamente solidaria. Entonces algunos compañeros me prestaban casa; también dormíamos en el pueblo. Cobraban 1.000 pesos la noche, en unas casas que eran de particulares. Uno dormía con otra compañera, yo por lo menos dormía vestida, bueno, todos dormíamos vestidos, porque no sabíamos quién era el de al lado. Era muy fregado.

En Puchuncaví, que era un pueblo muy chico, no había ni prostíbulos. Y el prostíbulo surgió a causa de la prisión que pusieron. O sea, el campo no lo pusieron ellos. Era ese campo de veraneo que se hizo en tiempos de Allende y lo usaron para los presos. Eran los navales los que estaban a cargo y crearon un prostíbulo; el pueblo cambió totalmente. La gente era solidaria, pero eran muy pobres también, todos eran muy pobres. Entonces nos prestaban las camas o las arrendaban a 1 escudo o 1.000 pesos, que era poco.

Me acuerdo que la Dorita Guralnik, la mamá de Carlos Berger, me prestó una casa en Quinteros. Yo convidaba a compañeras que tampoco conocía y nos íbamos a dormir ahí, porque en Puchuncaví tenían derecho como a cinco días de visitas. Casi nadie podía ir cinco días viviendo en Santiago. Era caro ir. Había que ir en bus. En ese tiempo la gente no tenía auto. Así que en Puchuncaví yo lo visitaba bastante. Nos revisaban a la entrada, por ejemplo, si uno llevaba revistas te obligaban a dejarlas ahí, las censuraban a veces. Ahí pasé bastantes fines de semana, lo más que podía.

¿Cómo eran esas visitas?

No controlaban mucho. Ellos eran como 200 y era un campo. La idea que tengo es como de un potrero. Eran casas prefabricadas que eran para los veraneos de los obreros. Había un lugar donde te podías pasear, estaba con alambre púa, marcado. En general, no eran visitas tan cortas tampoco. Era agradable (ríe con ironía).

¿Cómo se veía Guillermo la primera vez que se encontraron en prisión?

No te puedo decir cómo se veía, supongo que mal, pero era tal felicidad que daba lo mismo. Era una tranquilidad que estuviera vivo y, claro, no se sabía qué iba a pasar o cuánto tiempo iba a estar, pero ya si estaba en una parte, en libre plática, por decir, y no retenido, estaba preso, pero ya se sabía, entonces era muy difícil que alguien en esa situación pudiera desaparecer.

Les daba tranquilidad...

Claro, a todos nos daba tranquilidad.

¿Qué te dijo tu familia de todo esto?

Mi papá me dijo: “lo van a tomar preso, de todas maneras”. Los pobres estaban desesperados. Mi papá se portó súper bien. Él había sido abogado de Carabineros y tenía bastantes amigos abogados de otras Fuerzas, pero que estaban jubilados ya. Mi papá jubiló el 64, a pesar de que tenía 40 años, pero como los *milicos* pueden jubilar con 20 años de servicio...

Me acuerdo que habló con un amigo de él y ese señor, o yo fui a hablar con el amigo, no sé cómo fue, pero ese señor me dijo que no podía ayudarme sin hablar con mi papá. Y habló con él, quien le dijo que por supuesto me ayudara.

Después, para irme, mi mamá lloraba porque yo me iba a ir con Guillermo y me decía, “y si la deja en París, ¿qué va a hacer?”. “Lo mismo que haría si me dejara en Santiago”, decía yo. Lo que era totalmente falso, porque en Santiago yo tenía toda clase de recursos y a ellos, pero bueno. Así pasó.

¿Cuántos años tenías?

No era ninguna guagua, tenía 27 años.

¿Cómo fue la inauguración de la exposición del 75?

La inauguración fue bien increíble, porque había mucha, mucha gente.

Yo me di cuenta, en un momento, que había alguien grabando. Nosotros convidamos a mucha gente y fue mucha gente, un poco para evitar que pasara lo que pasó, pero casi todos eran militantes o gente de izquierda. Yo era militante comunista, entonces me movía en esos medios. Y hasta el golpe enseñé en el Pedagógico.

Me di cuenta de que había alguien grabando y pensé que debía ser policía. Desde el segundo piso, porque era de esos edificios que

tenían como un espacio abierto hacia abajo, sacaban muchas fotos. Guillermo me dijo después: “qué raro, tantas fotos que sacaban si esta exposición no se daba para fotos”. Deben haber sido los de la DINA. Al día siguiente llegaron a las 10 de la mañana al Instituto, a cerrar la exposición, y querían llevarse las obras. Entonces los franceses se opusieron.

La segunda vez que lo detuvieron, ¿tú estabas con él?

Como ya habían ido a buscar la exposición y preguntaron la dirección de él, Guillermo me llamó por teléfono como al mediodía y me dijo que el embajador de Francia lo iba a recibir y que quería ir conmigo. Entonces el embajador le dijo que había hablado con el ministro y que el ministro aseguraba que no le iba a pasar nada, que a los intelectuales no sé qué...

Y esa noche, Guillermo, que por lo demás estaba preparando todas las otras exposiciones, entonces tenía montones de material, esa noche no quiso dormir en su casa, porque vivía solo, entonces si lo tomaban podía desaparecer para siempre.

Al día siguiente, después de que salimos de la embajada, me dijo que quería ir a buscar ciertas cosas y fuimos juntos. En una curva —Guillermo vivía en Lo Curro, justo en la curva anterior a su casa— me dijo que me bajara por si lo estaban esperando. Vi cómo los autos lo siguieron a él, los autos que estaban metidos, más escondidos. Yo pensé que me iban a tomar presa a mí también, pero no pasó nada.

Guillermo me dijo que, si lo tomaban preso, fuera a la casa de al lado. Él no tenía ni teléfono. Me dijo que vaya para llamar a la Embajada de Francia, para que lo vayan a ayudar. Yo llegué y la vecina de Guillermo, que era bastante amiga, fue amable. Era una tipa de derecha, me prestó el teléfono. Llamé a la embajada, me dijeron que por supuesto no podían hacer nada.

Desde la casa de ella veíamos que estaba el auto de Guillermo y otros autos. Y en eso golpearon la puerta. Yo pensé que me venían a buscar y no. Era un civil y le dijo: “aquí están las llaves del señor Núñez, porque se va de vacaciones”, algo así. Y se fueron. Se lo llevaron y dejaron el auto ahí.

Él dice que le pusieron tela adhesiva en los ojos. Después de un rato yo me fui sola a mi casa. Esta señora no lo podía creer.

En el segundo diario te menciona varias veces...

Bueno es que el diario de Guillermo, en realidad, no era un diario. Para el primero, él tomó trozos de las cartas a sus padres y a sus hijos, tomó trozos y confeccionó un diario. Además, esas cartas las censuraban, así que no era algo en que pudiera explicitar algo. Y, en ese sentido, pueden ser más interesantes.

¿Las del segundo también?

No, esos eran unos cuadernos que tenía Guillermo, que creo que se los llevé yo. Y ahí él escribía, porque era mucho más libre como estaban. En el otro, imagínate, estaban con la vista vendada todo el día.

Era más similar a una prisión...

Y menos también, porque eran esas casas prefabricadas donde dormían no sé cuántos, pero no estaban tan hacinados, ni tenían tanto frío, ni tanto calor. Podían hablar con los compañeros, hacer chistes, hacían obras de teatro y hacían “lesos” a los *milicos*, y podían conversar prácticamente lo que querían porque estaban libres. Los hacían trabajar parece.

Mientras tú ibas, ¿te encontraste con muchas realidades diferentes entre las personas?

Sí, todo tipo de personas. Personas buscando a sus esposos, hijas buscando a sus padres. Gente muy pobre, otra que no era nada de pobre. Estaba el abogado Fernando Ostornol, que era comunista y que después estuvo exiliado. Un hermano de Borja García-Huidobro, Gerardo.

Eran realidades muy, muy distintas, y eso era fantástico, por un lado, pero era súper triste también. Porque los *milicos* son clasistas, entonces uno sabía que se la podía arreglar. Cuando te expulsaban de

Chile, era la familia la que tenía que conseguir dónde se iba el preso. Entonces, imagínate un obrero de la construcción o un obrero de una fábrica, ¿cómo se iba a conseguir?

Yo fui a la Embajada de Estados Unidos, me acuerdo, porque Guillermo había expuesto allá y me trataron pésimo. Los de Francia nos dieron la posibilidad, porque había sido en territorio francés la exposición, pero imagínate tú a los otros compañeros. Gente pobre que vivía en poblaciones —en ese tiempo era peor que ahora— o un campesino. Era muy complicado, nosotros sabíamos que podíamos arreglarnos, que íbamos a conseguir dónde irnos, en cambio la otra gente no.

¿Y cómo te subiste al avión con Guillermo?

¡Feliz! (ríe).

Lo que pasa es que había organismos que ayudaban. En ese tiempo, estos organismos de solidaridad internacional eran medios reacios a que las parejas no casadas se fueran juntas, porque había gente que, según ellos, se había aprovechado. ¿Qué significaba eso? Que personas que estaban separadas —bueno, en ese tiempo no había divorcio—, ambos decían que estaban juntos, para que el otro no se quedara aquí, solo. Entonces mucha, mucha, gente se fue.

No querían que yo me fuera con Guillermo y yo peleé, peleé, peleé, hasta que me fui con él. Como había tenido ese infarto, dije que no podía viajar solo. Al final, me fui con él y, claro, yo no hubiera podido pagar el pasaje seguramente, porque yo no tenía plata, porque mis padres no me hubieran dado y no sé si tenían, y Guillermo tampoco tenía.

Todo lo de Guillermo estaba... él tenía una casa, un auto, pero eso estaba ahí, no era plata. A Guillermo lo llevaron en *cuca*, desde Tres Álamos hasta el aeropuerto y yo me juntaba con él en un momento, pero soy pésima para hacer maletas, ahí lo inauguré. Era la primera vez que viajaba a Europa, por lo menos, era el primer viaje largo y esto no se sabía qué fin tenía. Entonces me atrasé y Guillermo creía que me habían metido presa. El pobre estaba desesperado en el aeropuerto.

Lo llevaron los carabineros y, como estaba el embajador de Francia esperándolo y un señor de la oficina de repatriados (que estaban aquí porque era el año 75, todavía era bastante duro y estaba toda la situación de los presos políticos, de los exiliados), entonces los carabineros se marginaron un poco.

Nos fuimos como cuatro o seis compañeros en el mismo avión. Yo me fui con Guillermo, por supuesto.

¿Nunca dejaste de militar?

Hasta el 81 estuve en el partido. Me salí cuando cambió la línea del partido, que optó por la vida armada. Ahí me salí porque no estaba de acuerdo con eso. Pero yo tuve una militancia de lujo porque me ofrecieron muy luego entrar a la revista *Araucaria* y yo fui del Consejo de redacción.

¿En qué consistía tu militancia?

La militancia mía era fundamentalmente la revista y me dediqué mucho. Hice muchas relaciones que significaron la publicación de textos de mucha gente. Hacía reuniones de célula también, pero fundamentalmente mi militancia era cultural.

Además, estaba en la universidad, por lo tanto, como chilenos hicimos mucha, mucha actividad cultural. Había muchos poetas en Francia, pero también en Europa, muchos más. Entonces hacíamos mucha actividad, encuentros, lecturas. Participé bastante en cosas que no tenían nada que ver con la revista como mesas redondas, congresos. En Poitiers había un centro de investigación importante: Centre de Recherches de l'Amérique Latine (Centro de Investigaciones de América Latina). El director del departamento era francés, pero era muy cercano a los chilenos, especialista en Neruda, y ahí había dos chilenos, pero sobre todo uno con el que nos conocimos en Valparaíso, Fernando Moreno, que me ayudó muchísimo, me invitaba a todos los congresos. Yo era muy activa. Por eso mismo quería volver a Chile, porque pensaba que uno podía entregar lo aprendido, pero no me arrepiento para nada de haber vuelto. Estoy feliz de haber vuelto.

Cuando llegaste no pudiste entregar lo aprendido...

No, porque era el año 87 y estaba la dictadura todavía. Entonces no tenía trabajo, pero llegué con una beca de Estados Unidos, del Social Science Research Council, con un proyecto sobre poesía que había empezado en Francia, a pesar de que mi tesis era sobre José Manuel Puig. Yo me acerqué mucho, mucho, a la poesía. Ahí hice muchas relaciones, por ejemplo, conocí a Redolés y se publicó en *Araucaria*; Bolaño se publicó en *Araucaria*.

Yo les escribía a centenas de personas y tenía mucha relación con los profesores chilenos, exiliados de Estados Unidos, de Europa. Era una actividad muy bullente. Y ahí se me ocurrió hacer la Antología de Poesía. No se me ocurrió, la verdad. La Jota me lo propuso, las Juventudes Comunistas, y cuando yo lo tenía listo ellos no tenían plata. Entonces la publicó el Instituto por el Nuevo Chile de Holanda, dirigido por Jorge Arrate, donde daban mucha importancia a la cultura y sus manifestaciones y actividades. Hacíamos cursos ahí. Yo hice clases más de una vez. Guillermo también hizo un curso. Entonces, nosotros no parábamos.

El tema político, ¿siempre estuvo presente?

Para mí, siempre, siempre, siempre, siempre. A mí, lo que más me motivaba era que Pinochet terminara. Yo escribía también y participé de la radio Moscú, con seudónimo, porque José Miguel Varas me dijo que no use mi nombre mejor, porque podía ser más difícil para entrar a Chile. Así que nosotros no parábamos.

O sea, todo tenía un sentido político, salvo la cosa más literaria de haber ido a un encuentro sobre Cortázar, pero incluso.

No parábamos, nosotros no parábamos. La verdad es que nadie, yo creo, salvo muy pocos trabajaron para ellos, como para darse a conocer. Entonces hay gente que dice “a mí me fue tan bien, qué se yo”. En realidad, era, en buena parte, por la solidaridad. Los escritores o artistas, había grupos de teatro, de danza, para qué decir la música; nosotros, los poetas, los escritores... Entonces, claro, eso era súper interesante y fuerte, todo el trabajo por Chile, pero también estaba la realidad política europea. Y sobre todo de los países

socialistas. Ahí uno se fue dando cuenta de cosas que no eran tan buenas, como la falta de libertad. Pero, por lo menos yo me marginé, en parte, cuando cambió la línea del Partido Comunista chileno.

Nosotros nos fuimos dando cuenta de cosas, como cuando invadieron Afganistán y no te hacían mucho caso, te decían qué se yo, que era más importante la libertad, la conciencia del pueblo...

Guillermo dice que para él fue difícil volver a Chile y que en algún momento te dijo que tú lo habías acompañado en el exilio y que ahora él te estaba acompañando a ti...

Lo que pasa es que yo siempre pensé que el exilio era hasta el momento en que nosotros pudiéramos vivir en Chile, y que al primer cambio había que venirse, porque este era nuestro país. Nosotros habíamos estado allá para luchar por que terminara la dictadura. Para mí no había ninguna duda, ni política ni sentimentalmente. Hasta ese minuto yo no me llevaba muy bien con mis padres, pero uno mitifica todo y todo lo encuentra maravilloso y me acuerdo que decíamos: “todos los domingos en Chile tienen sol y se comen unas empanadas maravillosas”. Y bueno, uno se iba dando cuenta después de los cambios.

Guillermo yo creo que se podría haber quedado, por gusto, pero yo no. Entonces, lo que hice fue renunciar a la universidad, así que ya no teníamos esa entrada y como no éramos ricos, había que decidirse a tomar medidas. Pero, además, no nos hubiéramos podido quedar allá, era una locura. Nosotros no pedimos nunca nacionalidad, por ejemplo. En la universidad ya estaban cansados, porque claro, era otra cosa hacer clases a extranjeros que a chilenos.

Yo aprendí muchísimo en Francia, no sólo materias de mi especialidad, sino que también de mis compañeros y colegas que fueron muy, muy, generosos. Creo que me atreví a escribir porque no veía el mar de escritores en español que había en el mundo. Yo escribía en castellano, siempre, pero era otra cosa. Era estar en un lugar donde tenías que explicar de dónde eres, cómo es la cordillera, qué se yo, cualquier cosa. Yo no tenía dudas en volver.

¿Fue difícil volver?

O sea, la vuelta no fue difícil, pero estar aquí, sí. Había un prejuicio de que nosotros, los que estuvimos fuera, no habíamos pasado por las pellejerías que tuvieron los de Chile. Evidentemente no teníamos la guillotina en el cogote, pero no lo pasamos bien. Es difícil estar en el exilio. Es difícil sentirse y saberse extranjera. Te lo hacen notar muchísimo. Yo tuve mucha suerte, soy de las grandes afortunadas del exilio. Tal vez porque estaba con Guillermo y nos apoyamos. Pero yo conocí a compañeras que eran médicos y no se atrevieron nunca a ejercer allá. Tenían que revalidar y no se atrevieron, no porque no supieran, sino porque todo era una situación de margen, de estar al margen.

Y volver a Chile no fue fácil. Yo por lo menos me sentía muy sola. Fueron pocas las personas que yo conocía y que pude recontactar, que estaban aquí. Entonces, tenías que empezar a decir que te dedicabas a tal cosa... La primera vez que fui a una presentación de libros me preguntaron qué hacía y dije que era profesora. Me preguntaron dónde y no hacía clases. Después me di cuenta de que era profesora, pero que, si no hacía clases, no podía decir que era profesora. Entonces, decía que era investigadora, y dónde: en mi casa. Creo que ahí se produce una crisis de identidad. Yo no me atrevía. Ahí empecé a alejarme un poco y dejar de ir a lugares así, pero yo soy peleadora y porfiada, entonces siempre volví a la literatura y pude hacer la trayectoria que hice, que fue fantástica, gracias a la decana Lucía Invernizzi, que decidió que, en la Facultad de Filosofía y Humanidades, se recontrate a los echados. Así que volví a la universidad y era como seguir el camino.

DIARIO DE VIAJE

Breve noticia del texto

Lo armé de las cartas que había mandado a mi casa, a mi familia, desde prisión. Cuando salí, le pedí a mi cuñada que las transcriba. Ella era secretaria de uno de los de la Junta. Entonces se hizo una edición que no decía nada. Se imprimió en un sistema de una imprenta chica que el original se hacía en un papel, como un mimeógrafo. Y no dice nada, no dice Guillermo Núñez, ni ninguna cosa.

Lo repartimos y es divertido, un amigo que conocimos después dijo: “Este diario yo lo leí en tiempos de la dictadura, porque te lo prestaban por algunas horas para que lo leyeras y tenías que prestarlo a otros”. ¡Recorrió! Y eso que no sabían ni de quién era.

Era un librito rojo, anillado. Hice unos 100 ejemplares. A fines del 74, principios del 75.

Se regalaba a la gente. Yo me llevé uno o dos ejemplares para Francia. De ahí se tomó para hacer una traducción al francés y después al alemán. Tradujeron unas partes y publicaron unos libros.

¿Por qué
buscáis
entre
los
muertos,
aquél
que
está
vivo?

SAN LUCAS 24,5

Dedico este libro:
A HUMPTY DUMPTY
LA LIEBRE DEMARZO
EL SOMBRERERO LOCO
A ORACIO HOLIVEIRA
A *monsieur* DELMAS y *madame* EMELINE de rue Dupin
A PAOLO UCCELLO y LUCIO FONTANA
A los siguientes colores: azul, verde y magenta
A la letra P
A JONATHAN SWIFT
A la Sonrisa Encaramada en los Árboles
Al amigo que está cantando
A la primavera de cada día
A DON FRANCISCO DE GOYA en la quinta del Sordo
A REMBRANDT que me incluyó en su *Lección de Anatomía*
A la fruta que he recibido de mis amigos
A lo que amo y he amado
A MOHAMED ALÍ
Con MATTÁ, a les ROSES EN VERRE
A mi amigo VEERMER de Delft que conocí mejor al plantar rosas
A CHOLULA, primera rosa americana
A LA CORDILLERA DE LOS ANDES
A mis padres
a mis hijos
a mis hermanos repartidos por el mundo
Y a los demás jardineros

¿Cómo
poder
decirte
que
tuve
miedo?

El “ojo seco”, es cierto, ve con una particular acuciosidad las cosas lejanas, pero no distingue aquellas que están cercanas y, lo que es peor, no percibe en absoluto, entre ellas, los “ojos húmedos” de los otros.

TOMÁS MALDONADO
Environnement et Idéologie

Viernes 3 de mayo de 1974, 5 de la tarde

Voy atravesando el espejo y mi voz ya no tiene sonido.

Estoy ciego en el túnel. Meto los dedos en el té frío y me aterrorizo.

Lunes 6 de mayo de 1974

Hace días que duermo vestido entero, incluso con chaqueta y zapatos, pueden sacarme en cualquier instante. Me asusta todo movimiento. Alguien me da una almohada.

Lunes 27 de mayo de 1974

Aprender a cada instante. Rebotar de espejo a espejo hasta desaparecer.

Miércoles 28 de mayo de 1974

La vida, los hombres, las cosas, no son un maniqueísmo blanco y negro. Hay más susurros, matices, puesto que, si así no fuera, no valdría la pena.

Martes 11 de junio de 1974

En el espejo del baño encuentro que me está mirando Guillaume Apollinaire con ojos desorbitados. Ya no me da miedo.

Miércoles 12 de junio de 1974

Aquí el tiempo no existe, cada día es inmenso, muy largo, siempre uno igual al anterior y al que vendrá, pero al mirar hacia atrás es algo irrealmente largo o corto, no se sabe.

Qué horrible la eternidad.

Qué ansias de una luz verdadera.

Jueves 13 de junio de 1974

Habrà que transformar lo que vivo en imagen plàstica. Aún es vivencia literaria. Necesitaré salir del asunto, mirarlo distanciado, con el “ojo seco” sin olvidar “los ojos húmedos”.

En todo caso, necesitaré una pintura llena de sol y de aire

¿Qué color tendrá que pueda transmitir soledad, pero con amor?

Respuesta: Color Soledad.

Miércoles 19 de junio

Se desarrolla en mí, enfermizamente, un exacerbamiento de la sensibilidad. Algo así como los drogados describen sus sensaciones. Una sensibilidad rozando la piel donde las cosas y los acontecimientos se dimensionan y reparten en varias direcciones y uno logra entrar en ellas y ellas en uno de modo diferente.

Jueves 20 de junio

Siempre he buscado un modo de dialogar y resultan monólogos que no se entienden sino hasta que la gente aprende a hablar el idioma.

Al pensar en este abismo pintura-público-artista lo hago quizás al ver la soledad, separación y desganamiento, la aberración del artista como tal y como ser humano que antes me causaban horror y hoy las acepto como casi necesarias.

(¿O será otra aberración más?)

Pero al querer decir todo esto plásticamente uno se traiciona porque no se puede traducir toda esta verdad. Y al decir traducir ya el la está traicionando puesto que traducir ya es hablar uno la verdad de otro. De modo que no hay cómo entrar en los otros, pero hay que entenderlas del mismo modo que uno reclama para sí esta comprensión.

Viernes 21 de junio de 1974

Jean Galard me escupiría si leyera esto. Pero en defensa mía quisiera decirle que también este yo quiere ser una fiesta colectiva.

Domingo 23 de junio de 1974

Hoy había sol cuando nos sacaron fuera. A la vuelta estaba extenuado.

Bastó un poco de sol y aire para dejarme sin aliento. Pienso cómo habrán quedado los que jugaron fútbol.

Yo sólo anduve lentamente mirando los árboles, el pasto.

La cara al sol,
¡una maravilla!

Viernes 5 de julio de 1974

Asumirse como ser humano
después de conocer el abismo.

Miércoles 10 de julio de 1974

Me hace falta el trabajo; no tan sólo como necesidad anímica, de expresión o algo así, sino esa necesidad corporal de pintar o dibujar, pero la necesito en mi atmósfera con mi paisaje de todos los días y mis otras angustias, esas que hacen expresarse como ser humano y no estas que lo demuelen. Pero quizá estas podrán hacer posible las otras.

Ahora no me importa si las cosas salen bellas. Necesitaré mucho de eso en el futuro.

Ya esto es una cosa fea y me alegro.

¿Se podrá encontrar el punto?

Pero jamás renunciar a vivir humanamente.

Viernes 12 de julio de 1974

Seremos juzgados por los que vendrán, lo sé, aunque no me asalte ninguna ambición de fama y posteridad:

Me basta con dialogar hoy.

Ser yo hoy o que mi propio ser pueda estar en calma, lo que no quiere decir anquilosado ni muerto.

En esta calma también hay una necesaria tensión que mantiene en equilibrio la creación y al creador, y equilibrio no es permanecer estático.

Lo único que quiero es crear:

Fealdad o belleza, es igual: humana, fuerte.

Frágil como una rosa, más dura que el hierro. Hay un viejo proverbio turco que habla de esto.

Y yo quiero además color-color-color.

Y no sé aún con qué negros los pintaré.

Sábado 13 de julio de 1974

Vivo para adentro.

Domingo 14 de julio de 1974

Duermo poco. Entre cuatro y cinco horas y cada día es tan largo.

Lunes 15 de julio de 1974

Crear realmente.

Dejar de lado todo prejuicio, buscar con ojos muy abiertos, INOCENTES y, sobre todo, sentarse en la “cultura” (esa hecha de las cosas dichas por otros) y la perfección inútil.

Hay que salir desde las dificultades, salir desnudo siempre.

No creo en los artificios ni en las volteretas.



17.7 Edison pensaba que una pena que no
y le enseñaba nada, le daba pena.
Tenía razón.

Jueves 18. En arte tenemos que nacer a
cada rato, ser siempre niños.
También en la vida.

Viernes 19. Dios, tengo que sobrevivir a todo esto.
Superarlo hoy, mañana, pasado mañana y
así hasta donde sea.
Si pudiera escribir o dibujar todo
lo que me sueña, alienar.

17 de julio de 1974

Edison pensaba que una pena que no le enseñaba nada, le daba pena.
Y tenía razón.

Jueves 18 de julio de 1974

En arte tenemos que nacer a cada rato, ser siempre niños. También en la vida.

Viernes 19 de julio de 1974

Dios, tengo que sobrevivir a todo esto. Superarlo hoy y mañana y pasado mañana y así hasta donde sea.

Si pudiera escribir o dibujar todo lo que me sueña y aliena.

Sábado 20 de julio de 1974

Algún día esto será pasado, porque yo creo en el futuro.

Domingo 21 de julio de 1974

Me desespera que la expresión tenga que tener forma. Ser.

Lunes 22 de julio de 1974

No sé si lo que busco es la belleza (qué asco). La he negado siempre y siempre se me aparece con esa necesidad de diálogo (¿es absurdo?).

Y todo se me escapa.

Ahora quiero amar todo esto, pero no a lo Van Gogh embelleciendo los zapatos viejos, sino al revés.

¿Por qué no hacer mágicos los zapatos nuevos?

Jueves 25 de julio de 1974

Recuerdo en 1961 o 1960 una tarde en París en una galería chiquitita cerca de L'Ecole des Beaux-Arts entre muchos cachureos había algunas obras de Fontana, esas telas blancas o negras rasgadas a cuchillo. Reaccioné con indignación. Ahora al recordarlo estoy llorando, no por el recuerdo, ni el día triste y lluvioso de invierno en París, ni una hermosa nostalgia, sino por la emoción del cuadro, esa herida, no. El recuerdo, la obra misma. ¿Cómo explicarlo?

POR LA NOCHE: ¿cómo hacer una unión entre lo afectivo empático de Wörringer y lo alienado y distanciado a lo Brecht?

¿Y cómo suprimir la forma?

Yo que amo tanto el diálogo: ¿habría manera de no necesitarlo?

Viernes 26 de julio de 1974

Releo *Rayuela*.

Cortázar me anima, me entusiasma. El juego de va y viene entre él y el lector.

Los puentes que se cruzan juntos.

Cortázar-Traveller. Cortázar-Horacio que no pierde raíces y que tampoco se enraíza para no perder la movilidad.

Autocrítico feroz. En el *Libro de Manuel* es peor, es más despiadado con sus miserias, sus flaquezas, sus dudas. Allí se hace pedazos de veras.

Mostrar lo habitual descaradamente para que se transforme en algo insólito, nunca visto, totalmente imaginado.

¡Cómo se nos ha acostumbrado a ver sólo lo que las cosas nos muestran por fuera, la cascarita!

Cortázar rompe los hábitos y estas costumbres riéndose de ellas y, por supuesto, de él mismo; y mete en un saco una montonera de cosas que son para la risa y, por lo tanto, muy importantes y serias: instituciones, cosas, seres, actitudes, el arte mismo y cuanto se le pasa por *el coco*. Lo importante es eso: saber encontrar el juego, cómo reírse de uno mismo para que sea más fácil penetrar en sí, llegar a ser, asumirse entero con todas las fallas y posibles grandezas, si es que se dan, Amén.

Sábado 27 de julio de 1974

Hay que jugar y jugar.

Esta obsesión de eliminar la “forma” en la pintura. Una idea que me viene nebulosamente en mis insomnios, tardará en cuajar, pero tengo que agarrarla alguna vez.

Domingo 28 de julio de 1974

Si tuviera que recorrer el Louvre de nuevo, creo que apenas me fijaría en la *Gioconda*, pero mucho en el *Paolo Uccello*.

Pintaba mal para su época. No lo deben haber cotizado para nada.

Pero estaba cantando con brutalidad y rudeza su realidad viva, la que veía a su lado. Era su grito contra la forma.

Hacer pintura sin pintura.

Ser su propia pintura.

¡Viva Paolo Uccello!

¡A la mierda Miguel Ángel!

¿Cómo aprender a dejar transcurrir el tiempo?

Y aunque sin límites, golosamente, hasta el hastío, el tiempo va devorando todo; se come apresuradamente, para empezar luego otras horas (las mismas), otros pensamientos (iguales siempre).

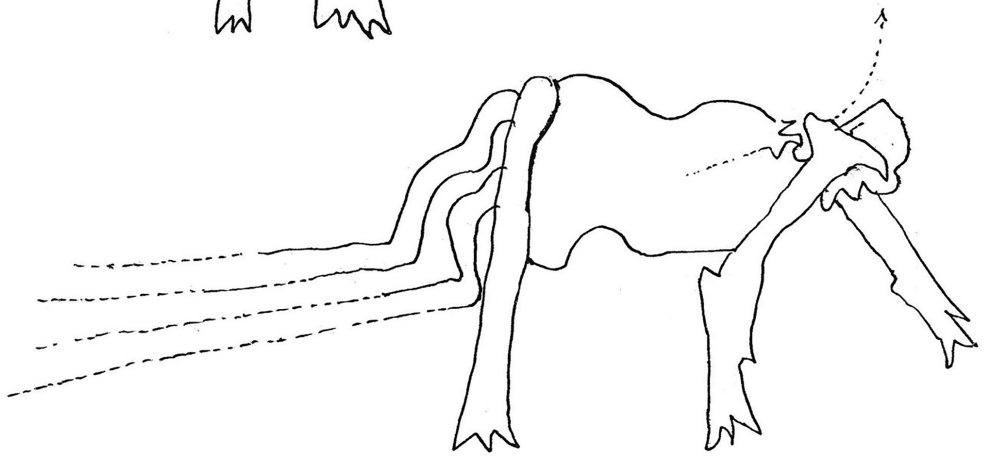
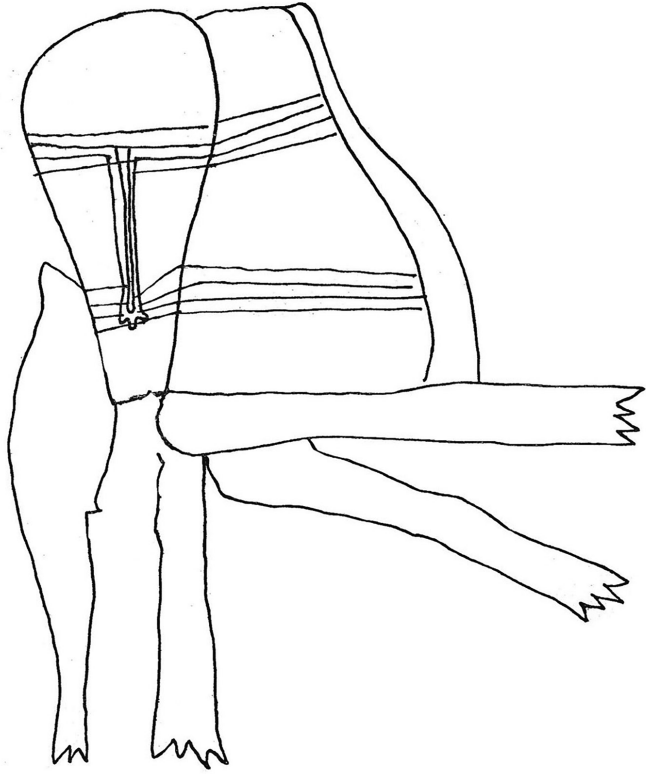
El paseo a paso lento de extremo a extremo de la pieza (cuando nos dejan) contando cada vuelta, acumulando tiempo y pronto estar sentado de nuevo.

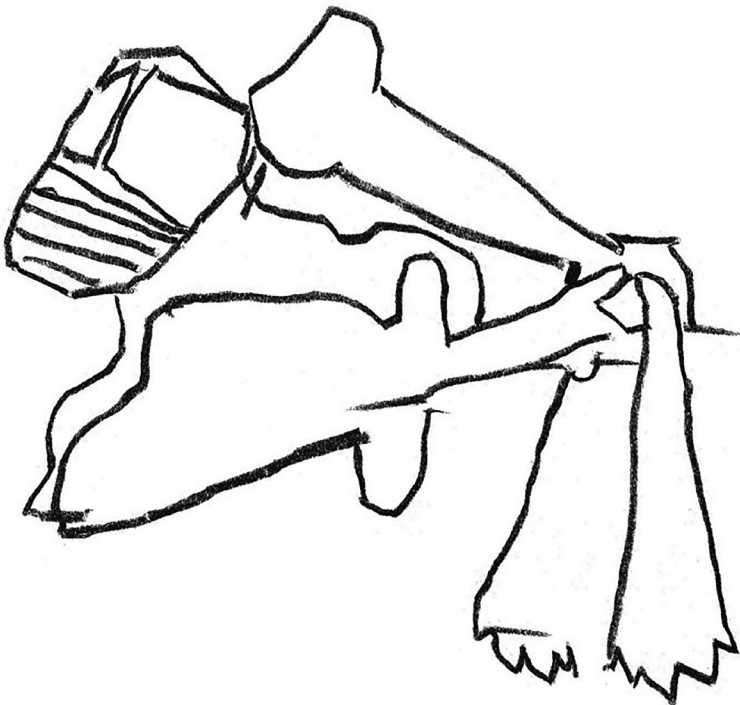
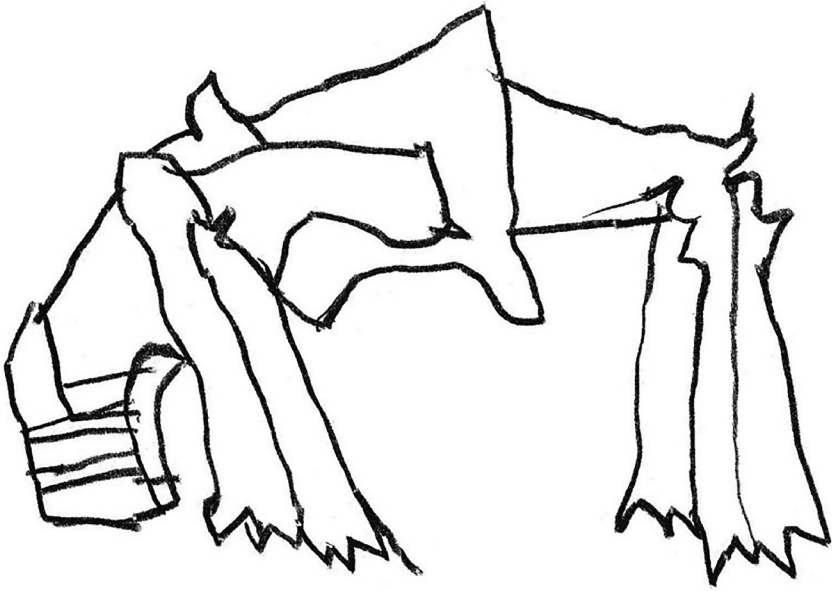
Y la impaciencia, el cansancio enorme.

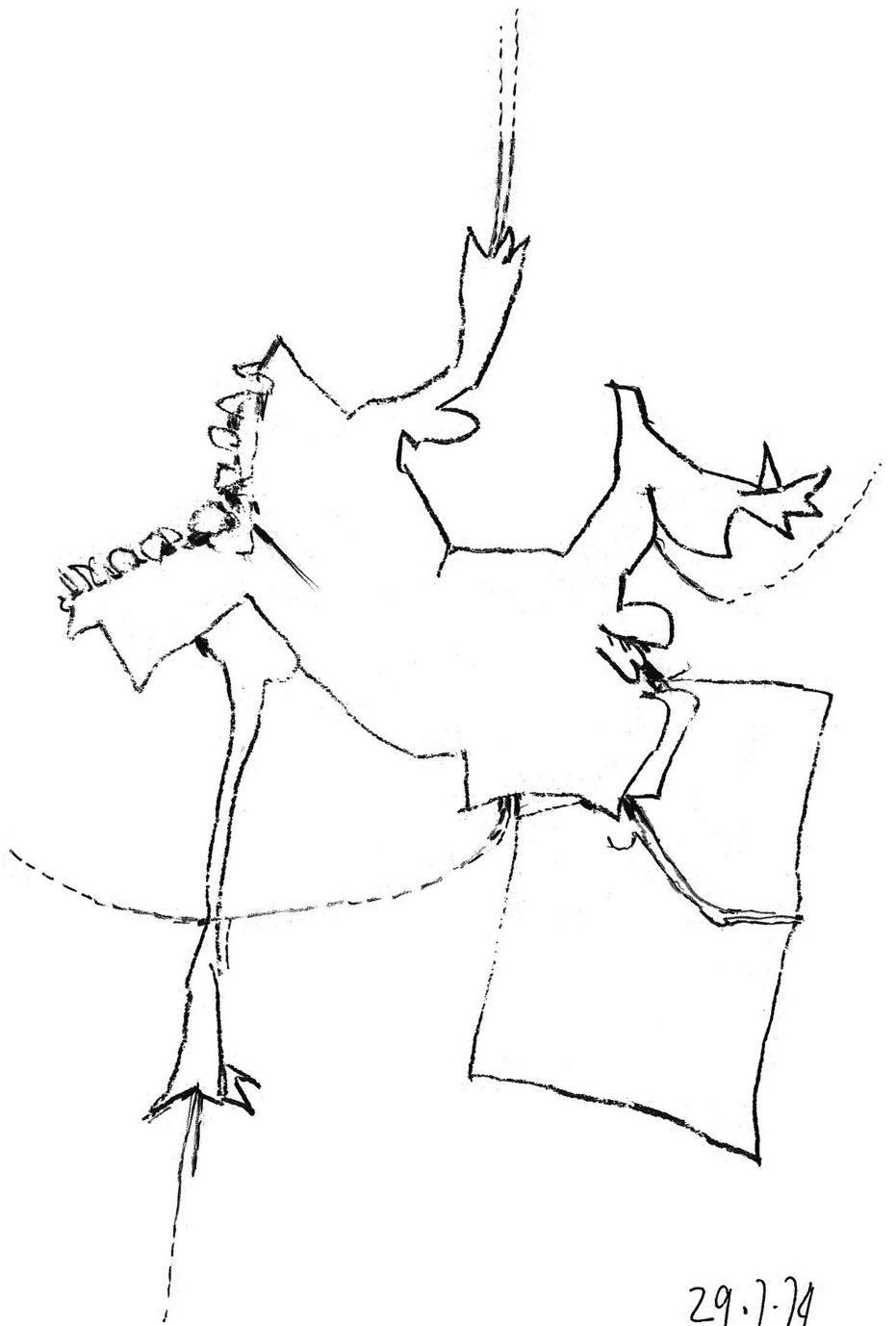
Y ya no quiero hacer nada, ni andar, ni pensar, ni comer, ni existir.

¿Cómo aprender a olvidar el tiempo?

Dejarlo pasar sin que nos toque y que sólo nos envuelva un espacio de luz y aire.







29.7.79

Lunes 29 de julio de 1974

Los croquis actuales me importan. Son ideas-conversaciones que el papel aguanta. Pintar tendría un pintoresquismo casi romántico.

Sería un caos demasiado visceral y no quiero eso.

Voy atravesando un mundo diferente. Una lombriz que no puede detenerse porque podría perder el total.

Los turistas que ven Europa subiendo y bajando de los buses con aire acondicionado, fotografiando lo que debieran VER, para sólo al volver a casa poder mirar lo que no pudieron gozar ni mucho menos penetrar.

Una pintura así sería turística y en un bus muy rápido. Prefiero recorrer este trayecto a pie y pasarlo por la panza-bonete-librillo-y-cuajo para que pueda asimilarlo y hacer de él algo vivo algún día. Por lo menos así he trabajado siempre.

30 de julio de 1974

Cuando estuve en Europa en el 53, Rembrandt (el verdadero) era un desconocido, Turner y Uccello otro tanto y mucho más una gran cantidad de contemporáneos.

Sólo llegué hasta los viejos y con un atraso milenario y después de un largo proceso interno lleno de vericuetos.

En la Tate Gallery pasé al lado de la exposición de Southerland porque me había dado con Turner y no entré.

1º porque había que pagar y no tenía plata y

2º porque no me interesó un comino, ¡y pensar que me lo han achacado hasta el cansancio y no supe de él hasta mucho después de haber agotado mis espinas y pude ver cuánto habíamos tenido en común!

Como dos amantes que no fueron porque los trenes no coincidieron.

De Uccello tampoco sabía maldita la cosa. No lo había visto ni en las postales de recuerdo que traían orgullosos los amigos que regresaban de Europa, las mismas que adorábamos como piezas de peregrinación. Eran nuestras Virgencitas de lo Vázquez.

Y Paolo Uccello se me aparece de pronto allí; tremendo, grosero, mal pintado, torpe en la composición, en esas cabalgatas de grupos y de hombres iguales, como las lanzas, pintadas con tanta

ansiedad en un desorden bien armado, buscando fríamente un orden que no conseguía y al querer mostrar magnificencia nos hablaba de la podredumbre de una época que bien pudo asquearlo o que a lo mejor amó y gozó (¡vaya uno a saberlo!).

Hablaba de pompas y mostraba sólo sombras y esqueletos. Me entenece y por eso amo a este Rousseau renacentista, más que a cualquiera otra *vedette* de la época. No sé por qué tengo que estar recordando tanto ahora.

Pero lo importante es que iba llegando tarde a todo, por pedertería quizá. No supe ver el presente y me dio por meterme en bibliotecas, museos y papeles amarillos, cuando alrededor mío bullían tantas cosas y yo negándolas, rehusándome a ver nada, sólo revolviendo en el tarro de basura.

Por eso es que hoy no quiero que vuelva a sucederme.

Jueves 1º de agosto de 1974

Quizá los instantes más hermosos (curioso hablar de eso aquí) son los recuerdos. Se van reconstruyendo con precisión casi fotográfica; vuelven las cosas que uno creyó olvidar o que por insignificantes las sintió como inexistentes, pero están allí.

Los miedos antiguos reaparecen, pero (es cómico) embellecidos, azucarados de tiempo, de nostalgia, de olvido y pasado, de la libertad que dejamos pasar sin saber respirarla.

Casi no pienso en el futuro. Raro. Sucede muy poco y cuando aparece es un terror ambiguo.

Trato que esos miedos no lleguen jamás a tomar cuerpo real, pero están presentes como un futuro triste.

Pero hay que vencerlos, aplastarlos, y estos largos instantes se superan.

Una gran ola de optimismo los invade.

Una certeza, una alegre fe que al encontrar lo que queda afuera, estos terrores y angustias serán olvidados.

Viernes 2 agosto de 1974

Hay días tristes, otros inmensamente felices, insanamente felices en este sube y baja.

Se aprende, se aprende a vivir por dentro: es mi libertad

Sábado 3 agosto de 1974

Y entonces el optimismo se mezcla con el bullir de ideas y recuerdos y mucho futuro nacido de esta necesidad de penetrar con más insistencia en la realidad del Hombre, ese Hombre que no deja de rodearnos.

Si bien se recuerda mucho, no es por renunciar a lo que queda por hacer, que es más importante que lo ya hecho.

Siento urgente necesidad de poder pintar alguna vez todo ese montón de humanidad acumulada antes y ahora.

 Ser pintor alguna vez.

Martes 6 de agosto de 1974

En ocasiones he sentido el terror del blanco, creerse seco. Pero pasa y ahí está uno venciendo ese enemigo oculto: el terror a creer que no hay nada nuevo que crear.

Miércoles 7 de agosto de 1974

Afuera cantan los pájaros en un piar incesante que se parece al de la casa, pero lo siento una burda imitación, pájaros artificiales que quisieran darle a uno la sensación que es lo mismo que estar viviendo. De gozar el mundo de antes. Un infernal invento que imita el placer de escuchar los verdaderos cuando por mi ventana los álamos iban llenándose de hojas y creciendo delante mío.

 Y el pan con mantequilla.

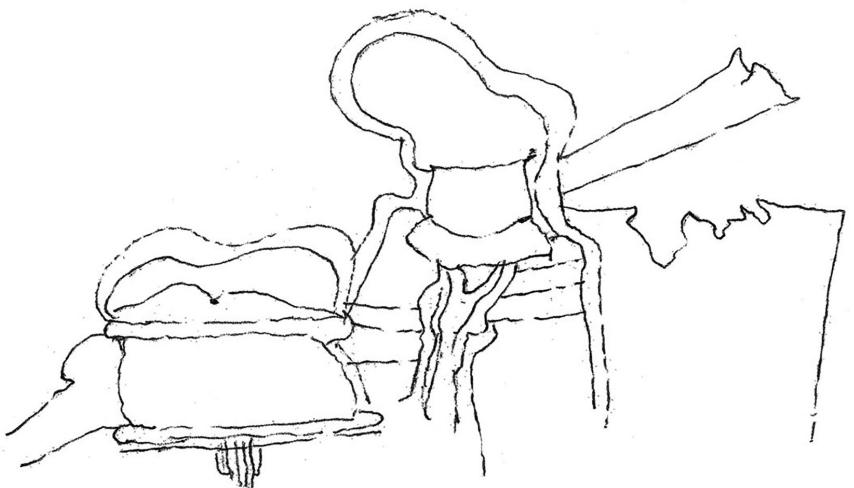
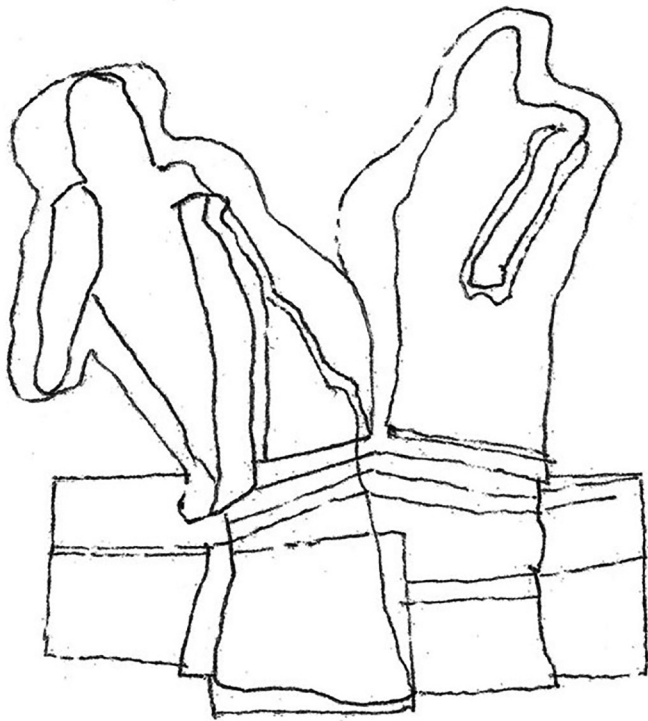
No es el pan mismo, sino el encanto de hacerlo cuando se quiere, sin horario, con o sin prisa ir poniendo la mantequilla sobre el pan negro, grumoso.

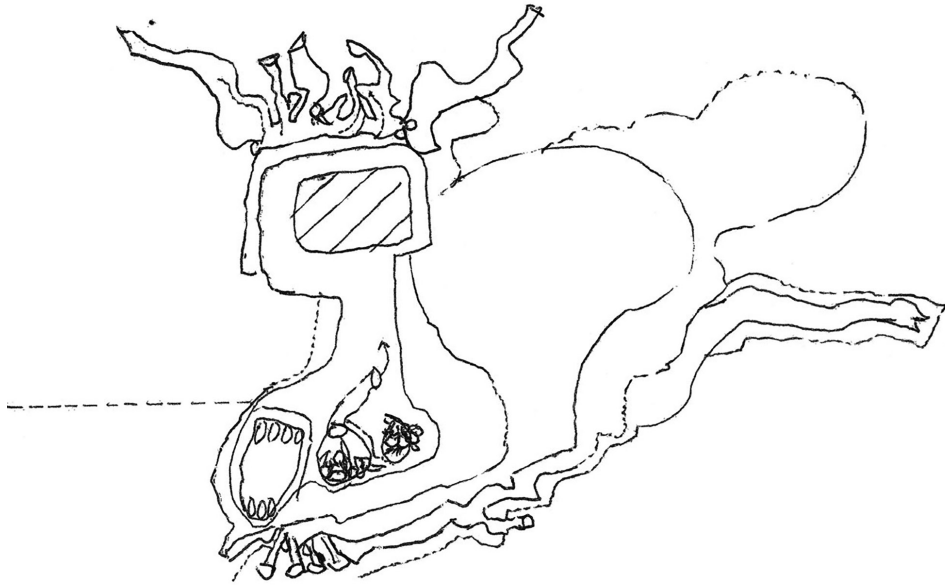
Y este pan y el tazón de café con leche de mis otras mañanas cobran tal dimensión que se dirían la razón de la libertad o de la existencia misma.

Viernes 9 de agosto de 1974

A veces parecería que estas anotaciones están llenas de pesimismo, pero no lo creo así, porque me siento moralmente más libre que nunca.

 Mi ser interno y la conciencia de estar vivo dentro de mí derrotan los intentos de destrucción sistemática y afirman esta idea.





10 de agosto de 1974

Cuando escribía días atrás de mis sensaciones frente a los viejos maestros, los sentía más bien como seres vivenciales asumiendo su época, enfrentados en sus angustias, miserias, grandezas, terrores. En el modo que supieron ser hombres y artistas y cómo pudieron dejar su huella.

Los siento enfrentados a los mismos terrores que uno y vencidos con grandeza.

Cuando hablo de este asumirse, no pienso en un empecinamiento al modo de van Gogh. En el caso del pobre Vincent había demasiado "sentimiento" y desesperación, el desgano era tan evidente que lo llevó a la locura. Él no fue un pintor loco, eso no, fue un maravilloso genio que amé mucho cuando joven, pero ahora pienso que su pintura es demasiado bella para mí.

Por eso recuerdo aquí con emoción al Uccello, a Fontana o Albers, son más dramáticos porque han dejado de lado (o tratado de hacerlo) ese sentimiento que puede hundirlo a uno como pintor.

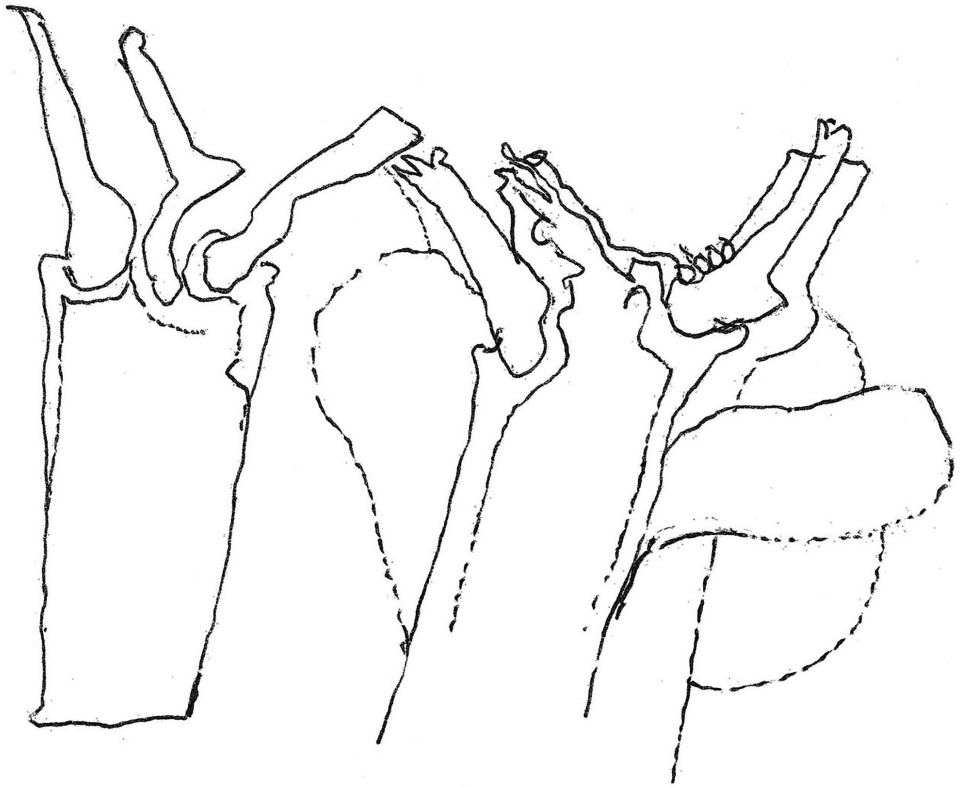
Domingo 11 de agosto de 1974

Andy Warhol tan frívolo y exquisito, grita contra un mundo alienado con objetos en los cuales nadie quiere reconocerse y que por cercanos se rechazan.

Pero de pronto esa cotidianeidad empieza a ser lejana e insólita y, por lo tanto, novedosa. Y este tremendo aullido de los *Pops* entra en el gran juego y se transforma en un objeto más de una sociedad ávida de cosas nuevas, nuevas siempre, pero siempre cosas.

Parecería que no hay escapatoria por ningún lado a este drama, a menos que queramos ver al hombre entero, sin mentiras ni deformaciones: en su totalidad.

Camino difícil y lleno de espinas.



Lunes 12 de agosto de 1974

Escribo a mis hijos:

Sin dudas no se existe y éstas tendrán que solucionarlas ustedes, solos ahora y siempre.

Son el precio que es necesario pagar por vivir.

Nadie debe tratar de influir sobre los otros, aunque sea el padre.

Mi única influencia quiero que sea esta: que aprendan a ser libres.

Lo cual quiere decir que aprendan a escoger, pues allí reside el verdadero sentido de la existencia.

Lo importante es no darlo todo por hecho, construir cada día, dudar siempre, dispuestos a aprender y hacerlo todo de nuevo, no perder nunca esta actitud. Tener siempre cinco años.

Dejar de lado dogmas, las vidas masticadas, pues sería estar comiendo mierda en el total sentido.

Pero a pesar de las dudas es importante actuar, vivir, ser.

Sólo de esta manera veo prolongación en ustedes, no como una repetición de lo que soy o llegaré a ser alguna vez, sino los seres siempre nuevos que espero sean.

Martes 13 de agosto de 1974

Que haya espacio para todo: el trabajo, la felicidad, el amor: la creación.

No hay que parcelarse ni dejarse herir. No hemos nacido para ser infelices.

Miércoles 14 de agosto de 1974

He dibujado poco. Siento que me doy vueltas arrastrándome en una espiral en cuyo centro no hay ningún caramelo de premio, sino un resorte que me devuelve al punto de partida. Un té con la Liebre de Marzo y el Sombrero Loco.

Sábado 16 de agosto de 1974

El abatimiento, el aplastamiento de lo repetido invade el espíritu creador y al tratar de defenderse sin argumentos lógicos, sólo de esperanza, es que aparece la angustia, que se domina, pero ese otro cansancio es más fuerte y cuesta sobreponerse, y sólo al caer en la felicidad de los sueños con los ojos muy abiertos es que logro en parte penetrar en mi propio ser, para poder sanarme.

Lunes 19 de agosto de 1974

Vuelvo a mis hijos.

Les he hablado del estudio, pero sin pensar en él como un estancamiento ni parcialización del todo.

Pienso en un espíritu inquieto: abierto a las búsquedas, a las preguntas constantes. Los quiero averiguando siempre el por qué.

El interés humanista que haga de ellos hombres completos en los cuales entre el conocimiento, el amor, la poesía, la imaginación, los sueños y la locura, la ternura, el antidogmatismo siempre.

Sin el conocimiento total de las cosas somos hombres a medias y esto sólo se obtiene estudiando el presente y el pasado y rompiéndolos siempre para construir más y más futuro.

Sólo así podrá encontrarse un atisbo de felicidad o bien la felicidad a secas, que no es un estado paradisíaco separado de la realidad sino ubicado en ella, nadando en su miseria y poesía.

Nada absoluto, todo por descubrir, por hacer.

Es una tarea hermosa. También lo fue y lo es para mí, pero ellos tendrán más tiempo por delante y quizás menos nudos que desatar que nosotros. En todo caso diferentes.

20 de agosto de 1974

En este invento de todos los días en el que parece que el mundo hubiese dejado de ser y el nombre de las calles, las tiendas, las marcas, las bebidas, las noticias y cuanta cosa habla o canta por la radio no fuera sino fábula tanto como esta existencia de hoy es menos verdadera y hiere porque es una trágica mentira, ajena a mí, inventada por otras, por circunstancias que lo niegan a uno como Ser Entero y lo convierten en objeto numerado.

Miércoles 21 de agosto de 1974

Salvarse entrando en el túnel, atravesar los espejos, correr tras el Conejo Blanco y descubrir el universo al revés que es más cierto que este leo entrañamiento. El único modo de dejar de ser Otro.

Reservarse para después entregarse con más alegría y amor: resistir como se pueda. Soñar.

Dejar de ser enajenado para ser humano de una vez por todas.

cantar por la radio no fuera sino fábula tanto como esta existencia de hoy es menos verdadera y here porque es una trágica mentira, ajena a mí, inventada por otros, por circunstancias que lo niegan a uno como Ser Entero, lo convierten en objeto numerado.

Miércoles 21

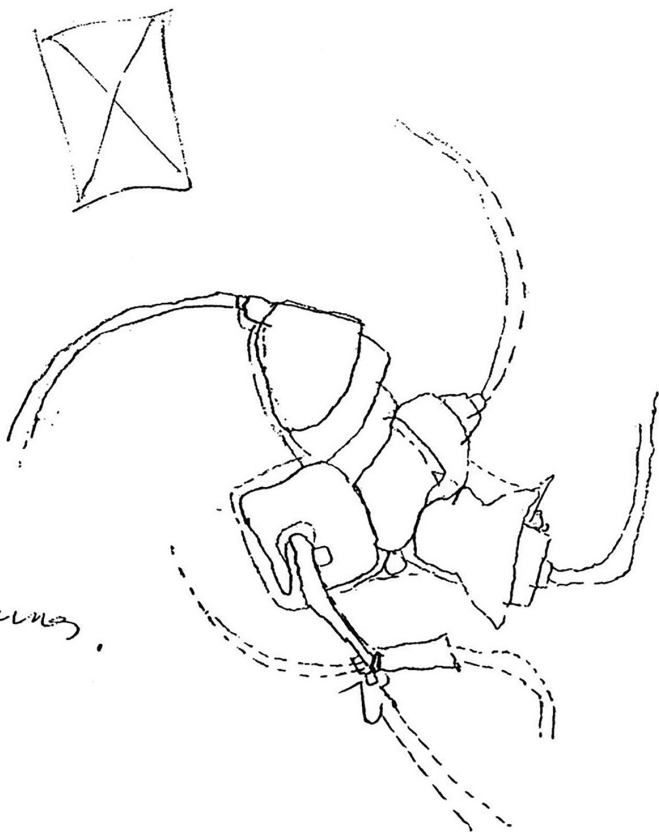
Salvarse entrando en el túnel, atravesar los espejos, coner tras el Conejo Blanco, descubrir el el universo al revés que es más cierto que este entramamiento. El único modo de dejar de ser Otro.

Reservarse para después entregarse con más alegría y amor. Resistir como se pueda. Sonar.

Dejar de ser enajenado para ser humano de una vez por todas.

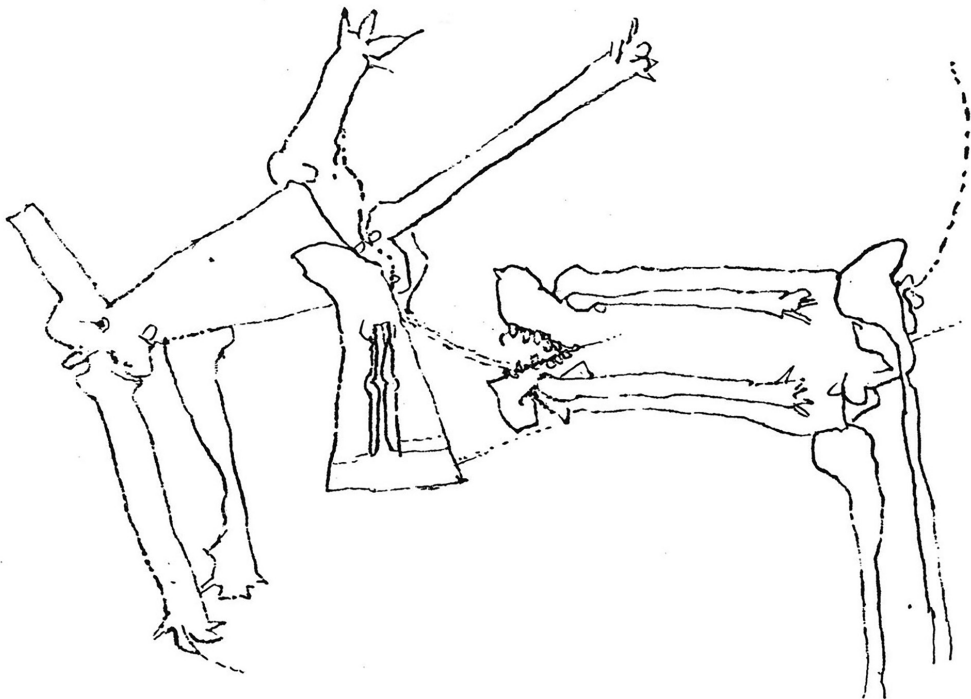
Jueves
22

Este ~~presente~~
presente
no existe
Lo inventaron
otros para
repararnos y
acobardarnos.



22 de agosto de 1974

Este presente no existe. Lo inventaron otros para separarnos y acobardarnos.



23 de agosto de 1974

Existo en una isla. Rodeado de hombres y mujeres a los cuales sólo puedo intuir. Hay gestos, sonidos, actitudes que no se ven.

Separado como ellos me verán a mí: un tipo con barba y pelo largo que a veces lee, piensa, escribe o suele dibujar y es todo.

Pero amándolos mucho, queriendo ser también ellos.

Sábado 24 de agosto de 1974, por la mañana

¿Cómo podría ser siempre uno tan sólido? Sería inhumano. No puedo vivir sólo de optimismo. Evadir la realidad es un engaño que daña.

Cuesta aprenderlo, pero los hechos terminan por metérsele a uno a la fuerza y es mucho más doloroso.

Domingo 25 de agosto de 1974

Llego a dudar a veces si el arte y la belleza son tan necesarios, aunque aquí son mi sostén.

Al leer a Sartre, Joyce, Cortázar y tanto más se siente una eferescencia tal como si realmente pudiera uno escaparse de sí mismo, volar muy alto, encontrarse con ellos en un cielo libre, compartiendo las mismas ansiedades, angustias o alegrías.

Lunes 26 de agosto de 1974

Cómo me cuesta entender a los demás, quiero hacerlo a toda costa y sólo soy capaz de amarles.

Pero habría que *ser los otros*, penetrar, hacerme carne en ellos.

La comunión voluptuosa, la sensación extraña al recibir la hostia cuando niño, una posesión, las lenguas de fuego de Pentecostés.

Pero no querría ser interpretado como si sólo estas apariciones metafísicas fueran mi obsesión. Sólo las veo enraizadas en lo cotidiano, es decir, no puedo sino que partir de esta realidad para crear, todo lo nuevo y bueno tiene que salir de allí, de su análisis. El genio no viene de las nubes, aunque estas traigan la lluvia.

Y el veneno tremendo de crear siempre es lo único que puede constituir cultura. Nos lo decía nuestro querido Juanito Godoy, tan lleno de genio y de vino.

Por eso es importante saber vivir siempre en todo lo que nos rodea para transformarlo, porque ese es el hombre culto y no el que amontona "conocimiento" en una pieza de la cual nunca se abre la puerta. Un buen día alguien abrirá las ventanas y sentirá que dentro todo hiede, se ha podrido o bien fue acumulado desde el principio.

Pero eso no me hace negar los libros, son necesarios como podría serlo también el arte, pero no son un universo en sí ni un absoluto. Son la resultante de la realidad vivida, la realidad que moldeamos para nosotros y para los demás con los ojos muy abiertos, metiendo los dedos en el té frío sin aterrorizarse.

Martes 27 de agosto de 1974

Sólo si me enriquezco como ser humano que ha roto el muro y se hunde en una necesaria salsa amarga que de los ensueños logra agarrar la realidad, seré capaz de hacer un arte que interese a los otros humanos, una creación viva, que no huela mal desde el comienzo.

Miércoles 28 de agosto de 1974

Puede ser que uno no sea capaz de ver el mundo sino a través del arte.

¿Esta especie de mierda del intelecto? Si es sólo así, es muy miserable.

Por mucho que las sensaciones que a uno le produce sean tan *llenadorcitas*, sublimes y *aladitas* con esa engañosa apariencia de eternas. Porque, carajo, allí está la trampa, es allí donde nos han engañado. Este alimento tan imprescindible no lo es tal, es sólo el resultado de la digestión.

Uno lo ve con rabia o con amargura.

Lo han engañado miserablemente. Se lo pasaron por el aro.

Le han robado la vida, más aún, la existencia, los valores del hombre como hombre, del hombre-todos-los-hombres.

Jueves 29 de agosto de 1974

Debo aprender a ver en los seres no sólo biografías. Destruir los monumentos, buscar las entradas. Abrir las puertas y no ser sólo una mirada en torno a estatuas verdes.

Viernes 30 de agosto de 1974

Los perfumes de mi casa. No ensuciarlos, no mezclarlos.

Que sigan siendo puros y perteneciéndome.

Son mi libertad.

Sábado 31 de agosto de 1974

Veoque he dibujado poco este último tiempo. Me cuesta concentrarme.

Lo que hago se me antojan *formulitas linditas* y re-repetidas.

Necesito más distancia.

Por la tarde:

Muchas veces pensé o más bien intuí, que sólo los grandes dolores, las situaciones límites pueden conducir a la belleza (la que sigo

viendo desde mi punto de vista que le quita toda “belleza”). Pero no dejo de preguntarme hasta qué punto estas emociones estéticas no son sino fantasmas vacíos.

Me emociono con la literatura, pero siempre sigue siendo eso: literatura. La música, música; el arte, arte, y así...

Es decir, no son lo que necesitamos que sean, lo que precisamente debiera ser su razón de existencia: VIDA.

Podría ser que esto fuera ahora lo importante para mí porque no lo tengo y sólo debo conformarme con retratos grotescos deformados por espejos de otros a los cuales, claro que es importante, llegar, pero en igualdad de condiciones. Y yo ahora estoy ciego, absolutamente en blanco.

Domingo 1 de septiembre de 1974

Sacar ánimo desde dentro para sobrevivir.

Meter la mano por la boca hasta el fondo de los pies, y de un sólo tirón darse vuelta.

Lunes 2 de septiembre de 1974

Quiero soñar, quiero ser yo sin estas angustias.

Quiero llenarme de amor.

Quiero llenarme de alegría, fuerza, vida plana.

Quiero tomar de la mano a todos los que amo, mi gente, mis hermanos, mis amigos y apretárselas fuerte.

Poder decirles ahora el amor y no en discurso de funeral.

Pero al abrir los ojos una realidad golpea cruelmente y transforma estas ansias, tan intensamente reales, en sueños.

Pero tampoco importa: puedo alimentarme de sueños también, sobre todo cuando tienen tanta realidad y tibieza.

Martes 3 de septiembre de 1974

Hoy me siento demencialmente alegre.

Angustiosamente optimista

4 de septiembre de 1974

Siento que esta sensación de sol y primavera no es el amor abstracto por algo llamado hombre, sino por los seres

VIVOS Y ENTEROS.

Necesito compartir.

Gritar como loco esta angustia de dar, de crear belleza, mi belleza.

Para ellos.

Para poder entendernos mejor.

Jueves 5 de septiembre de 1974

De pronto un montón de ropa colgado (¿por qué colgado? Bueno, colgado) de una silla donde se han ido apilando sobre otras: camisas lilas, un pedacito de chomba roja (la manga), un trozo muy pequeño de algo celeste, una toalla amarilla, están las patas grises de la silla —muy delgadas— un dibujo tenue —dibujo de hilos— y en los extremos unas manchitas negras (en verdad son pedazos de goma) el celeste a veces parece que fueran realmente mangas o manos ¿o ramas?

Pero no quiero creerlo.

Toda esto me sumerge en una delicia de color que voy absorbiendo, dejándola entrar en mí y aislándome de lo que rodea mi encierro, de todo lo que me agota. Este entorno caótico, eternamente repetido.

Así voy construyendo un andamiaje plástico. No exactamente una pintura o cosa parecida, sino una *vivencia*; que es más fuerte y desgarradora que una obra pintada o recreada.

Están los colores en sí, abstractos (por decirlo de un modo), pero el total resulta casi humano en su abandono, en el modo trágico de ir cayendo. Y aunque forma, que no es tal, quiera gritarme a toda costa el hombre, yo me niego a aceptarlo. No por capricho, sino por una necesidad tan imperiosa, que me resulta imposible explicar. O porque me muestra el hombre a pedazos, tijeado, armado como un rompecabezas monstruoso que rechazo.

No quiero estas cosas humanas por el uso, que lo son desde fuera —quizá lo único viviente allí es el color— y si me hiere tan violentamente y me asusta, también me encandila y me muestra un

mundo nuevo o distinto que voy bebiendo a sorbitos, como el té inglés y el chino que me gusta mezclar y colar en mi cedazo japonés. Las mezclas.

(¿O la vida?)

¿O tendrá que ser uno como las alcachofas?

Ir sacando y sacando hojitas, comerles un poquito de abajo a cada una —la poquita parte sabrosa— (botar la mayor parte y amontonarlas cuidadosamente en el plato en varias pilitas), para que al final le queden entre las manos dos partes:

una muy sabrosa y otra que es una flor de hilachas espinudas que si se tragan pinchan el paladar jodiendo que es un gusto.

Allí es cuestión de elegir.

Pero antes, ¿lo ves? Te han tenido que ir desnudando lentamente, escandalosamente, desgarrándote y desgajándote. Dejándote *en pelotas*. Un *striptease* demasiado macabro (¿o muy sano?) en el que uno se despoja de todo lo aprendido, visto, amado de día y de noche, para quedar en esa disyuntiva, que lo más probable que se la metan a uno al nacer como una calita sin que se dé cuenta. Puede ser una tremenda estafa y no nos hemos percatado.

¿Cómo renunciar a mis manteles de colores, al montón de quesos para elegir, a todos tus besos, al vino blanco helado, tu sonrisa y tu cintura o el tazón grandote de café con leche y ese pan negro grueso que voy llenado golosamente con mantequilla en las mañanas, frente a la ventana llena de árboles, pájaros y cordillera?

Lo echo de menos sabiendo que es un mundo pequeño, sin importancia frente a lo decisivo de tratar de huir del miedo, aunque la garganta se le llene de espinas.

Lo fregado es que siempre he querido asumir el mundo y eso es una tarea superior a cualquiera o por lo menos para mí en tantas ocasiones, y resulta imposible (o tan difícil). Tanto como ir bebiendo de dos copas al mismo tiempo. Algo se va perdiendo, escurriéndose por el cogote y ensuciándole la camisa, los pantalones.

Ser por todos los hombres (¡qué insolencia!) cuando apenas si alcanza a ser uno ni la mitad de sí mismo.

Sólo frente al mundo, haciéndose las mismas preguntas de niño. Y el abismo en el cual se va cayendo y no hay donde agarrarse. Sobre todo que no hay guías que se lo vayan diciendo (¿y para qué

los queremos?). Como en los museos donde los guías van contando estúpidos chismes de los “personajes” de los cuadros (como si ellos fueran los importantes) y que además uno no sabe si son inventados o no y para lo que importa...

Pero ¿quién les habla de cómo, dónde y por qué fue saliendo todo eso?

Cuesta amalgamar todas estas situaciones y compromisos y en ese camino se cometen errores, caídas, vacilaciones y más aún crueles injusticias del artista como ser humano.

Pero se trata (y sólo en el aire —por supuesto—) de ir saliendo todos los demás. Puede ser un sueño imposible. Somos un montón de islotes inabordables, periféricos, si quieres, pero al menos: *intentémoslo*.

Allí está una de las partes.

Y por otra, sé que me importa un *comino* que me entiendan o no. Mi pintura puede ser lo suficientemente difícil o fácil para eso.

Yo me siento hablando lo que es justo en mí (y no me siento separado de los demás sino al revés: porque ese montón de signos salen todos ellos) y uno puede hacer concesiones a nadie *por* ningún motivo, por altas y pomposas que sean las argumentaciones que se te presenten. Resulta que en el fondo son siempre mentirosas o dogmáticas. (¿Son las espinas o la parte sabrosa?).

¿Cómo poder explicar que no se me puede reemplazar, que nadie puede ser yo mismo, sin que se crea que estoy abanicando deliciosamente mi ego echado panza arriba?

Porque hacia dónde va todo esto lo tengo muy claro: salir hacia afuera desde dentro no significa que no haya sido tocado y cambiado por la realidad que en fin de cuentas es la única que ha hecho posible todo este “milagrito” que es el arte. Una realidad que hay que saber agarrar para hacerla diferente; revolucionarla demencialmente en una verdadera realidad humana.

Sin eso nada es posible y sólo nos quedaríamos con las cáscaras de las alcachofas.

Viernes 6 de septiembre de 1974

Tengo aún impresa una noche a la salida de una sesión de la Academia de Letras del Instituto Nacional, en que, entusiasmados por las discusiones o los poemas y cuentos leídos, prolongábamos este estado de excitación, el *Lalo* Bonati, *Loncho* Schidlowsky y Jorge Guzmán, paseando por el Parque Forestal, mezclando los juegos y las discusiones, como nos sucedía cada jueves. Recuerdo habernos detenido en torno a un arbolito que está cerca del Palacio de Bellas Artes y preguntarnos allí si ese árbol existía o éramos nosotros con nuestras discusiones los que le dábamos existencia.

Estas mismas preguntas infantiles, de tan tiernos recuerdos, son las que experimento en torno a lo que me rodea.

¿Era Alicia la que soñaba el Rey-Rojo o este a ella?

Pero desgraciadamente el entorno tiene existencia propia y ante esto el espíritu suele defenderse, transformando la vulgaridad y tristeza que posee, saliendo del espejo como luz reflejada y el lugar se transfigura, se hace carroza la calabaza, se hermosea la locura por el poder de este “estado de alma”. Así la luz entra en este instante, suave y dorada como un interior de Veermer y me aferro a este momento de belleza y lo aprisiono muy dulcemente.

Este Veermer de Delft es más mío que el que conocí hace años en La Playa.

Sábado 7 de septiembre de 1974

Hoy en la mañana de nuevo la embriaguez del aire y la naturaleza.

Dejarse llenar entero de luz.

Vuelvo y nunca puedo dejar de llorar por tanto emoción y belleza. Pero tiene el mismo precioo la alegría de toda borrachera: el día siguiente y los otros como una resaca o marea que vuelve, hiere con demasiada dureza el presente y marca con líneas muy gruesas el inmenso abismo entre este y la vida. Y el dolor es tan intenso que a veces preferiría que estos instantes no existieran para no tener que ansiarlos tanto.

Domingo 8 de septiembre de 1974

Dos experiencias han acentuado el encuentro con los seres humanos y conmigo mismo. Siento que estas, tan diferentes una de otra, pero igualmente crueles, sin hacerme egoísta, me han dado una percepción de extrema belleza, de los objetos que nos rodean habitualmente, de la verdad y el amor, la amistad, la hermosura del trabajo y su alegría, la libertad de mirar el sol con dignidad, los árboles, los pájaros, el agua que corre, la hierba, lo que miramos y no queremos ver, el aire que no se deja encerrar y hasta el arte con los ojos abiertos.

Veo que la verdadera poesía está en mirarnos nacer cada día, en ducharse, trabajar, en el olor de la albahaca, deambular por las calles, los montones de naranjas o las sandías caladas, el mimbre, las rosas, las jaulas de pájaros, los volantines, una simple maleta de cartón. Lo he sentido siempre así, pero lo veo más nítido, visto con un cristal de aumento que precisa los contornos dándole a la cotidianidad una apariencia mágica. Así la poesía se transforma en una potencia activa, un fuerte motor que mueve al ser humano *completo*, al ser humano que para serlo ha sabido tragar toda esta poesía e integrarla a su ser íntimo luchando con fuerza para no perderla, y así el mismo sueño será vida plena porque estará saturado de toda esta belleza y humanidad.

Porque mirando muy muy lejos habrá que odiar el odio para dejar de ser remedos de hombres, autómatas manipulados: esta cruel burla del verdadero ser humano que ahora somos.

Porque el verdadero ser humano no es sino aquel que es capaz de reconocerse en los otros y que libremente ha realizado sus necesidades integrales y que, para los demás y para sí mismo, aparece como su verdadero autor, es decir, es hecho en su propia libertad, en su propio origen: naciendo de sí mismo siempre.

Esta libertad es mi acto de amor en este darme entero porque soy yo entero también y he logrado juntar *todos* los pedazos dispersos y forjar una unidad, una integridad, una realización en el acto de crear belleza y dar amor, por ejemplo.

Lunes 9 de septiembre de 1974

Hoy es un día hermoso. Afuera un sol: tanta luz.

Siento una gran felicidad y ánimo.

Siento que tenemos un futuro hermoso construido por nosotros, lleno de felicidad, mucho más completo que el pasado y, por supuesto, mucho más alejado de este presente.

Martes 10 de septiembre de 1974

No decaer.

Sostenerse locamente.

Enriquecerse de este apetito por la vida que despierta este letargo.

Subsistir de optimismo.

¿Cómo podrá nadie desunirnos, destruimos, abatirnos?

Miércoles 11 de septiembre 1974

Siempre preguntarse, la médula es la pregunta.

Cristo en su Calvario ya al final, cuando todo termina, le grita al Padre:

¿por qué me has abandonado?

Es su angustia frente a su misión, pero creo que la verdadera pregunta viene después, antes de morir: ¡todo está consumado!

El hombre tan solo.

Preguntándose si todos esos dolores, si el sacrificio de sí mismo valían la pena, si era justo ser Profeta.

Valió por todo lo que siempre viene después de toda muerte.

Peró ¿y él?, ¿y cada uno?

Y aún seguiremos preguntándonos.

Jueves 12 de septiembre de 1974

Todo este tijeiteo, este despedazamiento del ser humano, este dolor (¿necesario?) es el que cuestionamos a cada rato y esas preguntas no tienen respuesta.

O bien son aceptación y negación al mismo tiempo.

O que las cosas que algo significaron se deshagan y otras nuevas tomen su lugar.

Viernes 13 de septiembre de 1974

Siempre las características constantes de una situación tienden a desaparecer de la conciencia, piensa Sartre (creo que en *Les Mots*), como

un olor muy intenso desaparece luego de un rato de permanecer en una pieza en la que se le ha sentido al entrar. Hay que aceptar esto frente a la espera. Eso yo lo sé.

Pero no me sucede con la atmósfera que me rodea. Aún no puedo —o no quiero— hacerla desaparecer de mi conciencia y el olor persiste con la misma intensidad.

El decorado actúa persistentemente sobre mi ser entero y deforma todo lo bello que en un momento logra penetrar. Por ejemplo, la música. A veces en la radio llega buena música. Ayer, Beethoven. Pero era distinto, tenía otro rostro que el que he escuchado siempre. Me lo imaginaba al pobre en un pozo negro, con las patitas muy cortas, como arañas, tratando de agarrarse a los bordes, para no caer mientras alguien le pisaba las manos, o con más humor le hacía cosquillas para que se fuera al carajo riéndose a carcajadas de su propia caída hacia el fondo de ese pozo negro.

Me miran extrañados porque me río como loco.

O el rayo de sol penetrando y que quiero alargar al infinito en esta suave penumbra y aunque sé que es el mismo que está entrando en el *living* o en mi dormitorio *no puede ser el mismo*. Y más aún, alguien vendrá a quitarlo, a cerrar la ventana y llevárselo justo cuando yo lo estoy necesitando más, justo ahora que empezaba a ser mío.

Nada me pertenece.

Sábado 14 de septiembre de 1974

El sol de mi casa, mis cucharas, mis árboles, mis pájaros.

Mi casa soy yo.

Hay algo muy hondo en todo esto, más allá de la mera materialidad.

No significa un afán de posesión o posición, sino un trozo de existencia.

Me han ayudado a terminar con un desmembramiento interior. Son un universo abierto.

Domingo 15 de septiembre de 1974

Hoy parece ser un hermoso día de sol y aunque el frío continúa, la sola presencia imaginada de esa luz, entibia y llena este domingo que es más triste que los otros días, porque me trae a la familia entera de

los otros domingos, reunidos en torno a la mesa con esa dicha inexpressable y loca que aflora por el sólo hecho de estar juntos.

Me he sentido mejor. Ha desaparecido el cansancio tan agudo. Cierto es que persiste aún la modorra creativa.

Me cuesta concentrarme en el estudio o la lectura y el alma está más propensa al vagabundeo y a la especulación. Al recuerdo o a la creación loca que no se plasma en nada. Sigue esparciéndose como nebulosa primaria en busca de la forma capaz de contenerla y amoldarla.

Es vivir egoístamente un doloroso proceso creativo que no es sino de uno, que no puede salir y duele más por eso puesto que no puede ser concretado al no tener verdadera existencia.

¿O esto poco importa?

¿O basta sólo eso para que ya sea válido?

Lunes 16 de septiembre de 1974

La necesidad de estar explicándome y abriéndome como una *Lección de Anatomía* con mi propio ser.

Martes 17 de septiembre de 1974

Todo fue necesario. Amo toda mi vida. Siempre valió la pena porque he sido feliz aún en las etapas duras, quizá porque de allí aprendí más. Nada me parece gratuito. Amo mis errores, las caídas, los desánimos, las derrotas, los éxitos y alegrías porque ocurrieron en su propia luz, con su propio olor y atmósfera.

Todos han colaborado en esta felicidad de sentirme un ser humano que no quiere ver el mundo en una vidriera, espectador-sentado-en-mi-butaca-cómodamente-mirando-la-película-que-no-tiene-subtítulos, sino vivirlo, expresarlo y recrearlo porque esa es una necesidad insustituible y que ha sido permanente.

Incluso en los primeros balbuceos, cuando uno andaba a tope-tones, tratando por todos los medios de darse a entender, y aunque la total comprensión que se quiere no llegue nunca, porque seguiré preguntándome siempre, porque habrá que seguir mirando con los ojos espantados con que llegué a Europa a los 23 años o más aún con el mismo susto de cabro chico ante la oscuridad y lo desconocido. Con

la misma necesidad que cada vez toma más cuerpo de entender a los demás, a no mirarlos desde uno, sino tratar de ser, sentir como ellos.

Seguir mirando con mis pantalones cortos, de años, asustado y alegre, con angustia, pero lleno de la misma curiosidad y deseos de futuro y con una alegría muy grande.

Habría valido la pena porque todo en mi vida ha sido hermoso, aún hoy, porque he tenido la posibilidad de vivir y hacer vivir.

Y si tantas cosas dejaron un gustito amargo también, a veces no me saben tan amargas y se me endulzan en el recuerdo y ahora cuando siento la misma necesidad de protección de niño me pregunto si hubiera sido justo vivir siempre en una atmósfera rosada.

Creo que uno se hartaría de esta “felicidad”. Lo mismo que al tratar de entender a los otros, respetarlos, amar su libertad, estoy sintiendo que vivo de verdad y más entero.

Miércoles 18 de septiembre de 1974

Dulce, dulce patria, recibe los votos.

Y mi cordillera y mi sol entero
nuestra primavera
y a todo lo que amamos.

Jueves 19 de septiembre de 1974

Cuando escribo que no puedo dibujar es porque empiezo a necesitar que estos esbozos sean más definitivos, es decir: pintarlos de una vez. Hacer que estas ideas “tan primarias” empiecen a tomar forma cuando se unan con todo lo anterior en telas inmensas.

Quisiera persistir en ciertas geometrificaciones frías, mezcladas a etapas muy anteriores: a aquellas cercanas a la serie de América, a la estadía en Nueva York y a la vuelta.

Y esa mezcla aún está sólo en la mente, nebuloseando que es un gusto.

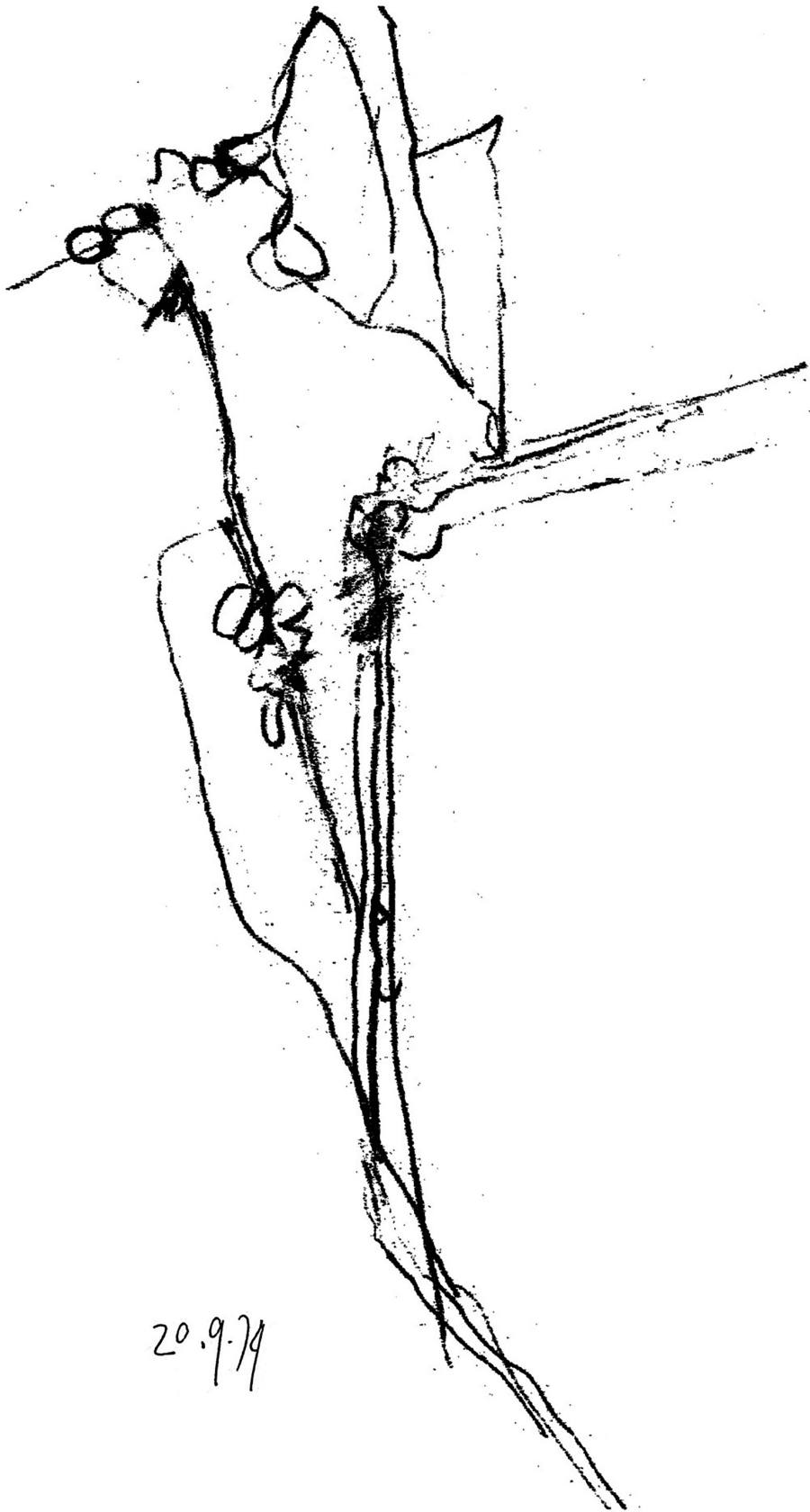
Ya me aburre este anotar de ideas solamente, quiero pasar luego a lo definitivo, de allí que no pueda hacer nada por ahora.

Lo sentiría dibujar por dibujar, meros ejercicios de estilo y eso me desagrada mucho, pues ya no se están creando formas expresivas y nuevas sino repitiendo lo conocido, así es que prefiero esperar que las condiciones favorables se aúnen.

De todos modos, anoto y anoto ideas a desarrollar y de todo ese montón algo tendrá que salir...

Lo que es una incógnita es hasta qué punto todo esto será comprensible o se hará más y más informe.

Pero no veo peligro. No hay obra de arte valedera que no esté cargada de significado, es decir de fuerza interior, de esa estructura vital que la sostiene, que la amarra a la vida y de un modo u otro la hace coherente, comprensible a quien quiera verla con los mismos ojos abiertos y nuevos con que los concibió el pintor (o el artista, para no ser tan parcial).



20.9.79

Viernes 20 de septiembre de 1974

La realidad de los seres.

Buscar el recuerdo por hacer.

La situación mágica en que el pasado se transforma y corre rápido como el cine, las ruedas girando al revés.

Un juego de saltos de la realidad.

Sorpresas fantásticas que ocurran naturalmente.

Reclamo el derecho a esperar todas las maravillas, para que *calabazamente varilleen* lo que me rodea y lo que amo esté siempre a mi lado.

¡*Humpty Dumpty, Humpty Dumpty!*

Que sean ese perfume nuevo que no se deja escapar, Orado Holiveira.

El rayito de sol.

La dulce penumbra,

la luz dorada Veermer amado,

Ludwig, Víctor, queridos ángeles de todas las viñas.

La música que no se va al negro.

Sábado 21 de septiembre de 1974

Sacar valor de no se sabe dónde, para no perder la esperanza.

Vencer el lento cansancio que roe, la larva golosa que se extiende como plaga por todo el cuerpo.

¡Hoy brindo y sueño por la felicidad!

Domingo 22 de septiembre de 1974

Hoy fue la tarde en que nací.

Vino mi madre y la primavera

y lloré acurrucado.

Lunes 23 de septiembre de 1974

Buscar la verdadera humildad artística. Aquella que está compuesta de la convicción de lo que se quiere dar o de lo que se es capaz, con lo que no resulta, sin dejar de aprender jamás.

La misma que permite abrir bien los ojos y VER el mundo como un espectáculo nuevo que nace a cada instante y uno con él.

Martes 24 de septiembre de 1974

Cuando el arte carece del sentido de la vida no es sino vacío y manoseo de la forma. Lo que no significa un desprecio abstracto de esta ni del *homo ludens*, cuando estos son medios de los cuales el artista se vale para poder expresar tramas significantes y, muy por el contrario, allí son fundamentales.

Por eso el juego en el que nos mete Cortázar, por ejemplo; o Joyce o Kafka o Carroll no es el vacío, sino el modo de aflorar jugando en estas dicotomías de hondo contenido humano: todos estos choques, angustias, desgarramientos, tijeretazos, alegrías, rompecabezas, preguntas.

Tomo partido de lo que me punza o duele y me niego a la muerte inútil y en este rechazo quiero llamar a la locura de darse en esta totalidad y aunque la forma pueda adquirir violencia en la expresión, es un medio de exorcizarla para derrotarla y soñarse sin odios. Soñarse enteros.

Miércoles 25 de septiembre de 1974

Fuera, en el árbol frente a la ventana, un pájaro picotea los brotes mientras empieza a reventar la primavera.

Lo veo destrozar la belleza, destruir esas flores antes de nacer, alimentarse de poesía, postergarla, dejar de lado los museos para vivir para poder seguir volando. Para sus hijos y los que vendrán después construyan su nido: sigan viviendo y llenando el aire de alas y trinos.

Jueves 26 de septiembre de 1974

Pienso que todo me afirma, para no estar triste. No tengo derecho: no me puedo dar ese lujo por todo lo que recibo en cada minuto.

Viernes 27 de septiembre de 1974

Y ahora:

ponerme tu cuerpo como traje de astronauta,
y mirar los sueños con tus ojos.

Sábado 28 de septiembre de 1974

Ayer, al escuchar el ruidito de las tijeras del peluquero, que, sin poder explicarme nunca el porqué, me produce un bienestar cercano al olor del incienso, recordaba un viejo peluquero que solía cortarme el pelo en París.

Era una antigua peluquería, solitaria a veces, llena de espejos y frasquitos metálicos relucientes, con la luz reflejándose en todo, devolviendo nuestras imágenes repetidas en todos los tamaños.

Estaba frente a mi hotel, en la Rue Dupin, cerca del Bon Marché. Hoy ya no está: la modernización de París demolió mucha poesía de mi juventud, pero ¿qué importa?

Yo me dejaba envolver por el olor de las colonias, el ruidito tranquilizador de las tijeras, el modo solapado en que caía el pelo al suelo, el runruno de la conversación cálida de ese viejo artesano que amaba tanto su oficio y, metido en el inmenso babero blanco ritual mientras él iba colocándose cuidadosamente motitas de algodón en el cuello entre la camisa y la piel, pasaba horas gratas allí, sentía un bienestar y siempre lamenté después no haber podido ser más amigo de él, haber leído sólo un hermoso personaje de un libro, cerrar siempre la puerta de la peluquería al partir y no llevármela conmigo.

Y *monsieur* Delamas, el dueño del hotel Raspail, que cada vez que volvía, había cambiado de mujer y siempre más joven que la anterior y al llegar el viejo me sonreía orgullosamente y con picardía:

— *Vous voyez, Mr. Núñez, J'ai bien de femme...*

Y volvía a su oficina-comedor-dormitorio-faro-concha de cacacol de la que no salía casi nunca y allí estaba, comiendo, amando como un rey, a las horas precisas: francés en todo.

Lo veo gritándome desde el patio hacia mi pieza: — Mr. Núñez, *telephone!* Y yo bajar corriendo los cinco pisos y meterme en la casuchita con un vidriecito de ataúd o de astronauta primitivo, en el recibo lleno de revistas viejas y muebles que no parecían de hotel ni de ninguna casa, igual que Mr. Delmas.

O en algunas conversaciones, mientras, descolgaba mi llave de su clavito en el casillero junto a las cartas, preguntándome de Chile o de mis viajes o contándome todo lo que veía de París sin salir nunca a la calle: no había ido jamás al Louvre, pero sonreía como la *Gioconda*.

Y me duele saber que, si alguna vez vuelvo, iré corriendo a verlo y tal vez el hotel, igual que la peluquería, tampoco exista o él haya muerto.

O *madame* Emeline, *femme de chambre*, con su pelo coquetamente blanco, que comía en la mesa de los Delinas, conversándome desde el borde de mi cama, mientras yo dibujaba o estudiaba, y que me hablaba de su hija que vivía en no sé qué pueblito de Estados Unidos, que tenía auto. Y *madame* Emeline soñaba con estar junto a ella, seguramente para limpiar el piso con una aspiradora eléctrica y no con el armatoste raro con que ella *tracatraqueaba* las roñas hilachentas que alfombraban el piso.

Hablándome de las emociones que había sentido al ver el horroroso *Chanteur de México*, de Luis Mariano en el Chatelet, porque esa asquerosa opereta, sensación del momento, era el mundo que la emocionaba y a mí me hacía feliz cuando me contaba cada escena o me cantaba las canciones.

Ella les daba la poesía que Marino nunca conseguiría.

Una vez, después de algunos años, volví al hotel y ya no estaba.

Había ido a juntarse con su hija en Norteamérica, pero dudo que allí sea feliz con la enceradora eléctrica, el auto, el refrigerados y tantas cosas que soñó. Le faltará el Chatelet, subir y bajar las escaleras en vez de ascensores; tendrá que faltarle París entero, aunque para mí era ella París, con toda esa capa de falso perfume o engañosa hermosura que cubre tanta tristeza, pero que en definitiva es el alma de los seres —de las cosas— o las ciudades.

No puedo imaginar a *madame* Emeline hablando inglés, o yo no podría soportarlo.

Y en esta soledad de hoy vienen los tres a visitarme desde donde estén, y me ayudan, tal como lo hicieron en esa otra soledad europea de mi juventud.

Eran seres humanos hermosos, tan sólo por mostrarse como eran: maravillosos.

Voy olvidando el París de mis paseos solitarios, las estaciones del Metro, la Bibliotheque de L' Arsenal, el París con frío, la botella de leche y la mantequilla helándose en la ventana, las calles, todo lo que me era más habitual que Santiago mismo. No quiero recordar nada de todo eso, ni sus calles, ni su atmósfera. Todo eso ya no

significa nada para mí, sólo quiero ver rostros humanos, las manos amigas, la gente que amé e incluso aquellas que sólo pasaron alguna vez delante mío y sin que yo las advirtiera.

Quiero revivirlos hoy aquí, porque les debo mucho, quizá me formaron ellos y hoy me hacen ver el mundo hermoso y el futuro mucho más aún.

Domingo 29 de septiembre de 1974

La primavera hermosa que nos va llegando lentamente con la tibieza que me traigo desde fuera y la guardo para que dure lo más posible.

Un poco más tarde:

La poesía y la belleza son gratis, están en todas partes, la gente las reparte a manos abiertas, es cosa de cogerlas a tiempo y no dejarlas escapar.

Aún los grandes dolores y las angustias están llenos de ellas y nos ayudan a ser fuertes (no a endurecernos: esa es una palabra cruel), nos llena de futuro.

Nos enriquecen — no los bolsillos — sino como seres humanos.

Quiero llenar con ternura los ojos de la belleza y de la poesía del futuro compartido y con el orgullo de ser hombres.

Lunes 30 de septiembre de 1974

Hoy Soledad, lágrimas.

Lágrimas, como en esa hermosa carta que mi madre me envió desde Isla Negra cuando no pudo encontrar a Neruda y que aún guardo como un tesoro inmenso, inmenso y, que yo leía andando, llorando; volando por las calles de Roma hacia el Vaticano, hace tanto tiempo.

¿O es un paseo de la lluvia en Stratford-Avon con un cielo transparente tan triste y bello, con esa viejecita detrás de la ventana entre cortinas y té con panes chiquititos?

Martes 1 octubre de 1974, por la mañana

Morelliana:

Desde mis cuadros en las blancas paredes, desde mis maniáticas cucharas de madera, del verde que abriga la casa, con mis pájaros y las

flores de papel, voy nadando en el aire y aquí queda una vaga sombra sentada.

¡Que nadie venga a molestarme!

Hoy yo estoy de fiesta con toda mi familia alrededor de la mesa, alegre, lleno de risa y esperanza.

Miércoles 2 de octubre de 1974

Ayer quería alargar —entrecerrando los ojos, luego que habían partido— ese montón de palomas, árboles, flores, que habían sido mi regalo: vinieron mis hijos a verme.

Quería alargar golosamente todo el aire de verdad, la vida y el sol que había entrado.

Quería seguro que habían sido ciertas las voces, las manos, y así he querido permanecer toda la tarde y la noche con estos sueños, con una realidad que continúa y que hace desaparecer lo que me rodea convertido en un mundo de mentira en el cual no puedo creer que existo. Me regalaron tanta fuerza, me dieron tanta alegría y tanto olvido.

Fue una borrachera de amor, de fe ciega y loca en un futuro hermoso.

El vacío se de flores, de cielo verdadero y mis manos de manos.

Jueves 3 de octubre de 1974

El sol de fuera es un sarcasmo, pero también significa que hay un mundo diferente a esta irrealidad en torno mío, un mundo tan lleno de las cosas que he amado siempre y que he temido olvidar que existen o creer que es real sólo este presente.

Imagino una gran ronda con los seres que quiero.

Bailamos abrazados.

Nos reímos hasta caer rodando.

Besamos la hierba y las flores.

Estamos en cuclillas mirando un hormiguero y ahora de cada al cielo: ver pasar las nubes lentamente, viviendo anticipadamente la lluvia de lo que vendrá.

Reírse como locos y

no escuchar sino el silencio de las voces amadas.

Tocar las dulces manos de mi madre y de mi padre, los dedos de mis hijos: enorgullecerse de verlos crecer y hacerse hombres ante mis padres.

Viernes 4 de octubre de 1974

Despertar cada mañana fue para mí una maravillosa aventura de todos los días, colmada de esperanza, energía y siempre un hermoso impulso para enfrentar cotidianamente el mundo con curiosidad, alegría, propósitos de hacerlo diferente. Salir de la cama, hacer ejercicios, dejar que la ducha me despierte verdaderamente, sentir correr el agua por el cuerpo con el tiempo enteramente de uno sin la prisa ni los gritos de los guardias ni las metralletas incorporadas a la cotidianidad (donde el hábito las hace aparecer inofensivas). Luego preparar el café y tomar desayuno en una mesa con quesos, con pájaros, cordillera, árboles y toda la luz del mundo. Hacer del rito una fiesta diferente cada mañana: levantarse sin prisa, regar los árboles, pintar o dibujar la mañana entera, pasear entre los aromos, los sauces, los olivos, mirar los espinos, ir cuidando los abedules como a muchachitos huérfanos, hacer renacer el sauce quemado, preocuparse de plantitas insignificantes, ver crecer día a día el nogal, tornar sol en la terraza, leer, vagar un poco por los cerros, recoger ramitas secas, leer, seguir pintando, regando, soñando. Siempre con deseos de trabajar, encontrar placer en todas estas dulzuras, creando, viendo nacer y crecer el mundo verde en derredor, empujándolo.

Así, cada mañana era la vida entera, mis mejores momentos, pero aquí, sentado en un colchón en el suelo, el día es todo al revés: despierto cansado, sin desear nada, sin pájaros, sin ducha, sin alegría, con la odiosa cháchara de los carceleros, los gritos de mando, los tontos chistes repetidos día a día, sin esperar nada, sólo aguardando que las horas pasen y llegue pronto la noche para dormir — a pesar de la luz encendida día y noche y el ruido infernal de la radio atronando estupideces—, dormir y olvidar todo; pero es igual, porque los sueños se deshacen cada mañana que es necesario afrontar sin ánimo, en la atmósfera repetida minuto a minuto y que parece no tener final ni aún comienzo, como si la vida no fuera otra cosa que esta odiosa monotonía de vivir en un tarro de engrudo pegajoso.

Quizá esta es la peor sensación que produce la prisión y la incomunicación: sentirse tan inútil, tan desvalido, ver cómo el cerebro se va secando, el pensamiento anquilosando en el hastío de todos días, el cansancio repetido hasta el infinito sin salida, contemplar cómo quieren ir haciendo de uno sólo una cosa atemorizada, acobardada, culpable. Es un aburrimiento que empieza a tragarse a enormes mascadas la imaginación, va royendo los sueños, ahogando las esperanzas y la vida se traduce en una dura lucha para no enloquecer, para no ser vencidos por estos monstruosos fantasmas que no cesan de acorralarlo, clavándole cruelmente sus garras en el alma, haciendo que el tratar de salir a flote de este marasmo, alimentar la esperanza de un futuro nuestro, humano, sea casi una hazaña de cada minuto del día.

Se trata de sobrevivir a la abulia y el desencanto, agarrarse a los bordes para no acobardar, para no ser derrotado, para no ser devorado al sentir que la vida se escurre en un pataleo inútil, en el absurdo, en la sutil tortura de ver que el tiempo pasa en la esterilidad de las horas y va dejando un enorme vacío detrás de uno que jamás podrá devolverle, que nada compensará; sólo esperando que el amor, la ternura, la certeza que vivimos una derrota momentánea que hará posible el mañana verdadero, puedan mitigar el dolor de hoy.

Perdónenme todos, pero hoy es un día triste y desencantado que no hubiera querido transmitirles, pero también me hace soñar que al volver a la vida entera saliendo de este remedo de existencia en que el capricho asesino nos revuelca, al recobrar todo ese mundo de mis mañanas de ayer, podré sumergirme en ellas con un placer más nuevo, más profundo, con más amor, con más ansias por dar vuelta la realidad que aún no nos pertenece, por hacerla humana para todos y no sólo para mi propio golosineo.

Sábado 5 de octubre de 1974

Frente a los momentos en que el decaimiento ennegrece las horas, nublando el entorno y ningún rayo de luz es capaz de despertar la esperanza que se acurruca en un rincón, asustada. Cuando la desesperación atenaza la garganta y se deja de pensar porque hasta eso duele y cansa:

Cuando la razón me abandona y sólo afloran los sentimientos viscerales de la angustia y la melancolía me invade arañando los ojos para no dejar ver nada hermoso —realizando una macabra selección de imágenes— los invoco con todas mis fuerzas para seguir tocándolos, con mis dedos extendidos.

Hago funcionar el interruptor (un blando interruptor inmenso de Oldenburg, que había nublado el mundo), para hacerlo volver a su estado natural, a su primitiva fragancia.

Y aunque el sol de fuera es una burla, voy entrando en otra luz, olores antiguos y lluvia de bocinas. Tantas banderas.

Así el tiempo sin espacio puede ir tomando forma y soporto sentir que se desliza vanamente porque sé también que puedo asirlo y no dejarlo escapar y esculpir con él un tremendo grito de esperanza.

Domingo 6 de octubre de 1974

Hoy una brisa fresca endulzaba la tarde casi calurosa y los árboles continuaban reventando vigorosamente sus brotecitos con un celoso empuje de vida y amor.

La cordillera a lo lejos ha ido desalojando la nieve del invierno y aunque le quita la majestuosidad del blanco, en compensación va dejando a la vista una hermosa piedra azul, del azul hecho de aire, la roca sólida detrás de los verdes que uno se vería en aprietos al tratar de pintarlos.

Y qué hermosa comunión: caminar sobre el pasto que cruje musicalmente, verde de susurros, de murmullos, de leves truenos que aquietan, reemplazando los instrumentos verdaderos cuando dentro de uno resuenan como una canción, o el silencioso bullicio de bronces y percusiones, tiene todo esto algo de alucinado, grandiosamente mágico y amado.

Hay veces que hubiese querido vivir un cuando el paisaje era la pintura y sólo pintar estos montones de verdes, Ocre y azules a tremendas pinceladas. He sentido muchas veces envidia del universo de Van Gogh o Cézanne o de nuestro Pablo Burchard para quienes el arte se enraizaba y crecía nutriéndose de la naturaleza, y me apena que para mí no sea la motivación de mi pintura. Pero, en cambio, me gusta vivirla, aspirarla, sumergirme en ella, deslizarme apaciblemente, dejarme penetrar de su pereza lánguidamente, dejando la pasión

y el ardor frenético para el color y las formas humanas que me conmueven de un modo distinto, aunque la naturaleza, me doy cuenta ahora, se me va transformando cada vez más en una pasión irrefrenable, pero prefiero vivida y dejar que el ser humano viva en mi pintura.

Lunes 7 de octubre de 1974

Hoy es un día hermoso.

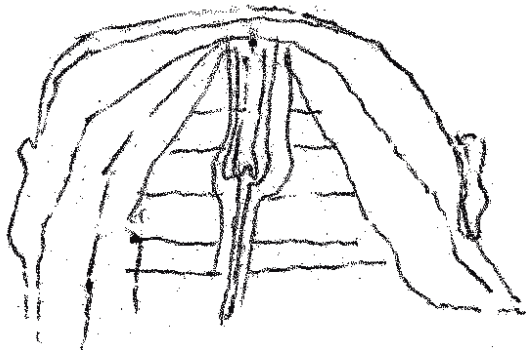
Afuera cantan miles de pájaros invitando a la felicidad.

Vienen a saludarme, a batir sus alas para que cantemos todos juntos.

Martes 8 de octubre de 1974

Me subo al árbol a conversar con la Reina de Corazones mientras los jardineros siguen con sus rosas.

Me sorprende mi voz porque empieza tener sonido. Pero bajo de nuevo a seguir plantando ciegamente rosas, aunque con esperanzas de loco desorbitado.



Miércoles 9 de octubre de 1974, tres de la tarde

Dejo inconcluso "Oh Jerusalén".

Arreglo mis pocas cosas haciendo un bulto con ellas, estoy listo para el regreso.

Todo está lleno de sol y pájaros.

Me voy con ellos.

¡Al Chayin!

Voy saliendo
de
mi propia muerte
donde
la vida
el amor
los trinos
los besos
no vinieron
y escondidos
me esperaban
para abrazarme
y decirme ahora
que todo el llanto
el terror
y olvido de ser HOMBRE
tuve que vivirlos
y tuve que morir
en
cada
día
para llegar a amar
con qué dolor
mi propia vida.

Pedro Núñez

Entrevista con Elisa Massardo
Noviembre de 2021

En parte de la obra de tu papá se busca mostrar lo que vivió en los campos de concentración. Me da la impresión de que todavía hay algo que tu papá no puede expresar. Digo todavía, sabiendo la cantidad de trabajo visual y escrito que tiene, que pareciera interminable.

Un agujero negro hay ahí, tremendo. A él le cuesta mucho hablar de esto, rápidamente cambia de tema. Le cuesta entrar ahí, nos cuesta de hecho, porque todo ese período fue muy duro. No sólo fue un castigo para él, también fue un castigo para nosotros, yo lo sentí así. A mí me marcó profundamente y sanarme de eso me ha costado años. Todavía hay zonas ahí donde no entro, porque me duelen.

Él ha hecho un esfuerzo enorme por curar esas heridas, porque en un momento determinado se da cuenta que le están haciendo daño, que lo pueden matar. Todo lo que tiene que ver no con el olvido, sino con el perdón, quizás sea esa la palabra. El perdón, algo que te permite quitarte eso de encima para sanear, y que es una tarea pendiente de Chile, porque Chile ha hecho mucho al respecto, a diferencia de España, por ejemplo, con sus heridas con respecto a la guerra civil, que hay mucho pendiente, muchísimo más que en Chile.

¿Cuándo te fuiste a España?

El 87, noviembre del 87. Mi papá volvió ese año, es justamente el año que volvió. Nuestra historia, nuestra relación es una historia de

separaciones, de enormes distancias. Parecía que ese era el momento del gran reencuentro, y así se abre una separación enorme, de muchos años, porque yo tardé muchos años en volver a Chile después... Estuve muchos años viviendo ilegal en este país, ya no podía volver, era impensable. Por más de diez años estuvimos así sin vernos, y sin relacionarnos, porque ahora mismo hablamos como una vez por semana, tenemos largas conversaciones telefónicas, y muy seguidas, pero esos primeros diez años fueron otro exilio.

Tu papá se fue cuando tenías más o menos 15 años, ¿no?

Cuando lo expulsaron, recuerdo ese día. Llegó en un furgón de Carabineros al aeropuerto, ZZ01 era la matrícula de la patente del vehículo secular aquel, y bajó esposado de ese vehículo, y lo metieron rápidamente por una puerta lateral del aeropuerto Pudahuel en aquel entonces, y ahí lo estaba esperando alguien de la Embajada francesa, porque se iba a Francia, y pudimos despedirnos en esa dependencia muy poco rato, — cinco, diez minutos. Esa fue la última vez que lo vi hasta el año 1977, que fue cuando viajamos con mi hermano a París a visitarlo, que pasamos Navidad con él. Él vivía en esa época en la periferia de París, era un barrio comunista donde le habían dado un pequeño apartamento en el que vivía, y en el mismo edificio otro apartamento para el taller, y ahí estaba mi padre. Por supuesto, siempre ha sido muy productivo, nunca ha dejado de trabajar. Ahí se abre un proceso pictórico bien interesante de los cuadros con los fondos blancos pintados, como este “no lugar”, y por supuesto mucha sangre, vísceras, moscas, muchas moscas, una pintura difícil en el sentido de difícil de ver y convivir con ella. Si la anterior era complicada, esta ya mucho más. Uno podía sentir ahí un dolor, pero no sólo un dolor, sino además un frío. Yo siempre he sido muy sensible a la imagen pictórica, yo creo que nos enseñaron a leer cuadros antes de leer libros.

Tu papá me contaba que él pensaba llevárselos, cuando estaba organizando la exposición del 74. En algún momento les preguntó si querían ir con él, porque sabía que lo iban a exiliar, era evidente.

Sí, el año 1977, cuando fuimos a París, me habría quedado, y volví por mi madre, mi madre no habría soportado que nos hubiésemos quedado allí, pero yo me habría quedado, de hecho, tardé diez años en volver a Europa y cuando llegué a España tuve la extraña sensación de estar volviendo a casa, fíjate. Eso que era complicado, no entendía yo el lugar, ni me entendían en el lugar, fue difícil el principio aquí, el establecerse, el encontrarse con almas afines, por así decirlo, fue largo ese proceso, pero siempre tuve la sensación de estar volviendo a casa, de cierto modo. Yo creo que, ahora con la distancia, entiendo que era más bien el estar en un lugar que no entendías bien, donde había muchas cosas que no entendías, por lo tanto, no te producían ni frío ni calor, lo cual te ofrecía una enorme libertad.

¿Tú tienes una relación más cercana con tu papá?

Bueno, Pablo y mi papá se ven menos, pero cuando se ven, es como si se hubiesen visto ayer, y tienen todo un mundo del que hablar. Mi hermano es una bestia de teatro. Pablo pertenece al teatro, él es el del teatro. Es una relación muy visceral con el teatro, con la ópera, entonces, para poder hablar de otras cosas con Pablo que no sea la ópera o el teatro, tenemos que estar mucho tiempo juntos, muchos días juntos, antes de poder pasar a otros temas, y claro, mi padre y Pablo tienen ahí mucho de qué hablar sin hablar de las cuestiones delicadas.

¿Te acuerdas tú cómo eran esas conversaciones con tu papá cuando estabas preparando la exposición? Porque en algún momento les dijo, ¿cierto? Salió de la prisión y habló con ustedes, me imagino.

Salió de la prisión y empezamos a vernos de nuevo. Nosotros teníamos una relación con mi padre de fines de semana. Pasábamos los fines de semana en su casa de Lo Curro, en esa época. Eran sagrados los fines de semana, nos recogía el día viernes en nuestra casa, íbamos al supermercado el sábado en la mañana o el mismo viernes, nos abastecíamos, eso era fascinante. Y luego, conocimos esa casa desde que se empezó a armar. Veíamos trabajar a mi padre, y compartimos muchísimo, participábamos en las cosas que estaba haciendo, nos ponía a trabajar, cosa que a mi hermano le molestaba muchísimo, pero

yo siempre fui entregado con eso, siempre me gustaron esos trabajos que había que hacer. De repente, por ejemplo, tocaba armar un catálogo que tenía muchas partes. Por ejemplo, el catálogo de la exposición del Instituto Francés se armó en esa casa, y era un catálogo que estaba lleno de cositas. Era complicado compaginar eso, estaba todo distribuido en una mesa larga, cada uno de los elementos, y había que ir poniéndolos en orden y metiéndolos en el sobre. Yo ese trabajo lo hice encantado. Pablo acabó con ese sobre y se fue, se fue a ver a los vecinos.

Tu papá tiene una forma de pensar distinta a la mayoría de las personas. ¿Qué cosas te llaman la atención?

Para mi padre hay mucha gente que puede ser insoportable. No me cabe duda de que nosotros no somos insoportables, ni mi hermano ni yo, aunque podamos ser muy antipáticos y muy pesados —muy pesados en el afán de aclarar ciertas cosas, etc.—, pero insoportables no, hay un amor muy profundo. Mi hermano y todos somos singularísimos, y se respeta esa singularidad.

Esa exposición se gestó en esa casa. Cuando mi padre salió de la primera prisión, que fue tremendo eso, porque tardamos mucho tiempo en saber dónde estaba. A él lo tomaron preso y desapareció. Yo recuerdo haber ido al Ministerio de Defensa, era adolescente. Un día mi padre no llegó a buscarnos, entonces yo estaba inquieto. Él había refugiado en su casa de Lo Curro a un dirigente, cuyo nombre no sabía. Entonces a este señor lo tomaron preso, porque iba conduciendo y revisaron el vehículo, vieron que algo no coincidía y lo tomaron preso. Lo deben haber machacado hasta el infinito y este señor delató a las personas menos comprometidas de su entorno, mi padre entre ellos, con lo cual un buen día aparecieron por su casa y se lo llevaron. El día sábado o día viernes mi padre tendría que habernos ido a buscar y no apareció. Llamé a mis abuelos y fui con ellos en un taxi a Lo Curro y ahí estaba el coche, estaban las persianas bajas, subimos la escalera y mi abuela tenía las llaves de la casa. Se acerca a la puerta y en ese momento la abren y nos apuntan con un fusil de asalto liviano que tenía en el cañón un enorme dispositivo silenciador. Nos preguntan quiénes somos. Nos hacen pasar y la casa

está completamente revuelta, y nos dicen que mi padre está detenido y en poder de la Fuerza Aérea, y que no podemos decírselo a nadie, y nos fuimos de ahí.

Ahí empieza todo un calvario. El lunes siguiente aparezco yo por el Ministerio de Defensa y ahí me entrevisto con un teniente, que era el que estaba a cargo de estas historias. Fui elegantemente vestido, con traje y corbata, y al teniente le sorprende mucho que sea un niño el que se está ocupando de estos asuntos. Ahí me informa el teniente que mi padre está detenido en un sitio que no puede decirnos cuál es, que está en poder de la Fuerza Aérea y que lo que haga falta hay que entregarlo ahí, en ese momento, las cartas o las cosas que le pudiéramos hacer llegar. Y ahí empieza todo un período de correspondencia e intercambios de cosas. Nosotros íbamos a dejar cosas que mi padre pudiera precisar y recogíamos una carta por semana. Mi padre las recuperó luego, hay un libro, que es el diario de prisión. Ese diario de prisión está sacado de esas cartas, pero las cartas son unas páginas dobladas por la mitad y escritas con una letra ínfima por las cuatro caras. Yo supongo que eso debe estar en el archivo, esas cartas, las originales. Está lleno de cuestiones de requerimiento propio de alguien que está detenido. Están cuajadas de reflexiones, está el diario en esa correspondencia, y mi padre era muy consciente de que estaba escribiendo documentos para luego editarlos. Esas cartas fueron para mí muy importantes: se refiere a nosotros, habla con nosotros, como una idea de libertad con respecto a los hijos, de cómo quiero que sean mis hijos, y yo durante muchos años intentaba responder a esos requerimientos del padre. Todas estas cuestiones, a esas edades, te troquelan.

Recuerdo una vez, hace unos años atrás, recién inaugurado el Museo de la Memoria. Coincide con una visita mía a Chile. Mi padre estaba invitado, junto con otros exiliados que habían hecho su exilio en distintos sitios, para hablar del exilio, en un anfiteatro grande, y mi padre estaba muy encorsetado, muy tieso, defendiéndose. Y había una foto al fondo, como escenografía, una foto grande de una familia partiendo al exilio. Se veía un padre, una madre y dos o tres críos pequeños, dos maletas, con esa cara de incertidumbre del que se está yendo y con una cara de satisfacción de poder irse a un viaje sin retorno, porque la mayoría de los exilios fue sin retorno, o digamos,

en el sentido de que aquellos que volvieron, volvieron a otro país, cuando pudieron volver, y tuvieron que adaptarse a ese otro país. A mi padre le costó mucho el retorno, de hecho, no podía soportar la luz, y en su primer taller, cuando vuelve a Chile, tuvo que poner unos papeles traslúcidos para bajar el nivel de luz de Chile. Chile tiene una luz alucinante, que quema. Aparecen ahí los colores con un fulgor bestial, entonces hay que matizar, entre otras cosas que debe haber tenido que hacer. Debe haber sido duro ese retorno, esa reinserción, y le debe haber costado mucho tiempo.

Entonces estaba esta foto de familia, y yo escuchaba lo que hablaban en el escenario. No les creía nada, a mi padre tampoco, porque hablaba desde una institucionalidad. Entonces, cuando por fin dieron el permiso para que hablara la gente del público, se notaba que había un resentimiento en el público, entre aquellos que pensaron que el exilio había sido una experiencia muy placentera, un exilio de oro. Se le dio la oportunidad a mi padre de explicar que el exilio no había sido precisamente de oro, tal vez dorado, pero de oro no. Y yo menciono esa foto, esa foto para mí era muy reveladora, como estar viendo la foto de una de las hermanas pequeñas de mi padre, mi tía María Angélica, que tuvo que partir al exilio junto con su familia, y se fueron a Canadá con mis primos chicos. Yo con ellos me reencontré después, fue hermoso ese reencuentro, pero también me generó un dolor enorme el constatar que nos habían robado la posibilidad de relacionarnos. Mi primo, que era un ser maravilloso, se murió en el exilio. Se murió, o sea, desapareció, se lo tragó el mundo.

En esa foto estaba parte importante de mi familia. Nosotros estábamos profundamente vinculados a esos niños, a mi tía María Angélica. Era gente importante para nosotros.

El pescado no sabe que está en el agua, se da cuenta cuando lo sacan del agua, y nosotros, inmersos en una realidad, te das cuenta que eso cambia y se transforma cuando te cambian las condiciones, cuando te sacan de esa agua. Mi primo Claudio es un gringo, es un canadiense. Él ahora va mucho por Chile, compró la casa de mi abuela. Un día íbamos a una fiesta juntos, llenamos un taxi. Claudio conocía la dirección, y se sienta adelante, y le dice al taxista “vamos a la calle Simón Bolívar”, con tono gringo. Es divertido, claro, pero gringo.

A mí esa foto me estaba mostrando no sólo el dolor del exiliado, sino que el dolor que recibimos todos. El exilio es un castigo griego y tremendamente cruel, no sólo para el que lo recibe directamente, para el que se tiene que ir, sino también para el que sufre la pérdida del que se va. El que se va es como si fuéramos unas plantitas, cogen la mata, las sacan de la tierra y sacuden, y van para otro lado, y ahí queda en la tierra donde estaba esa planta un agujero con restos de raíces, pero un agujero con el que hay que convivir, justificar frente a los demás, frente a sí mismo, asumirlo, tú lo estás viendo ahí, y la ausencia, claro, la ausencia de otro. Y el otro, el que se va, echa de menos. Mi padre echaba de menos los árboles de la calle donde había nacido, que seguramente ya ni siquiera existía, porque tú te vas en un momento determinado y echas de menos lo que has dejado en ese momento, pero todo está cambiando, todo se está transformando, por lo tanto, aquello que echas de menos ya no existe. Es muy dramático eso, porque dejó de existir. Lo que existe es tu relación con eso, eso no desaparece. Y eso que mi padre tuvo una relación muy sabia con el exilio. No era de los exiliados que vivía con la maleta hecha, para nada. Llega al exilio y se pone a trabajar, en lo social, en lo que están haciendo sus compañeros pintores con respecto a la realidad chilena, y en su propia obra, su propio discurso, que es una cosa incesante, su voz, que nunca ha dejado de sonar.

Soledad se fue con él, ¿no?

Sí, se subió al mismo avión, se fueron juntos. Para ellos empezó una aventura apasionante, hermosa. Ellos llevaban juntos muy poco tiempo. La verdadera relación comienza realmente en el exilio. Mi padre era un hombre hecho y derecho, y la Sole era una muchacha que estaba comenzando su carrera, tenía montones de posibilidades abiertas y las hizo en el exilio, y el exilio determinó probablemente sus intereses, sus intereses profesionales.

Tu papá maneja muy bien los temas a los que él quiere llegar. Yo he entrevistado a tu papá unas diez veces y siempre recurre a los mismos temas, y se escabulle de algunas cosas.

Sí... Para mi padre su carrera ha sido una cosa muy importante. Ha tenido una visión amplia de lo que es él como pintor y como artista, y ha respondido con precisión a los requerimientos de la carrera. Eso implica ausencia en otros aspectos de la vida, desde luego que sí. Son sus demonios, son tus tormentos. Tú no entras ni sales, por mucho que puedas verlos desde fuera, mencionarlo en el mejor de los casos.

Esa época en la que tu papá hizo la exposición, ¿ustedes sabían que podían expulsarlo del país?

Primero sale de la prisión, vuelve a casa y tiene que recuperarse, porque ha estado preso en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea, en los sótanos, lo que eran las aulas que se habían transformado en prisión. Ahí estaban presos la ultra izquierda, los miristas, y estaban en estas aulas con las luces encendidas, día y noche, y con cumbia sonando día y noche, y los ojos vendados. Los sacaban a pasear una vez por semana y les quitaban la venda de los ojos una vez por semana, para que se comunicaran con el exterior. Entonces estaban en un lugar de reclusión clandestino, pero los familiares sabíamos que estaban en manos de la Fuerza Aérea. Había oficiales que estaban a cargo de esto. Mi padre sabía que había pasado una semana, porque el día miércoles, ponte tú, había un oficial al que le gustaba la música clásica, y la cumbia cambiaba por música clásica, lo que era como un gran alivio. Un oficial que se había formado en Miami, porque todo esto es parte de un discurso más amplio. Esta situación chilena, el golpe de Estado, estaba orquestado desde los EE.UU. No hay que olvidarse de eso. Todo esto que estamos sufriendo en carne propia, forma parte de un entramado gigantesco que no ha terminado, sigue siendo más o menos lo mismo, más global, pero seguimos siendo el patio trasero de Estados Unidos. No podemos olvidarnos de eso.

Sale de esa prisión mi padre, lo vamos a buscar mi abuela y yo, y viene flaco y envejecido, y con una expresión en la cara amarga, que no le cambió nunca más. De todo lo que vio ahí, de los interrogatorios que vivió, él escribió un testimonio para la UNESCO y ya da por zanjado ahí, pero entrar en detalles de eso, nunca hemos entrado en esos detalles. Esos primeros días de libertad vigilada —porque mi padre sale en libertad condicional de la Fuerza Aérea— tenía que ir

a firmar una vez por semana al Ministerio de Defensa, supongo que a decir que no se había ido a ningún lado. Recuerdo que, a las pocas semanas, mi padre invitó a cenar a casa o almorzar, a uno de sus carceleros, un suboficial, alguien que había sido amable con él, y que lo había protegido en algunas circunstancias. Eso tiene un nombre, síndrome de Estocolmo. Y llega este señor con su señora, todo de manera muy paternal, y mi padre que no es tonto se da cuenta de esto, y suspende la relación con este individuo. Ya después empieza a trabajar en los dibujos que había estado haciendo en prisión y a preparar tres exposiciones: una de los dibujos negros que no llegó a inaugurarse, otra exposición y la del Instituto Chileno Francés, la de las jaulas y *printuras*.

Entonces, ¿cómo surge la idea de las flores en las jaulas? Mi padre tenía una colección de jaulas, y estaban estas en un pasillo, y en la habitación había una rosa artificial en una especie como de tubito de ensayo. Había un momento determinado cuando hacías el tránsito por el pasillo y vas a entrar en la habitación, en que se veía la rosa dentro de la jaula, y así surgió esa idea, y supongo que la idea de meter cosas en jaulas. Luego, hay antecedentes: Marcel Duchamp mete cubos de azúcar en una jaula, o sea, digamos que está relacionado, está inserta en la tradición esta colección de jaulas. Pero eso era completamente secundario. No le interesaba nada a mi padre, lo que le interesaba era poder expresar y sacar fuera de manera plástica, supongo que como una forma de sanarse. Lo sentía como una responsabilidad preparar estas exposiciones y desde luego sabía que aquello tenía un riesgo y que lo podían tomar preso. Le echó mucho valor, porque nunca ha sido mi padre un señor desafiante y que se enfrente, o que salga adelante a defender al mundo en una pelea, para nada. Le tiene mucho respecto a esas cosas, y debe haber superado un miedo muy profundo, entiendo yo.

Estas exposiciones estaban ocurriendo al mismo tiempo: la preparación de estas, los dibujos negros surgían ahí con gran soltura, estaba los papeles y estaban los materiales, y se podían hacer en una mesa pequeña, y luego la exposición de las jaulas y todo esto... La propia idea de la primera jaula tiene que haber abierto la jaula de las ideas y de seguro que proliferaban. Tú ves ese catálogo y te das cuenta de que hay una imaginación desatada, y que hay mucho disfrute

armando eso. Luego había mucho material en casa que tenía que ver con su negocio del *postershop*. Por ejemplo, el cartel de la exposición era de un cartel que se vendía poco, de unas imágenes de unos indios americanos con colores muy *hippies*. Entonces ese cartel se vendía poco, por lo tanto, lo usó e intervino para promocionar el día de la inauguración. Justo al día siguiente fue desmantelada y supongo que todo ese material fue destruido, requisado y destruido, porque la exposición que se hizo luego en el Museo de la Memoria es una reconstrucción. Una cosa bastante difícil, porque esas jaulas que tenía mi padre se podían comprar en la Vega Central. Cuando se hizo la reconstrucción ya no quedaban artesanos que hicieran aquello. Otra situación dramática que tiene que ver con la globalidad y con el destino de nuestro amado país.

Lo metieron preso y ustedes no lo volvieron a ver hasta que se subió al avión.

No, en ese segundo periodo de prisión mi padre pasó por varios campos, pasó por Cuatro Álamos o Tres Álamos, no sé exactamente en cuál de los dos campos. Esa debe haber sido una experiencia muy atroz, porque en la Fuerza Aérea la tortura era estar con los ojos vendados, con la luz encendida todo el día y sometidos a vigilancia permanente, pero en estos otros campos le tocó ver tortura y le tocó ver cosas atroces. El último campo al que fue a parar fue a Puchuncaví, y ese era un campo variable, dependía del comandante a cargo. Lo cambiaban una vez por semana o una vez cada 15 días. Entonces había comandantes que se lo tomaban como vacaciones y no se metían en la vida de los presos, pero ahí los presos tenían vida comunitaria y tenía organización. Estaban organizados, daban clases; había médicos que atendían a la población de Puchuncaví una vez por semana; había una intensa relación social entre ellos; había escuelas; se podían aprender cosas. Los presos se tenían que entender con las autoridades militares para negociar cosas, y mi padre, que siempre ha tenido como buena muñeca por así decir, acabó siendo ancianísimo del campo, o sea, representante de los prisioneros. Desde Puchuncaví a mi padre lo trasladan al aeropuerto con una orden de expulsión que nunca fue muy clara. Salió con un pasaporte marcado con la letra L

que significaba que era un pasaporte para salir del país, pero que no servía para volver. Él fue liberado sin cargos, en realidad, esta expulsión no se correspondía mucho con su situación legal. Daba exactamente lo mismo, los militares hacían y deshacían como se les daba la gana, y supongo que no lo mataron porque estaban los franceses de por medio, porque estaba esa exposición en el Chileno Francés. Supongo que eso lo salvó. Esa exposición fue un problema para el que era entonces director del Instituto Chileno Francés, porque era ahí un conflicto diplomático que debe haber sido muy complicado para Francia, pero supongo que eso es lo que le salvó la vida a mi padre.

¿Cuántas veces viajaron donde tu papá a verlo?

Solamente el año 77, nada más. Pablo viajó luego, hizo un segundo viaje y estuvieron ahí juntos. Yo no fui en esa oportunidad, porque en esa época yo tenía una relación muy intensa y apasionada, y no fue posible sumarme a ese viaje en ese momento, pensando que iba a ir el próximo año.

Coincidió con mi padre un par de meses. Yo en esa época me acababa de casar con la Pilar y habíamos decidido, antes de que mi padre viniera, que nos íbamos a ir a España. Ella tenía un hermano viviendo en España, entonces pensamos que eso era una circunstancia favorable, y eran nuestros planes. Uno tiene que ser fiel a sus propios planes y lamentando mucho esta circunstancia de un nuevo desencuentro, pensando en ello, vaya vida esta nuestra.

Tu papá les enseñó eso, ser fiel a los planes de uno, ¿no?

Sí, la idea de que uno debe encontrar su propio camino, su propio destino. Para eso necesitas herramientas, para encontrar tu propio destino. Mientras más herramientas tengas, pues mejor. Y claro, mi padre nos suministraba, nunca nos abandonó económicamente, jamás. Siempre respondió, siempre estuvieron ahí los recursos para lo que se nos pudiera ocurrir estudiar. Él tenía un representante legal en Chile, Isaac. Él fue nuestro tutor en cierto sentido, y yo era un tutorado un poco díscolo. Se entendía mejor con mi hermano.

Cuando dices que tu papá siempre estuvo económicamente, igual su ausencia fue fuerte para ustedes...

Sin duda. Para mí desde luego. Yo lo echaba mucho de menos, porque teníamos una relación muy entrañable, disfrutábamos mucho juntos, nos reíamos mucho. Tenemos un sentido del humor parecido y un cariño muy profundo.

Cuando sabían ustedes que tu papá estaba haciendo esta exposición y que finalmente lo podían exiliar o que podía volver a estar preso, ¿nunca le dijeron nada?

Yo lo que veía era que mi padre estaba haciendo unas exposiciones preciosas. La exposición de la jaula era una preciosidad. Esos dibujos negros eran magníficos, qué le ibas a decir.

¿Pablo le dijo?

Es probable, mi hermano es muy sensato y seguramente le puede haber dicho algo, o haber manifestado su preocupación. Pero yo tenía absoluta conciencia de que mi padre estaba actuando en consecuencia. Él siempre fue un hombre muy coherente, hasta el día de hoy. La coherencia interior es algo que no tiene que ver con la razón. De repente tú puedes estar equivocado hasta la médula y ser coherente, asumir ese error.

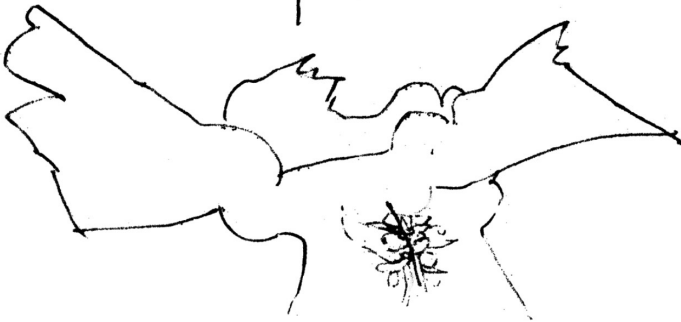
EL CUADERNO DE PUCHUNCAVÍ

Breve noticia del texto

Son textos de unas libretas que tenía en Puchuncaví. Son varias libretas, me las llevaba la Sole, después las reuní. Eran más no más, nunca las mostré ni las vieron. Era un poco más directo, porque hablo de tal preso. El primero era censurado.

Las ordené y se me ocurrió hacerlo porque de la revista *Araucaria*, el número 4, lo dedicaron totalmente a los *monos* y algunos textos, algunos pedacitos.

En esa época yo escribí un texto para la *Araucaria* que se llamaba “Tomar la vida y los sueños de la mano”. Lo escribí en Francia. Es aparte. Es la visión de un exiliado.



12.5.15

14 de mayo de 1975

Pasan dos gaviotas gritando su libertad (palabrita altisonante).

Viernes 16 de mayo de 1975

Se experimenta a veces una egoísta necesidad de aislarse y sentir que sólo es importante lo que le sucede a uno, sin pensar siquiera que los que quedan fuera, en esa libertad aterrorizada, arrastran más problemas que nosotros, y quizás este “dolor interno” no es sino una defensiva, pues los que llevan de verdad el peso son los que aún están libres. Nosotros ya pasamos la barrera.

Siento que mi Sol se queda en el camino, en el frío. Yo la veo cuando vamos marchando y cantando para bajar la bandera a las seis de cada tarde. Pero luego yo me meto en las otras obligaciones y la cotidianidad, y es injusto.

Por la noche

Un ansia de ser yo aparte de todos, embriagado del vicio de la creación solitaria que arranque de las realidades, pero emborrachado por todo el movimiento interno y las razones poéticas de Maiakovsky o las ideas tumultuosas de Proust.

Salir a volar por los montes, buscar y buscar en el papel blanco.

Sábado 17 de mayo de 1975

Lorca cree “que ningún artista trabaja en estado febril”, “el poema es la narración del viaje” y no el viaje, de ahí que uno se debata en un dormitorio desesperante, una asfixia de luz, de seudolibertad.

Mirar el sol mentiroso, el engaño consciente o inconsciente, la autosugestión ¿o el conformismo?

Hay que reaccionar con fuerza contra esta presión constante, este exceso de banalidades protectoras de muchas de nuestras relaciones colectivas y, con cuanta más razón, protegernos contra el intento de estupidización consciente y masiva.

¿Cómo poder salir del viaje estando en el viaje mismo?

Hacer de esa locura un hecho de belleza posterior como esta golondrina que viene todos los días a un nido inexistente en la puerta de la cabaña, que persiste aquí en este falso verano y se engaña volando y volando.

Domingo 18 de mayo de 1975

¿Y este montón de locos? Pájaros encerrados, ¿qué cosa extraña?

Que nadie se equivoque: por locos habrá que entender todo lo que huelo a humano.

Lunes 19 de mayo de 1975

Parecería que aquí no ha pasado nada porque jugamos ajedrez o fútbol o cualquier cosa, hasta leemos, y a veces se nos permite pensar (aunque a escondidas).

Pero a mí me asaltan dudas de todo esto, pues los cerros, las nubes y los árboles tan bonitos, que veo desde mi cabaña, están detrás de alambres de púa.

Martes 20 de mayo de 1975

Salgo del comedor. Es de noche, recorro el campamento, camino a mi pieza (nos encerrarán en una hora más, después de la formación).

El aire está frío, pero hay luna y el cielo muy claro y lleno de estrellas. Yo las miro, no sin cierta sorpresa porque se parecen mucho a las que veía desde mi casa, y me cuesta creer que en verdad sean las mismas.

Miércoles 21 de mayo de 1975

Estoy preso por hacer del arte algo más que un juguete o un simple alarde de belleza (quise ir más allá y entrar de lleno en los otros).

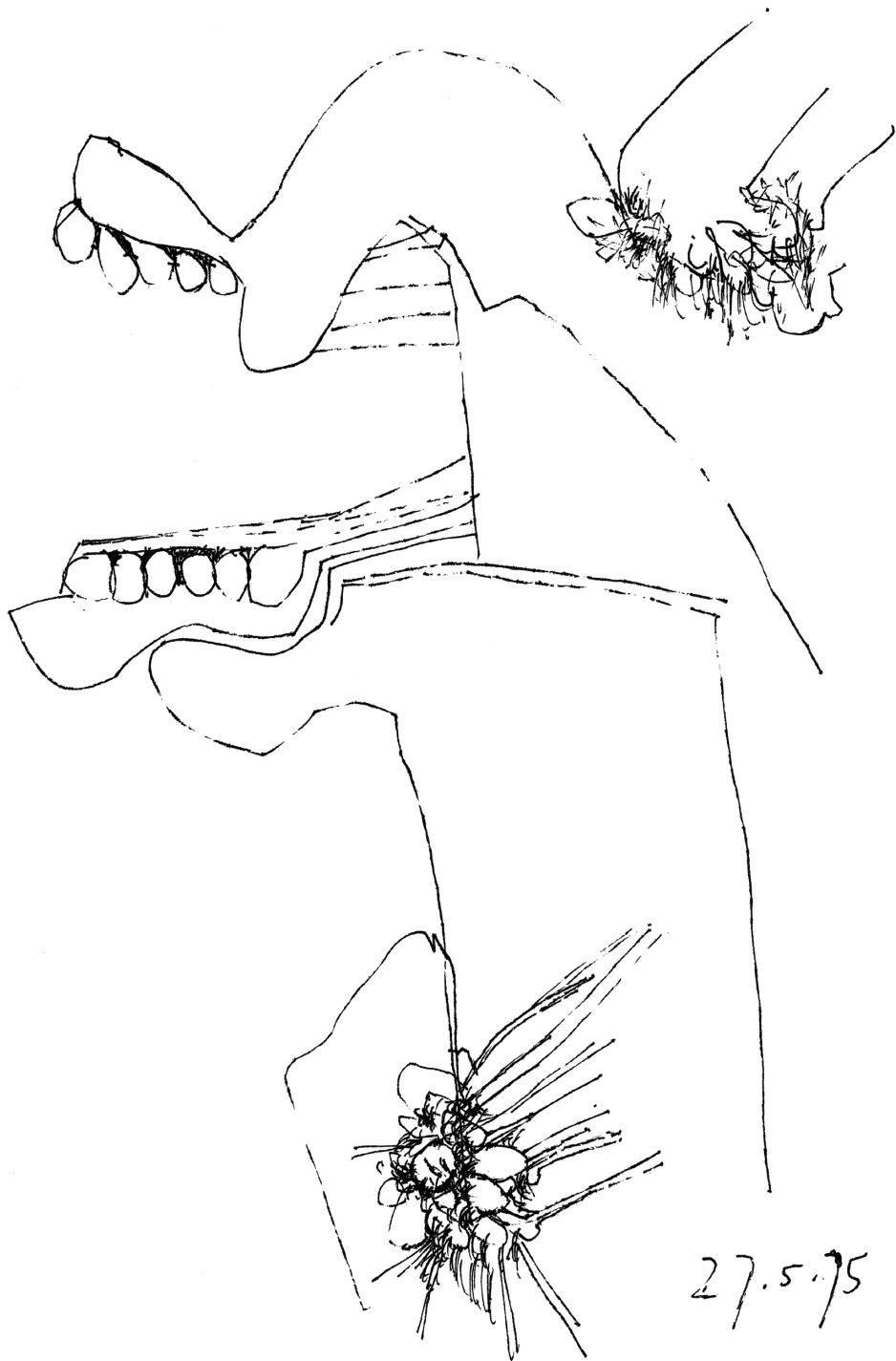
Pero, aun así, aunque me convencieran que era posible y hasta necesario usarlo como arma, no lo cambio por una lágrima de mi hermano.

23 de mayo de 1975

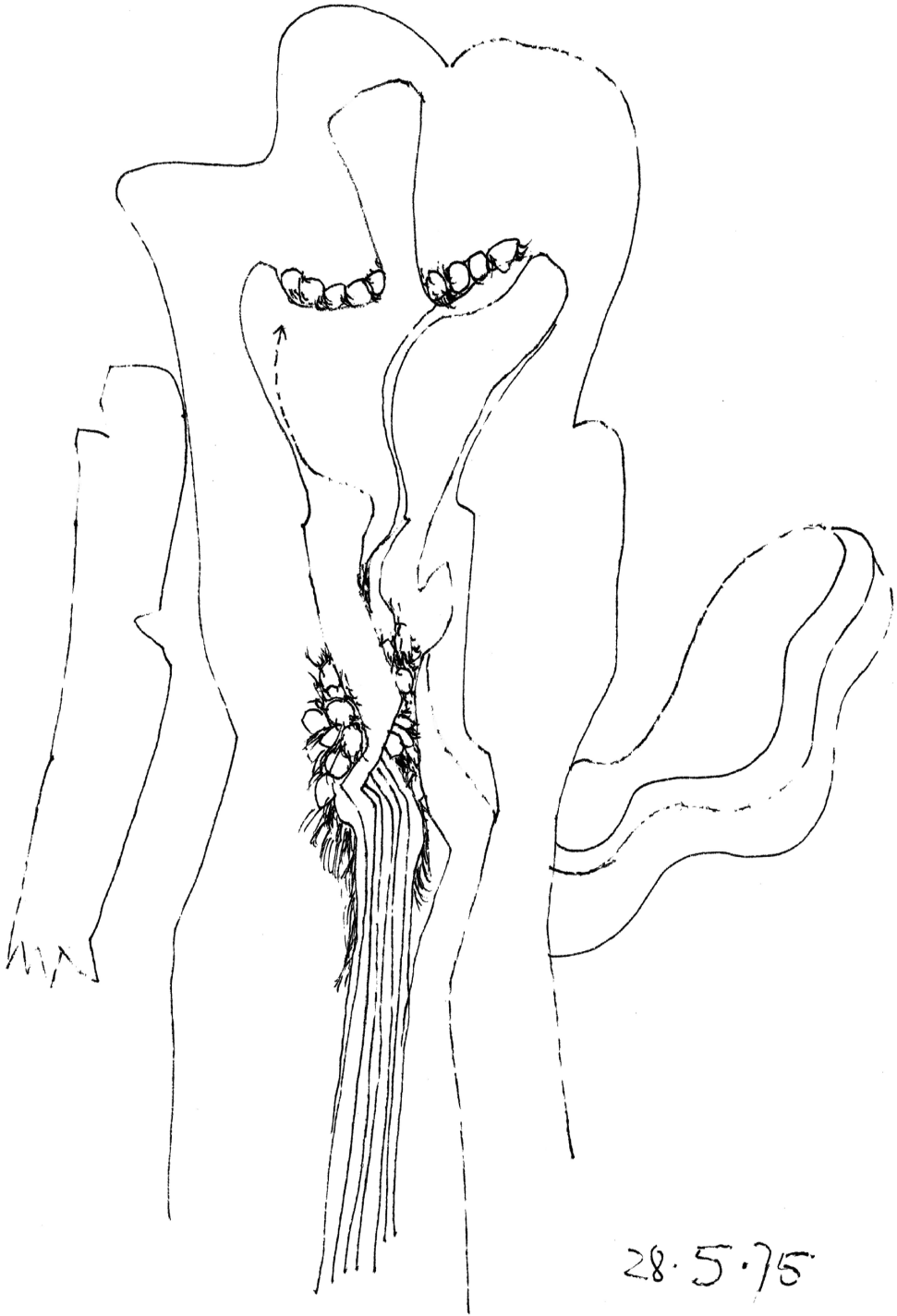
Aquí viene todos los días una golondrina a buscar su nido y se va, porque, evidentemente se ha equivocado.

24 de mayo de 1975

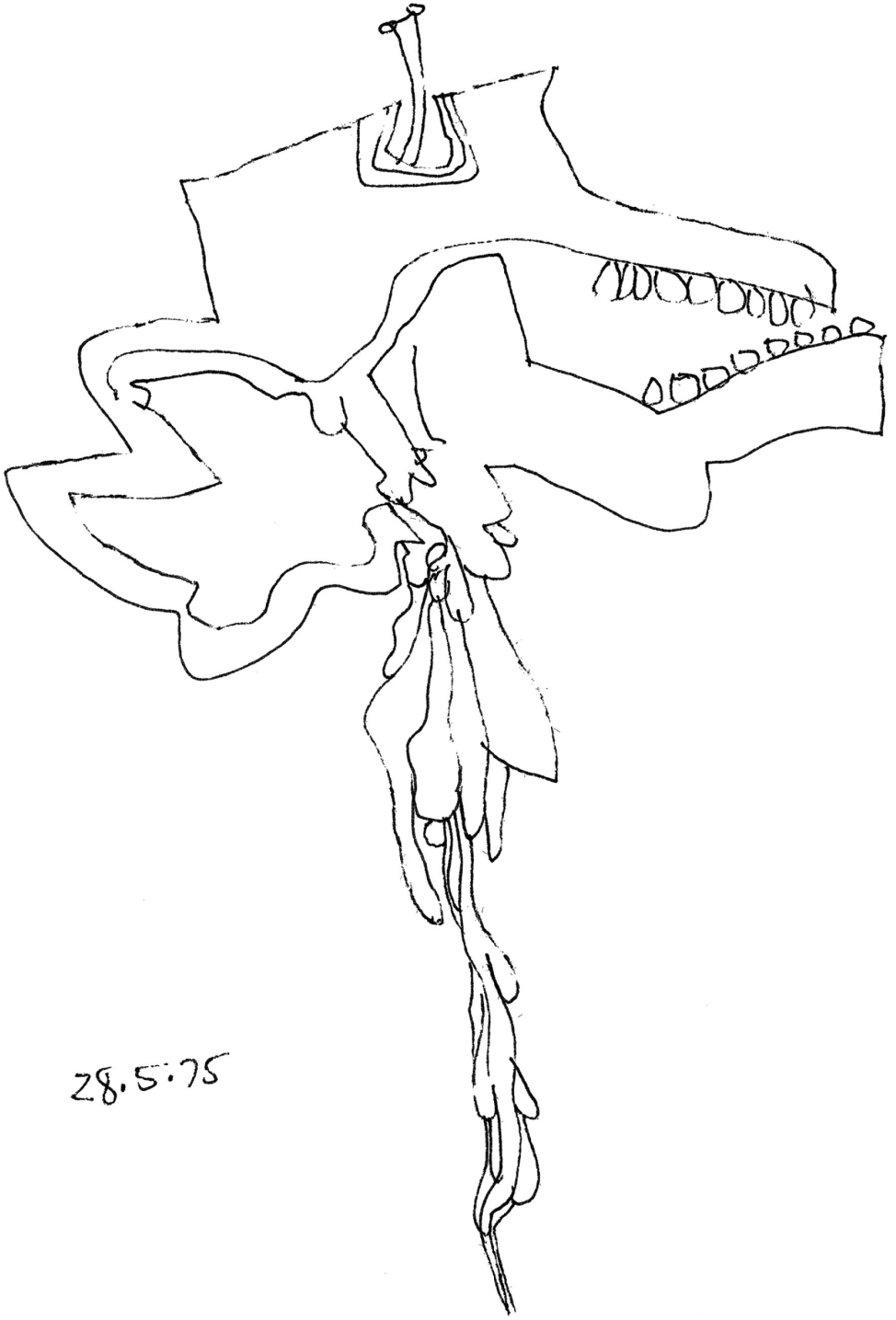
¿Y qué pasa con el arte?, ¿qué pasaría si un buen día me canso y no pinto más? El único en salir perdiendo sería yo (o quizás ustedes), pero a los pájaros, a las nubes, al sol, les daría lo mismo.



27.5.75



28.5.75



28.5.75

5 de junio de 1975

Tu mano aquí
junto a la mía
se duerme
cada noche conmigo: por eso estoy tan libre.

7 de junio de 1975

Hay quienes buscan una definición del arte, yo creo — más bien — en una necesidad.

(¿Me pregunto si no es el hombre mismo?)

(Una búsqueda desesperada, la simiente primordial)

Necesidad de definirse, encontrarse en la realidad, desde el fondo, chapoteando en el barro.

¿Y si la belleza no es tan necesaria?

U otras interrogantes:

¿Por qué el divorcio?

¿por qué las claves?

¿es uno sólo o los demás?

Hay más:

Necesidad del artista/ diferencia del artista/ separación del artista.

Pero también todo hombre es creador (¿o un artista?) ¿por qué va siempre tan atrás?

¿Será sólo cuestión de tomarlos de la mano?/

¿o es más grave aún?

En todo caso,

la respuesta es por fuerza

una pregunta.

10 de junio de 1975

En la oscuridad de este sol inmenso, la miseria del dorado reflejo de los pastizales secos o los cerros ardiendo cada tarde entre nubes, en un silencio bello y macabro. Oscuro silencio. Nosotros enmudecidos, y sólo pueden encerrarnos, obligarnos a cantar sus marchas o darnos órdenes, pero ¿y lo otro?, ¿y lo nuestro?

Allí no entran.

11 de junio de 1975

En una conversación se suscitan temas sobre el arte.

Miró, por ejemplo, o Matisse, de los cuales tenemos unas reproducciones, acompañándonos en las paredes de la barraca.

Algunos piensan que podría acusárseles de jugar solamente.

En Matisse, el color tiene una profundidad humana que sobrepasa el juego y la sofisticación aparentes.

Pero donde es imposible perderse es en Miró, allí —en su abundante alegría colorística—, junto a sus claves, juegos y guiñadas, camina un drama real, el impulso motor de la pincelada y el azar están dando lo trágico de su España y lo que hoy vivimos.

12 de junio de 1975

Anoche a las cinco de la mañana nació en la enfermería una niñita que pesó tres kilos, parteros: los dos médicos presos.

Hoy en la mañana, la canción nacional que cantamos al izar la bandera dejó de tener ese amargo sabor de lo mecánico y obligado.

13 de junio de 1975

Puchuncaví

Carta a Víctor Jara

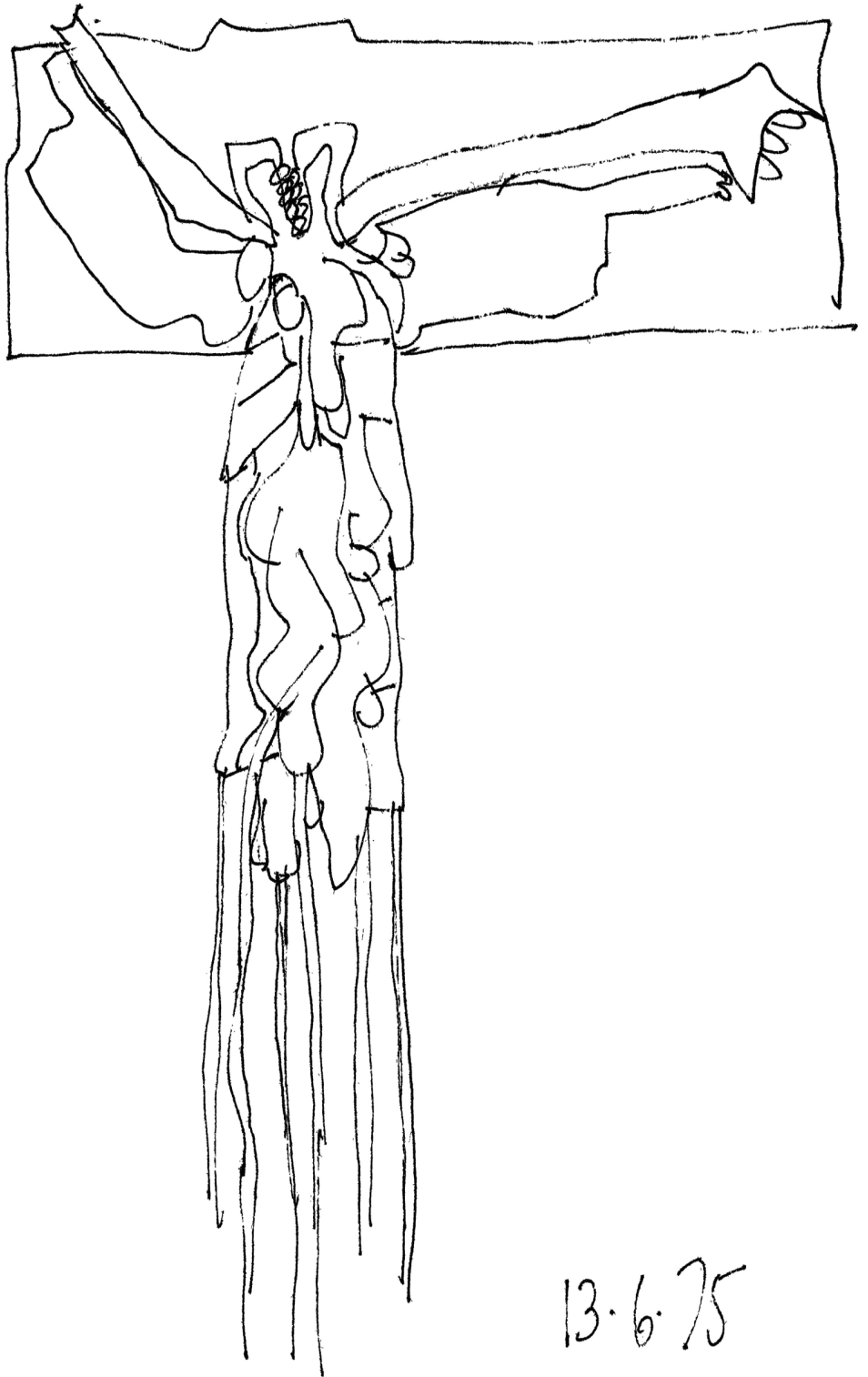
Querido Víctor, un día supimos que ya no vivías, que te habían fusilado, te habían destrozado al punto que Joan casi no pudo reconocerte cuando le mostraron tu cadáver en la morgue.

Entonces, yo también lo creí y recordé tantos momentos juntos que hoy parecen absurdos: riéndonos con las estupideces de Disneylandia, con Cherry Jo Strow —en Riverside— bailando en una *discotheque* con una luz rara que nos convertía en sonámbulos, trabajando juntos, peleándonos. Fuiste mi alumno y mi amigo. En New York me ayudaste en un momento de dolor y soledad y una noche cantaste “El Cigarrito”, mientras comíamos tallarines preparados por nosotros, entre rascacielos que no nos pertenecían y una gringa amiga que tampoco nos pertenecía.

Y pasó mucho tiempo, seguimos trabajando y peleando a veces. Me conociste triste, me viste alegre, estuvimos juntos tratando de construir algo que queríamos para todos, cada uno por su lado, estuvimos haciendo lo que podíamos y tú te lanzaste a cantar y cantar.

Llenaste Chile cantando, así luchaste, así caíste, pero no pudieron matarte, Víctor.

Te he vuelto a encontrar tantas veces: aquí en Melinka, en Puchuncaví, esta noche, mientras en el comedor los compañeros cantaban tus “cinco minutos, la vida es eterna en cinco minutos”, y las noches de la celda solitaria en Cuatro Álamos, después de la exposición que no viste, pero que yo hice para ti también.

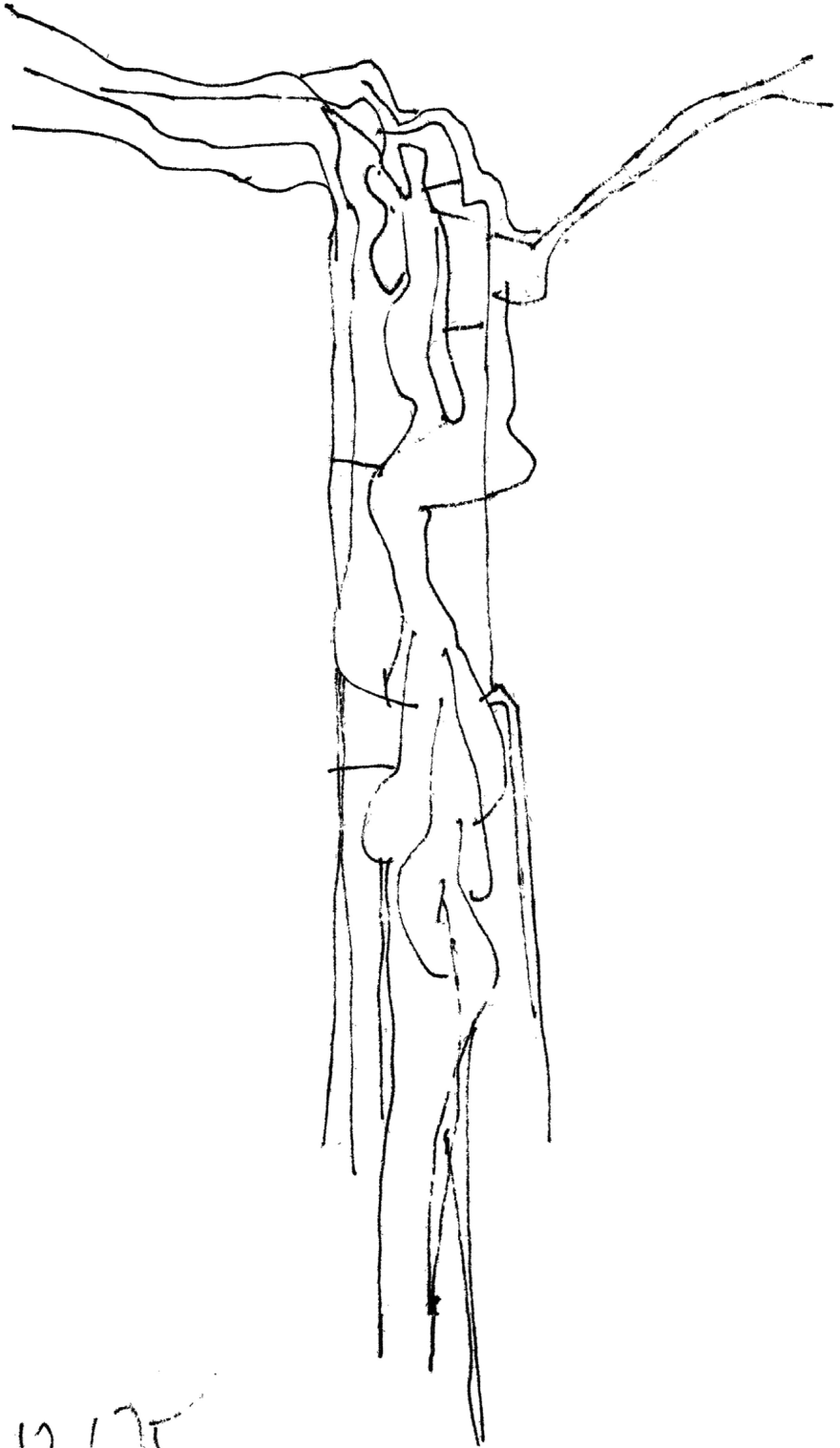


13.6.75

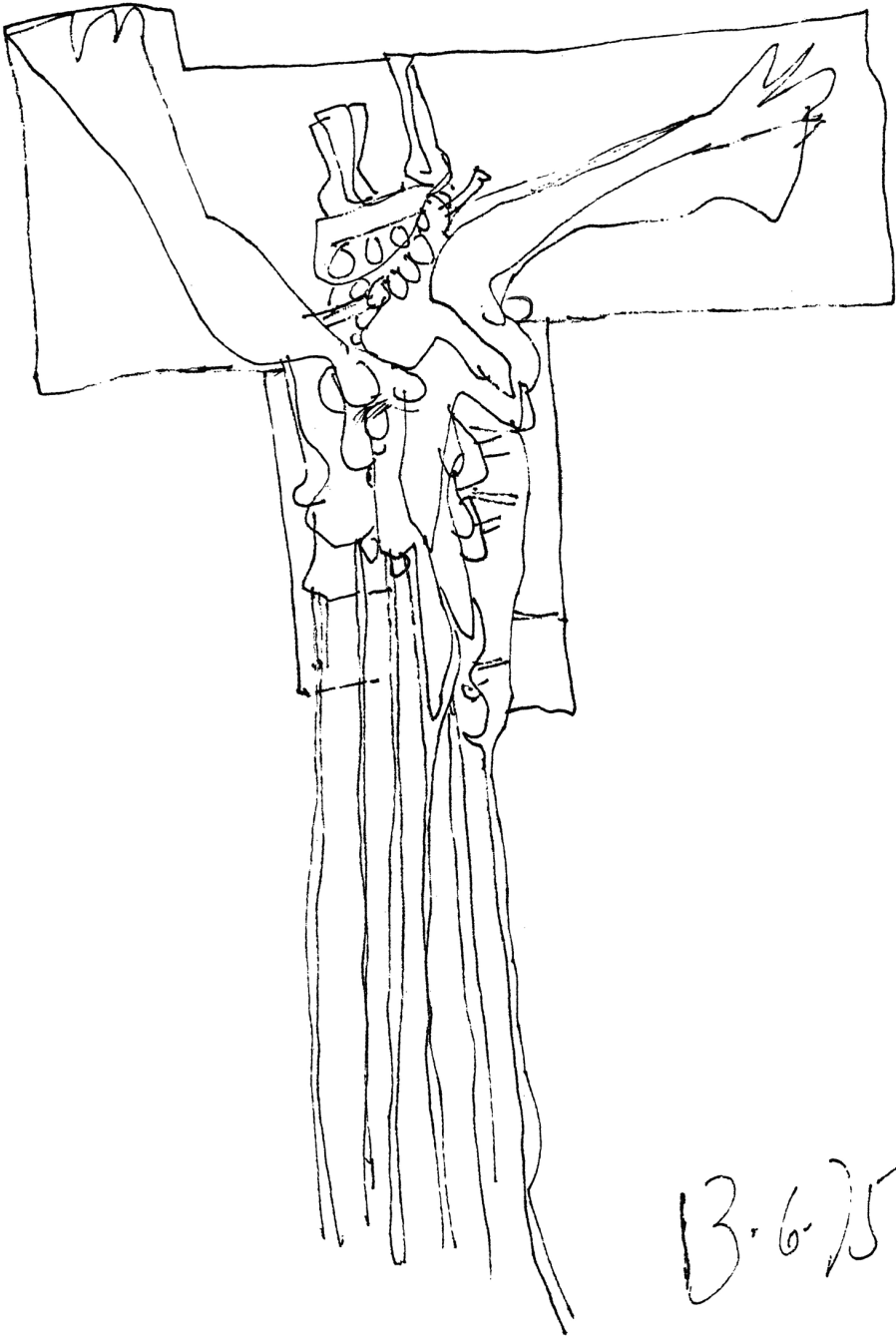
Porque desde que creyeron destruirte han pasado muchas cosas, muchas muertes y presos. Tus amigos, los que no conociste nunca, los que yo estoy conociendo ahora y que tú también amarías. También encontré a Soledad, mi compañera, tú no la conociste y yo hubiera querido mostrártela, con este tremendo orgullo del que me lleno al escribirte de ella. Le hice, aquí, en la prisión, un anillo de hueso, del mismo que habíamos comido en la sopa, fue nuestra alianza. Nuestro matrimonio fue aquí, en Melinka, entre alambres de púas, sin notarios, sin invitados, los dos solos, porque nos habíamos elegido para toda la vida y eso nos bastó. Hubiera querido mostrártela, Víctor, porque estás tan vivo, porque cuando esa compañerita de la celda que yo no veía, en Cuatro Álamos, cantaba en voz muy baja tus canciones en la noche, la celda solitaria se llenaba de la alegría de los tiempos idos y de los que nos propusimos construir y que tendrán que venir.

Porque cuando ella cantaba comprendí con tanta fuerza que nunca podrían matarte, que nunca podrían destruirte, ni vencerte, ni doblegarte, por eso te escribo, Víctor, para decirte que también tendrás que estar cantando en ese Chile que un día haremos.

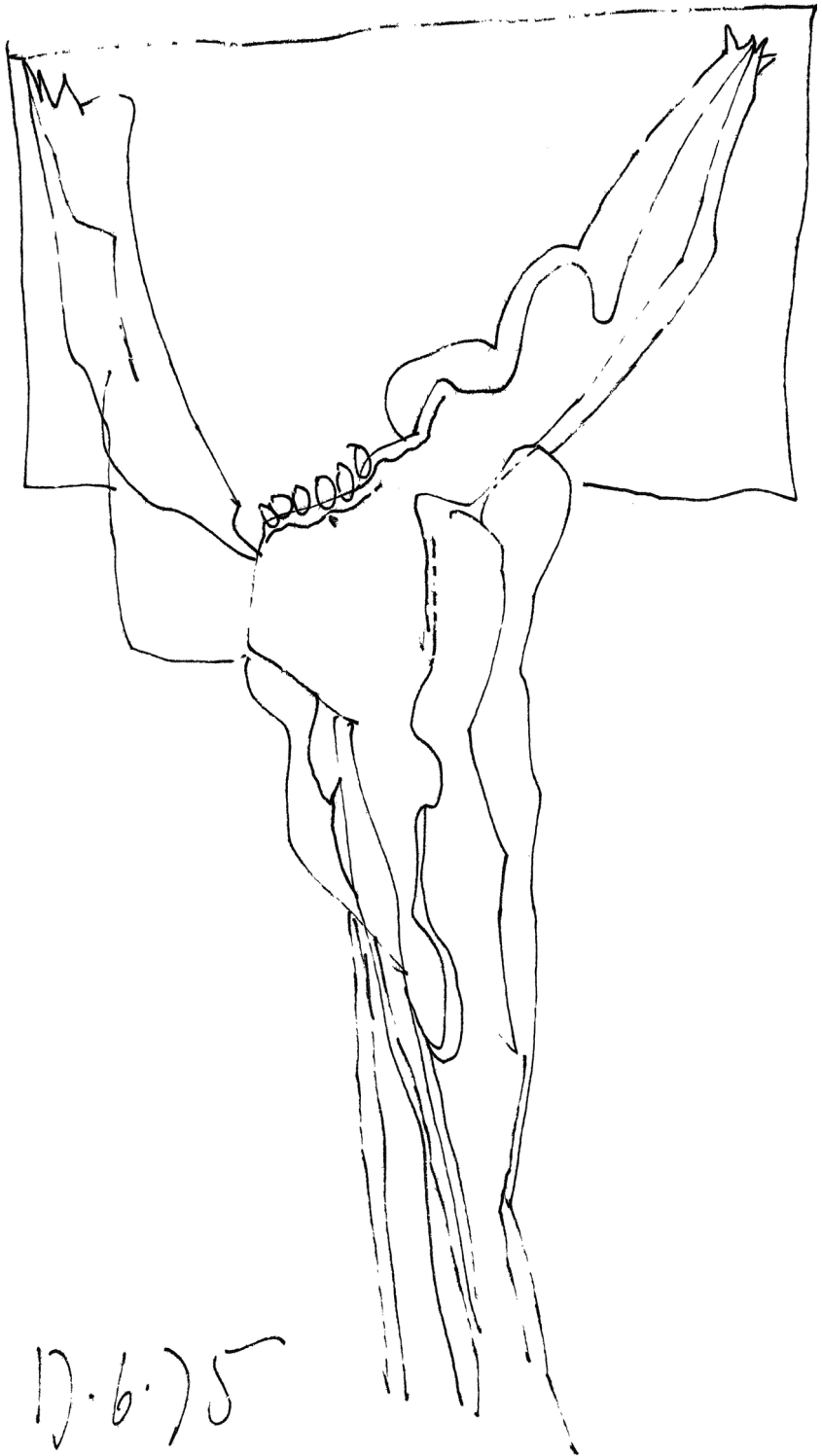
(En 1976 fuimos invitados con Soledad a una función del teatro Na Zabradli en Praga. La obra, una suerte de cantata al drama chileno. Durante la representación uno de los personajes, Víctor Jara, es crucificado. El director utilizó en esa escena, para marcar su muerte, luces estroboscópicas, las que dan a los movimientos una sensación espasmódica de corte y fragmentación, la misma "luz rara que nos convertía en sonámbulos cuando bailábamos en una discoteque de Riverside, en California", unos años atrás y que, a Víctor y a mí, tanto nos había divertido y asombrado).



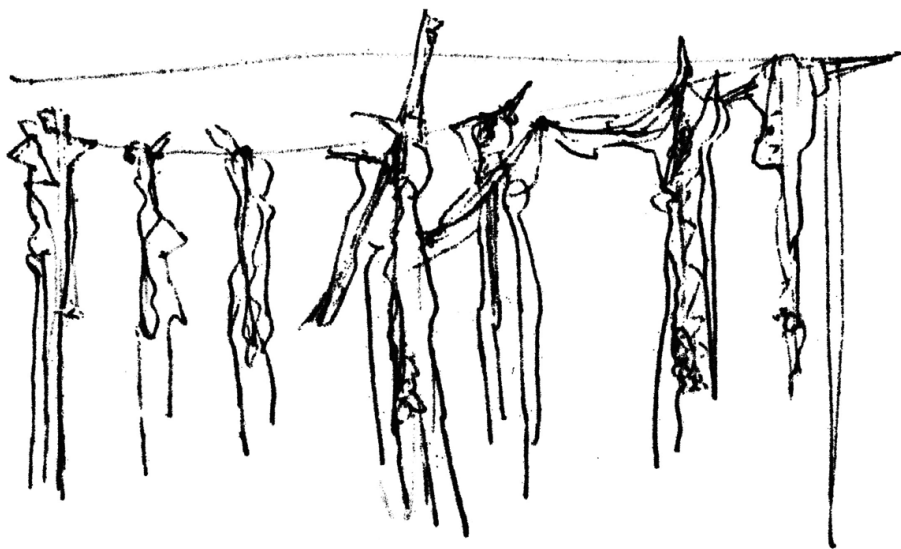
13.6.75



B. 6-25



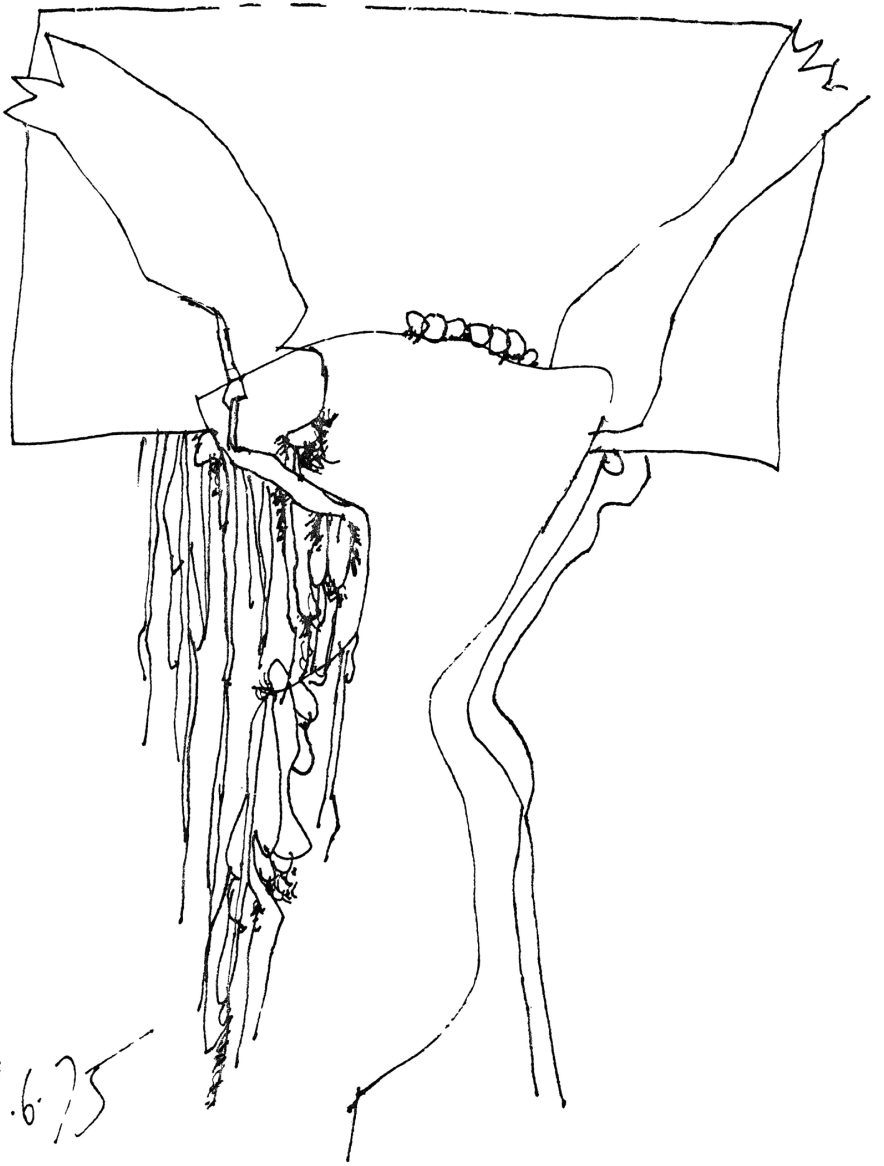
17.6.75



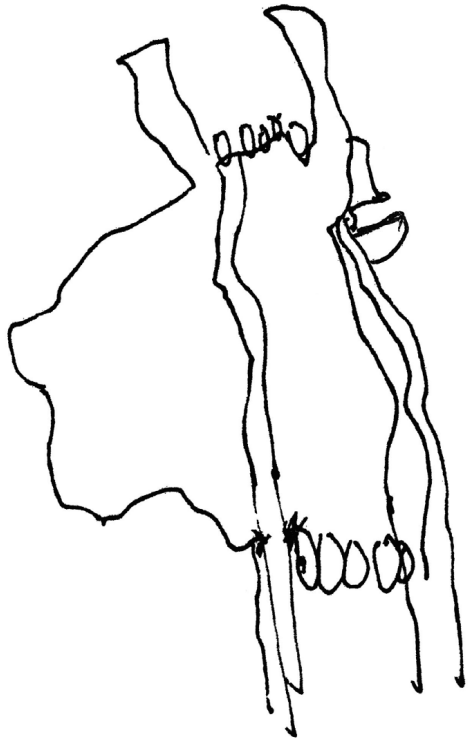
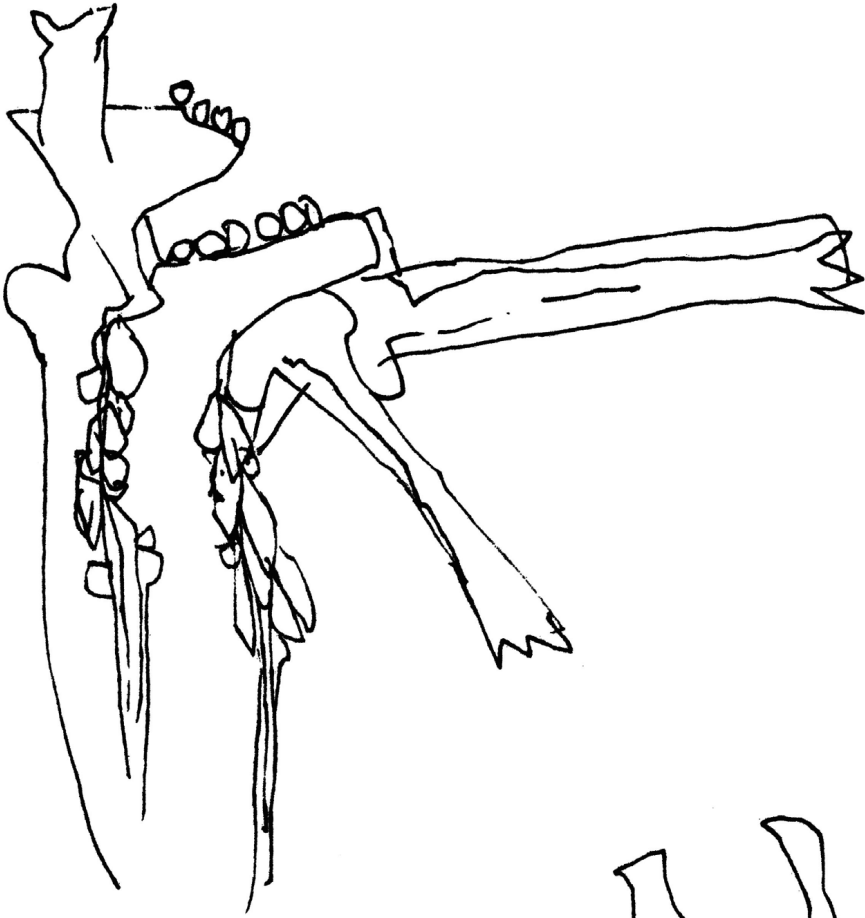
desde muy dentro
en cada uno,
en cada todos,
aunque quietos,
silenciosos,

hay
algo
que no duerme.

17.6.75



19.6.75



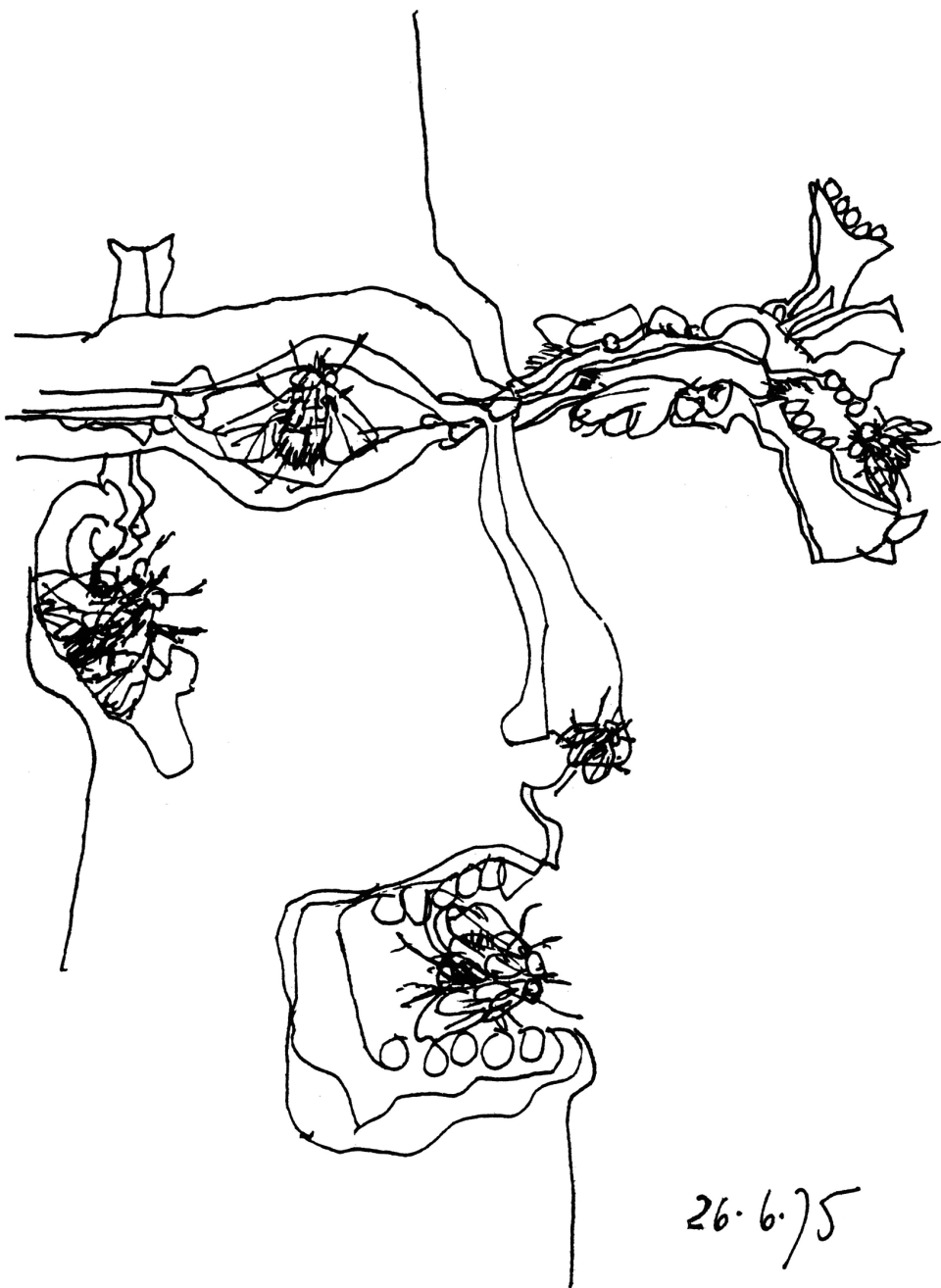
24.6.75

25 de junio de 1975

Sentir tu presencia a cada instante, no sólo las palabras, los recuerdos o la espera. O a través de la música o la angustia o la alegría demencial o la rutina de las formaciones. Ni tan sólo en esta soledad de mi Soledad, sino al contrario: abrazarte y volar contigo sin rumbo fijo, planeando por estos cerros, aullando en las nubes que veo detrás de las púas confiriéndome todos los derechos para soñar.

26 de junio de 1975

Empiezan a aparecer las moscas en los dibujos. Son el aire contaminado que respiramos, la vergüenza de los que nos vigilan, la soledad en que quedan los verdugos.



26.6.75

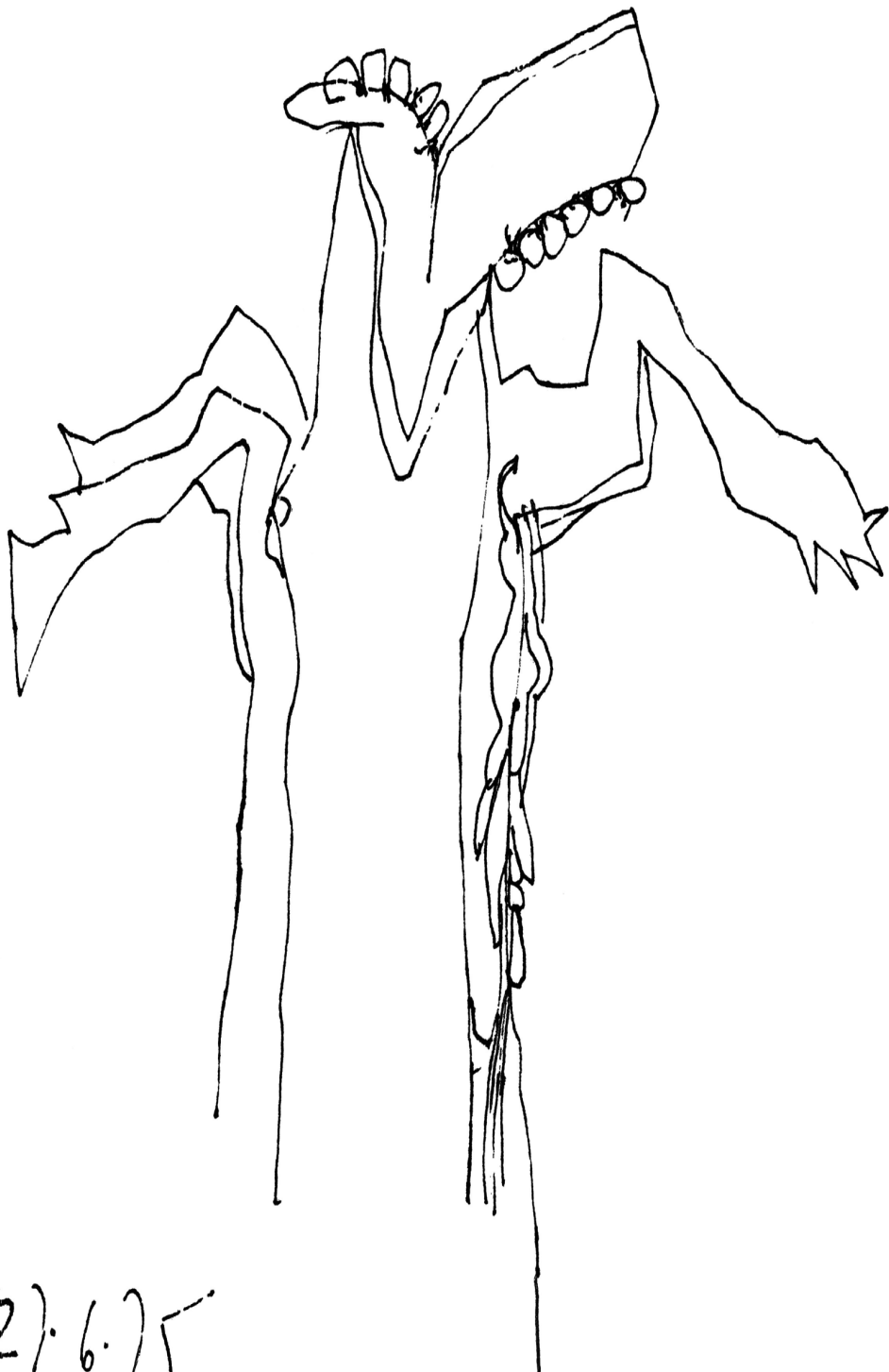
27 de junio de 1975

Lo único que quisiera es un poco de tu soledad, escuchar sólo tu voz, no los gritos ni las voces de mando.

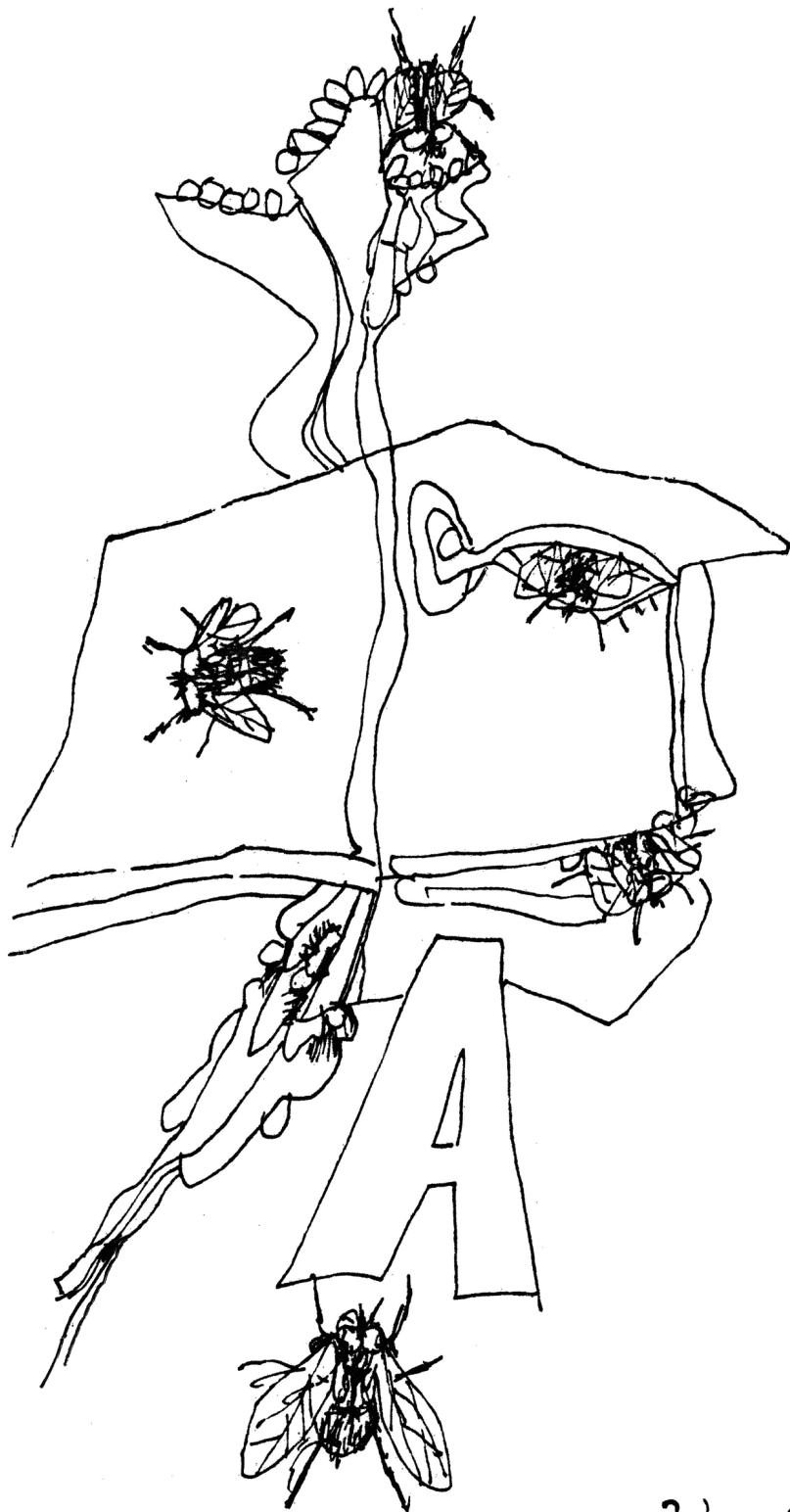
Alejarme de este universo que se me escapa, que nada tiene que ver conmigo, en el que casi todo sonido me es ajeno, en el que tanta presencia no me pertenece.

Quisiera aullar para alejarlos. Escapar corriendo de tanta banalidad, histerismo, tontería.

Dejar de estar “atado de pies y manos”. Querría que mi “sensación de existir” no fuera ensuciada y que sólo tú estuvieses para compartirla. Que se vayan las nubes y que el cielo se llene de agujeros rosados.



27.6.75

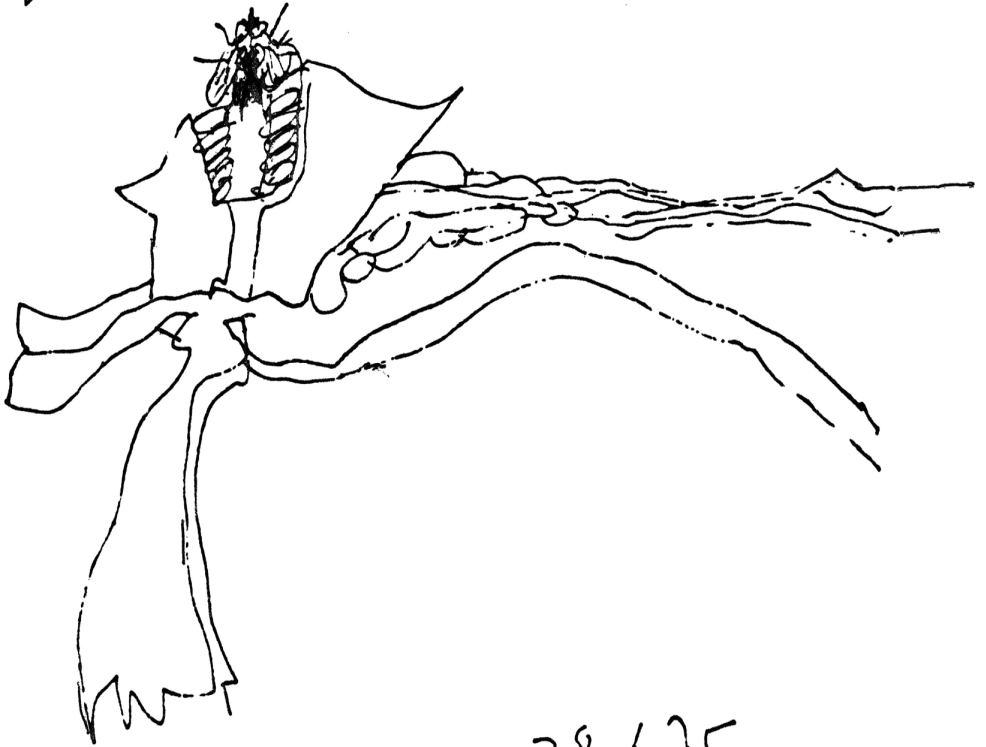
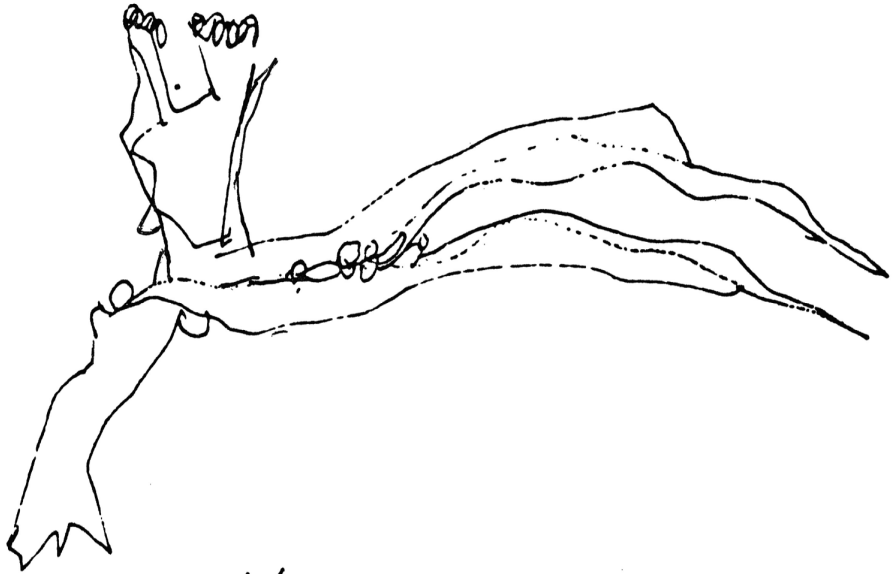


2). 6. 75

28 de junio de 1975

Solzhenitsyn en “la procesión del Domingo de Resurrección” llora el mundo ido, un Dios que le pertenece cada vez a menos gente y se desgarrar.

Es triste, él cree de verdad en ese Dios y no puede ver hacia adelante, sólo recuerda el pasado que se esfuma y los jóvenes locos de lo que él llama sociedad de consumo soviética, descrita con trazos macabros en el relato. Quizás exista exageración, pero también se siente un aullido de verdad, pero (y esto es lo importante) habría que mirarlo con otros ojos. ¿Mucho más abiertos que los de Solzhenitsyn?



28.6.75

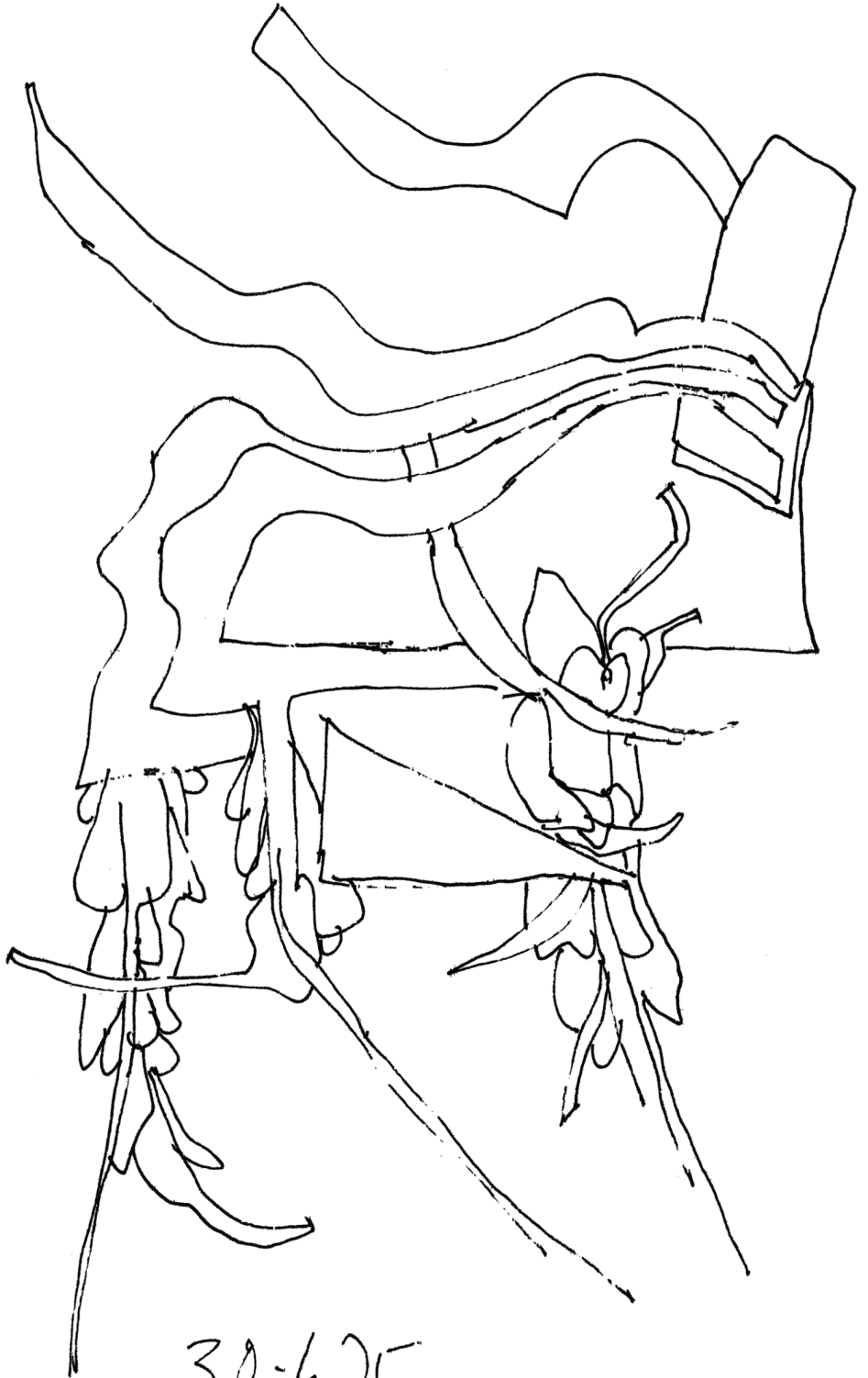
30 de junio de 1975

Al pensar en las separaciones, divorcios, incomprensiones entre artista-espectador suele uno olvidarse del cómo se van generando, se olvida del abismo cultural, entre otras cosas, y la inexplicabilidad del arte, por otro lado.

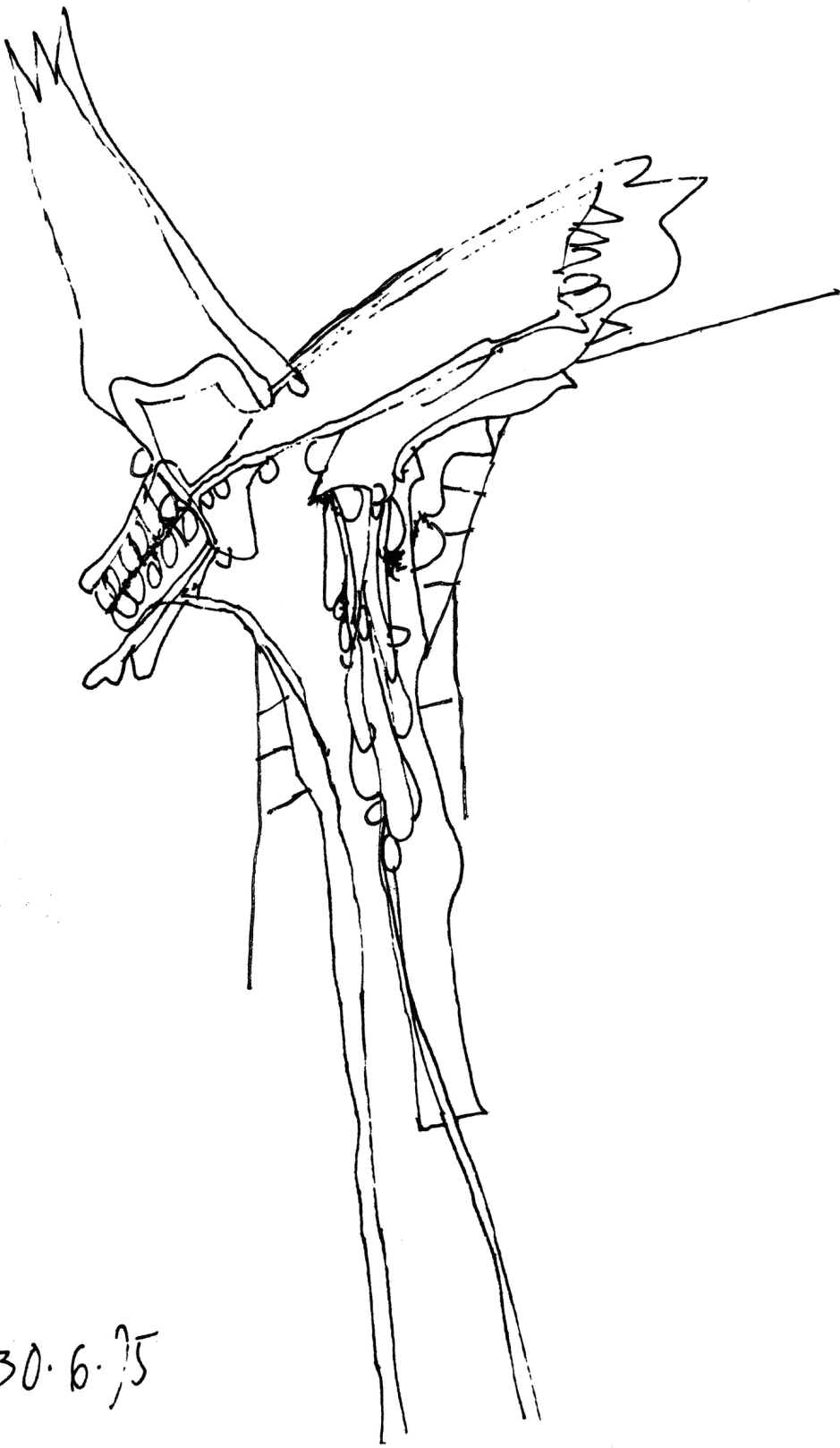
Empiezo a crear un mundo que nace de realidades concretas y paso a paso va desarrollándose, lo que para mí es cada día más inexplicable y casi misterioso (y cuánto me molesta esta palabra).

Uno empieza a elevar el volantín, a darle y darle hilo y se empieza a elevar muy, muy hermoso, a volar, dar vueltas y vueltas, todos aplauden y vamos abrazados a él y seguimos dándole hilo y empieza a alejarse hasta que llega un momento en que desaparece, no lo vemos, que es sólo un punto rojo o blanco en el azul, sólo lo sentimos por el peso que tironea el hilo. Entonces empieza un juego de recoger o dar y recoger.

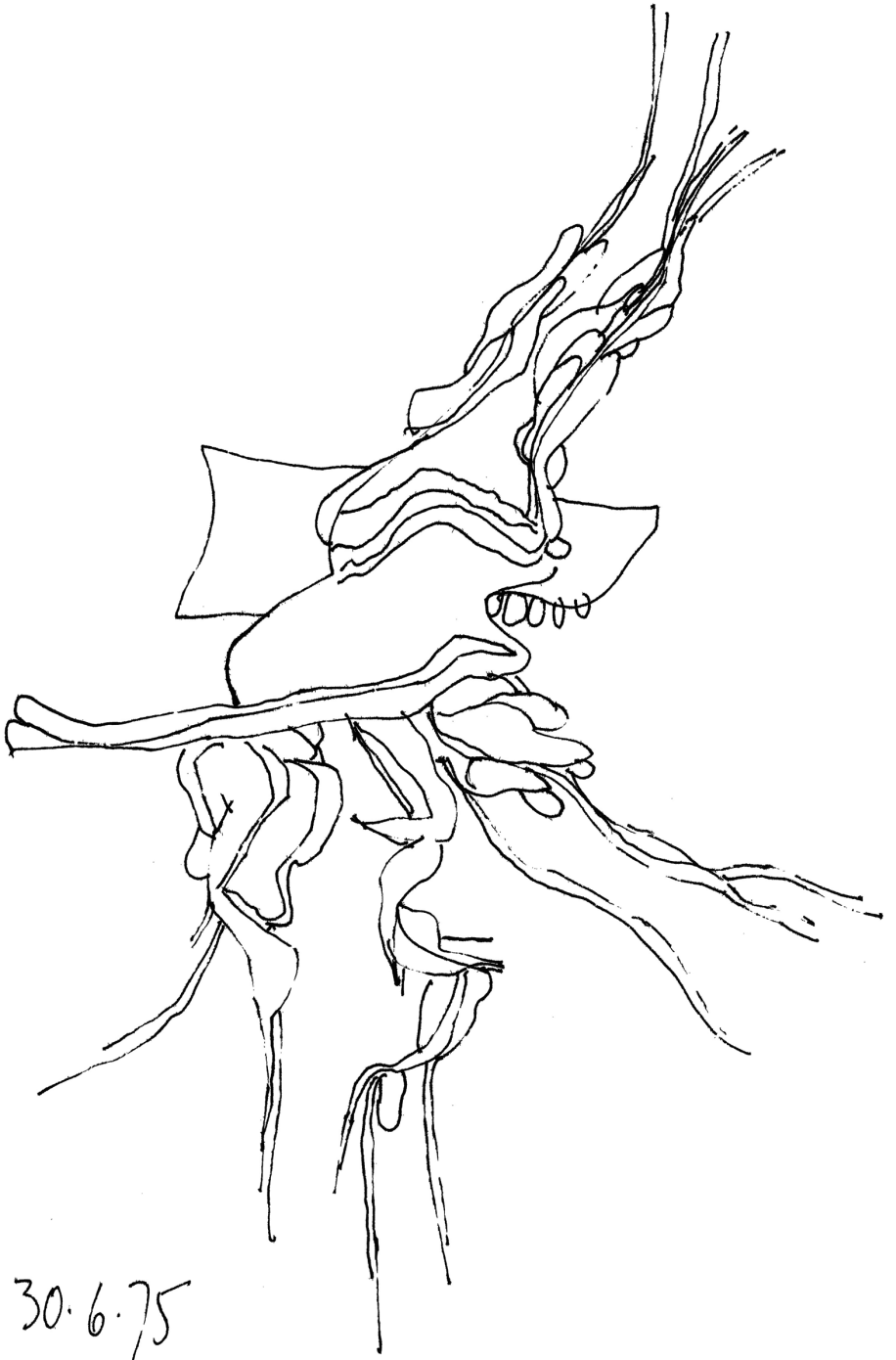
No importa volar, perderse de vista en el cielo, en el aire, lo importante es que no se corte nunca el hilo porque allí estaría volando donde nadie lo vea y ¿cuál podrá ser el valor de su belleza entonces?



30-6.75



30.6.75



30.6.75

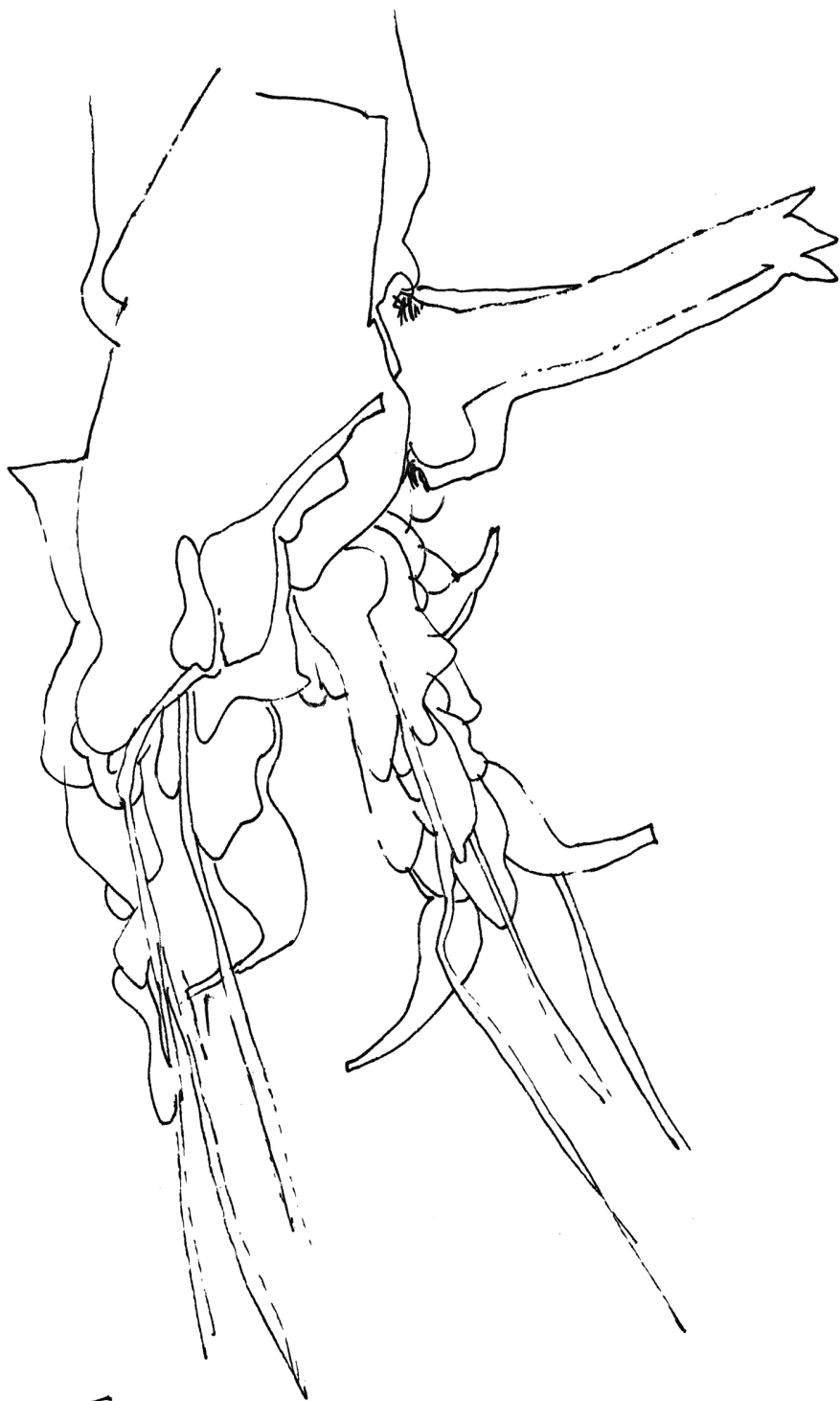
1 de julio de 1975

Se encuentra uno de pronto solo, jubilado, inactivo, desraizado y la angustia empieza a roer.

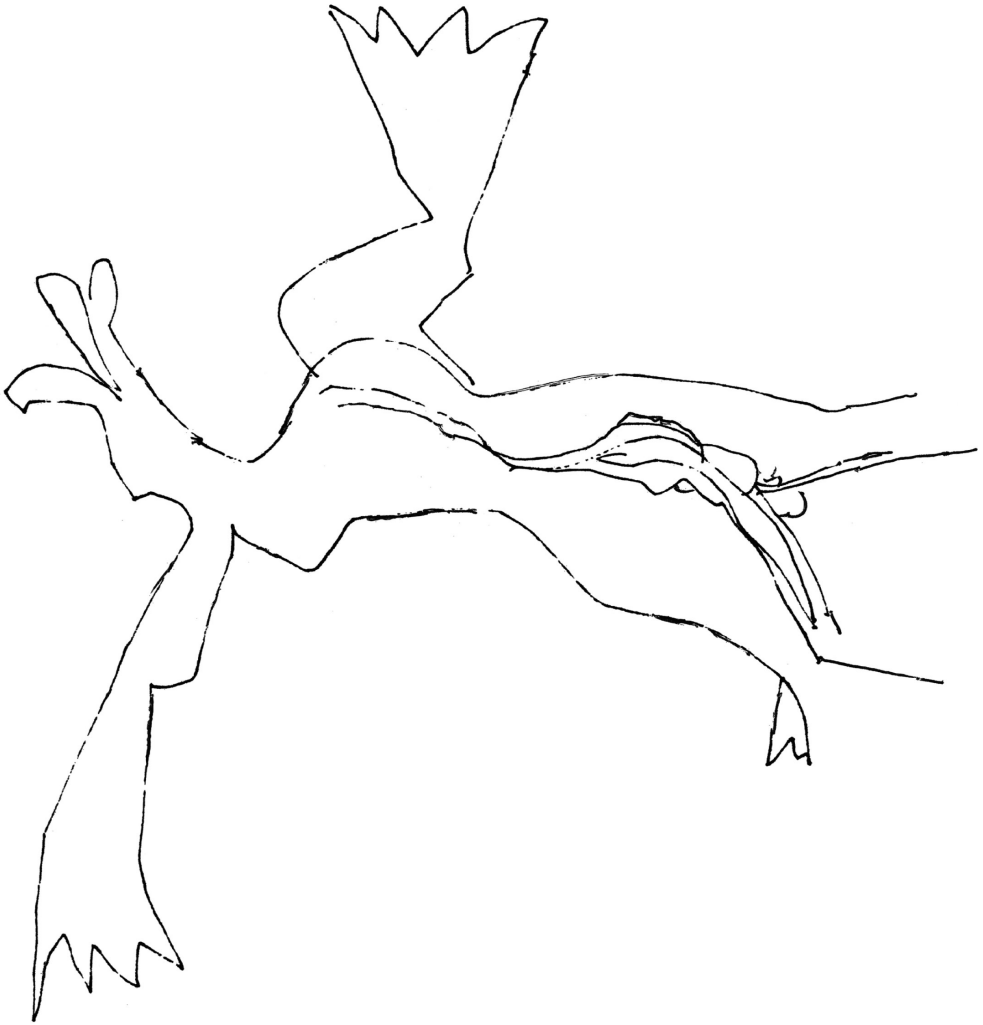
Me aílo, dejo de ser integrante del mundo comunitario y me empiezo a sentir invadido de cosas sin formas, groseras.

Me recojo hasta un punto enfermizo y egoísta y se sufre por la fealdad que nos rodea, empieza a faltar la belleza. Trato de evadir todo contacto porque ensucia, solazándome en lo mío, lleno de remilgos y ese es un dolor, una trampa, que se suma a la “falta de belleza pura”, a este encierro, al abandono.

Se quiere crear de veras y no sólo llenar las horas del día. Se hacen cosas por hacer o por un sentido de consciencia que, si bien, es realmente sentido, no es suficiente aquí para completarnos como seres enteros y se parcializa y tijeretea. Lo de siempre. Menos dramático, quizás, que las largas horas vividas con los ojos vendados, con más paisaje, sol o tristezas estéticas de días nublados perezosos, con luces, soles que nacen dándole al paisaje un sentido embriagador, con nubes transparentes. Pero siempre desgarrador, inhumano. Sutilmente cruel.



1.7.75

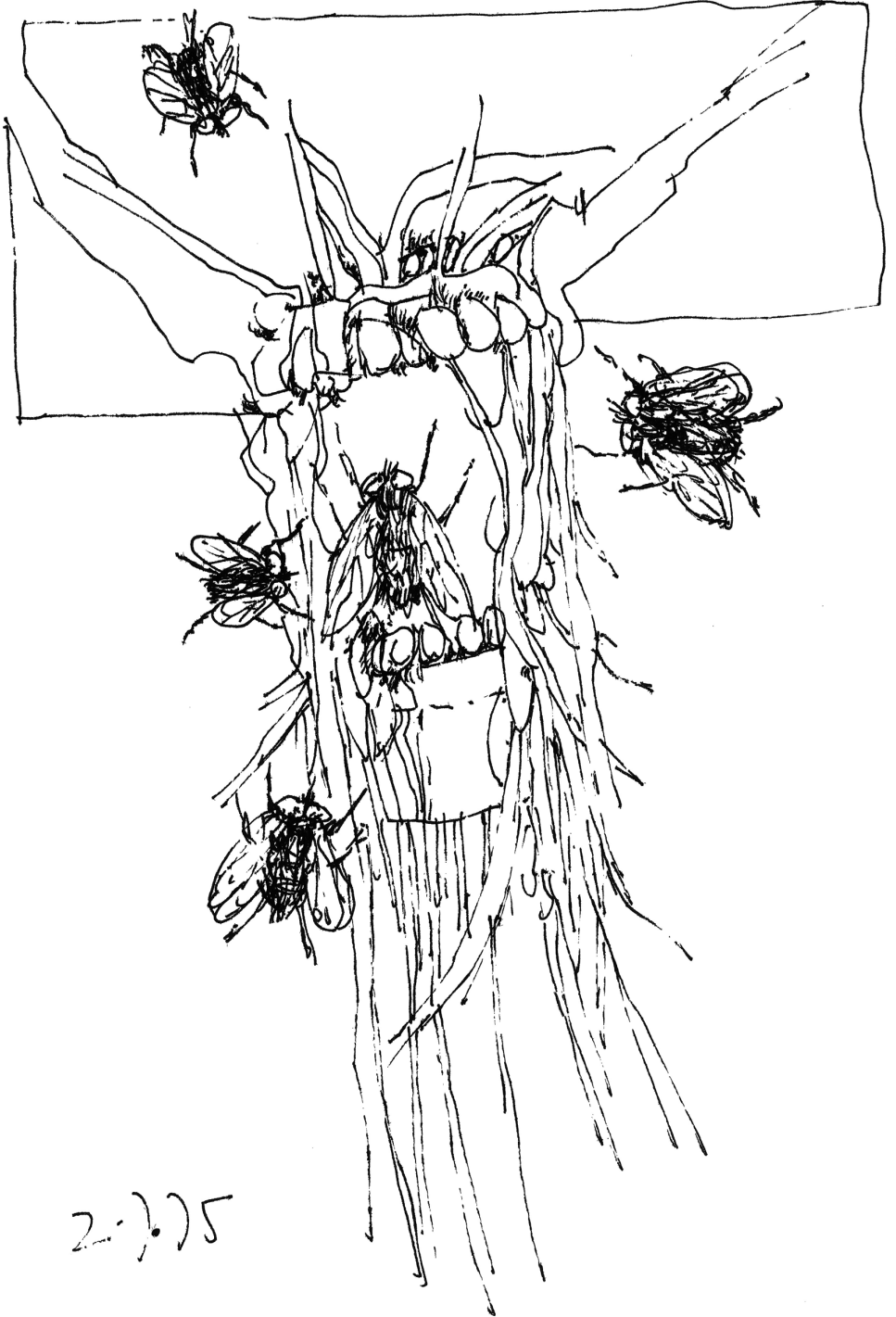


2 de julio de 1975

Me aprieto a tu cintura
me estrecho a tu boca
y juguetea mi lengua en la tuya.
Y mañana al despertar
al formar
estarás de nuevo sonriendo
como ahora
en este instante.



2.7.15



2.7.75

3 de julio de 1975

La idea sustancial de Adamov es: nadie entiende a nadie, el hombre está solo y siempre la compañía es el sustrato de la soledad.

Él cuenta un hecho vivido:

Un ciego pide limosna, pasan dos muchachas y lo empujan sin verlo, se alejan cantando: “He cerrado los ojos, es maravilloso”.

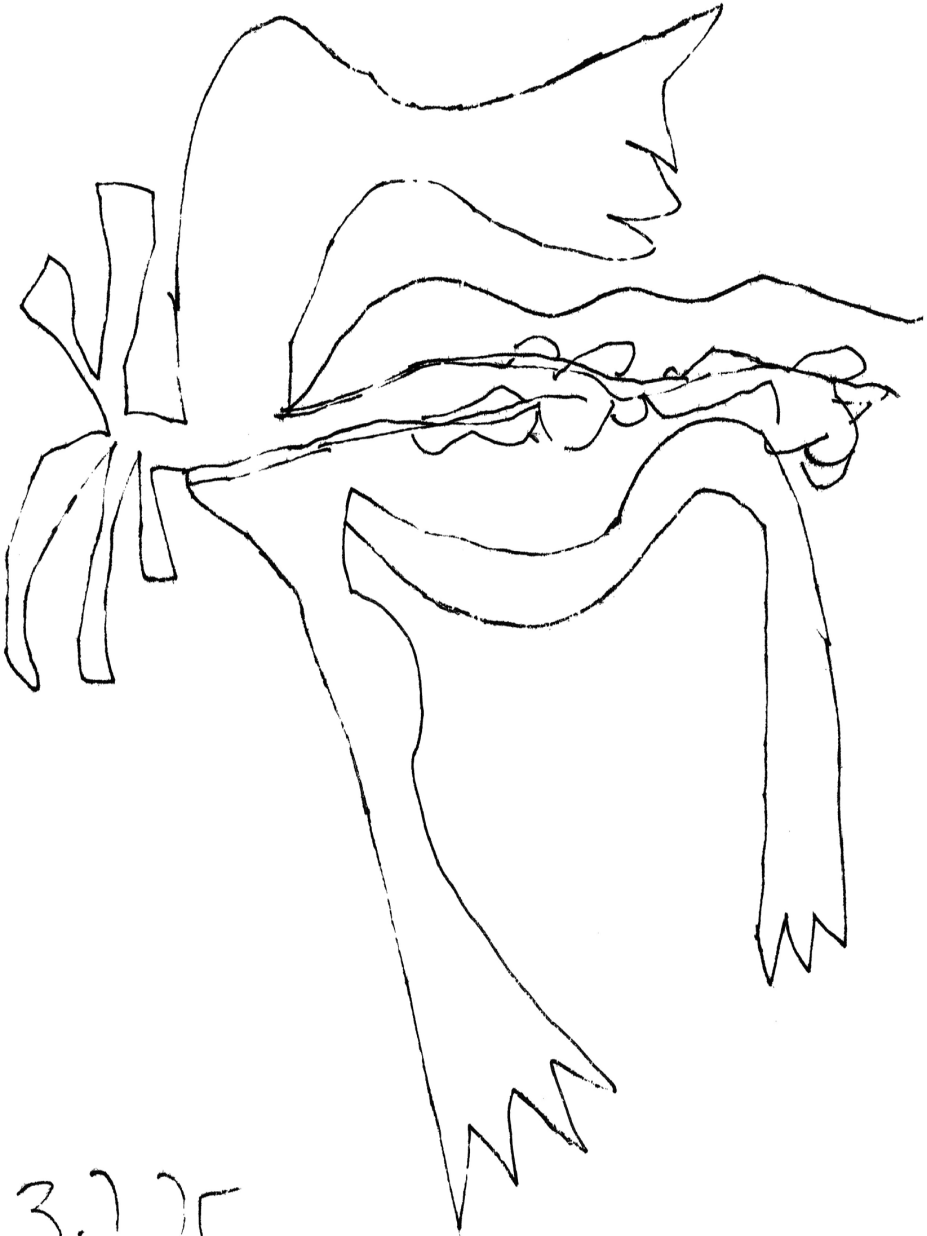
¿Nadie entiende a nadie? ¿La compañía es la soledad?

Aún aquí puede sonar a cierto, algo vivido desde dentro, algo visceral que de veras ha existido (¿por qué dudarlo?). Pero aún sin entendernos hasta el fondo hay alguien que duerme o muchos que duermen junto a uno, se forman junto a uno, cantan con la misma rabia o sin pensar ya y si también están solos estamos unidos en esta solidaridad de la angustia, del dolor y de los mismos sueños.

Así, entonces, es más bello pensar que es deber nuestro entender a los otros y pensar que “cerrar los ojos es maravilloso” cuando los estamos abriendo hacia dentro de los otros donde de veras nos encontramos hermano a hermano, camarada a camarada, en una hermosa soledad solidaria, bella y llena de ternura.



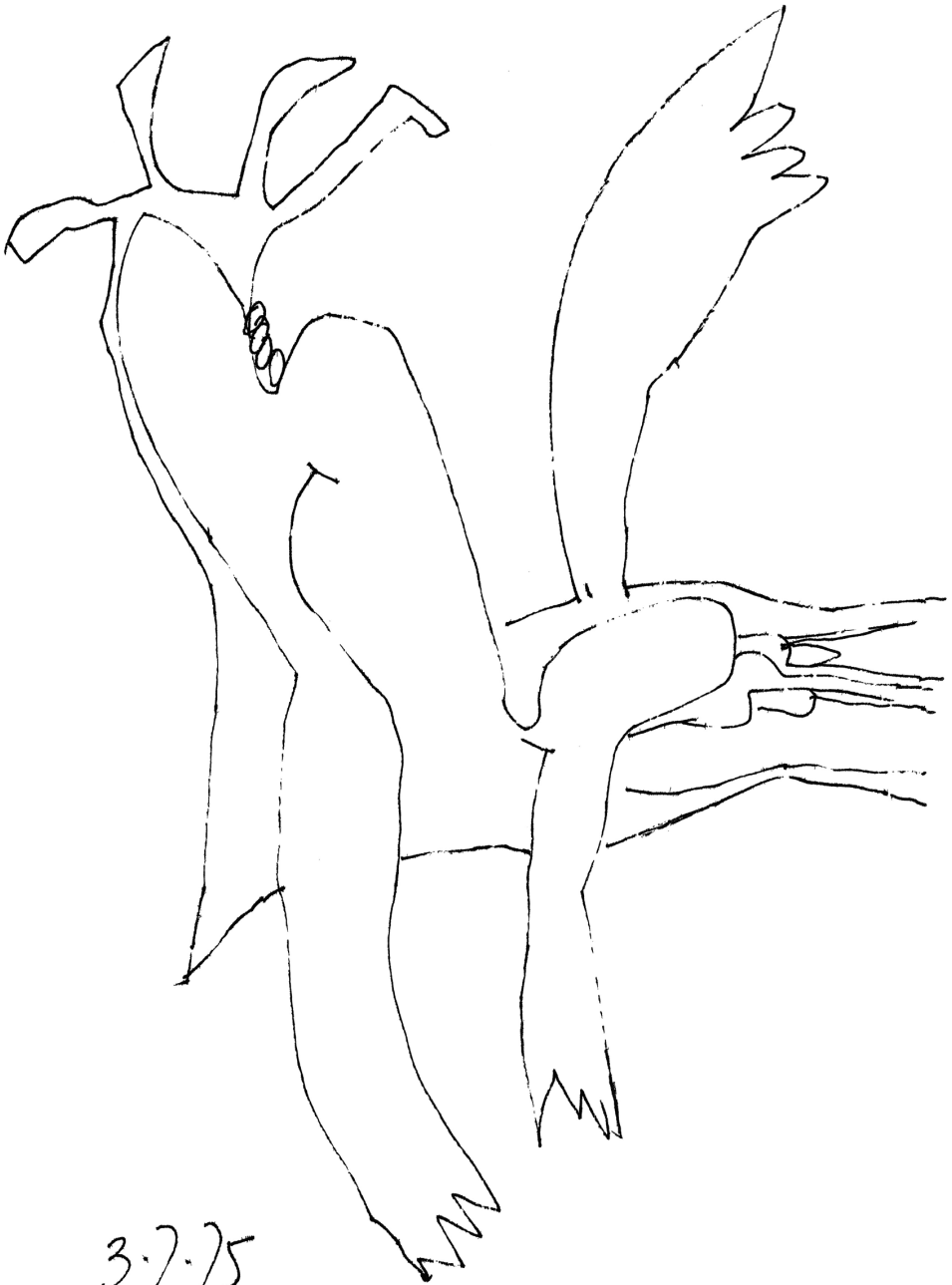
3.7.75



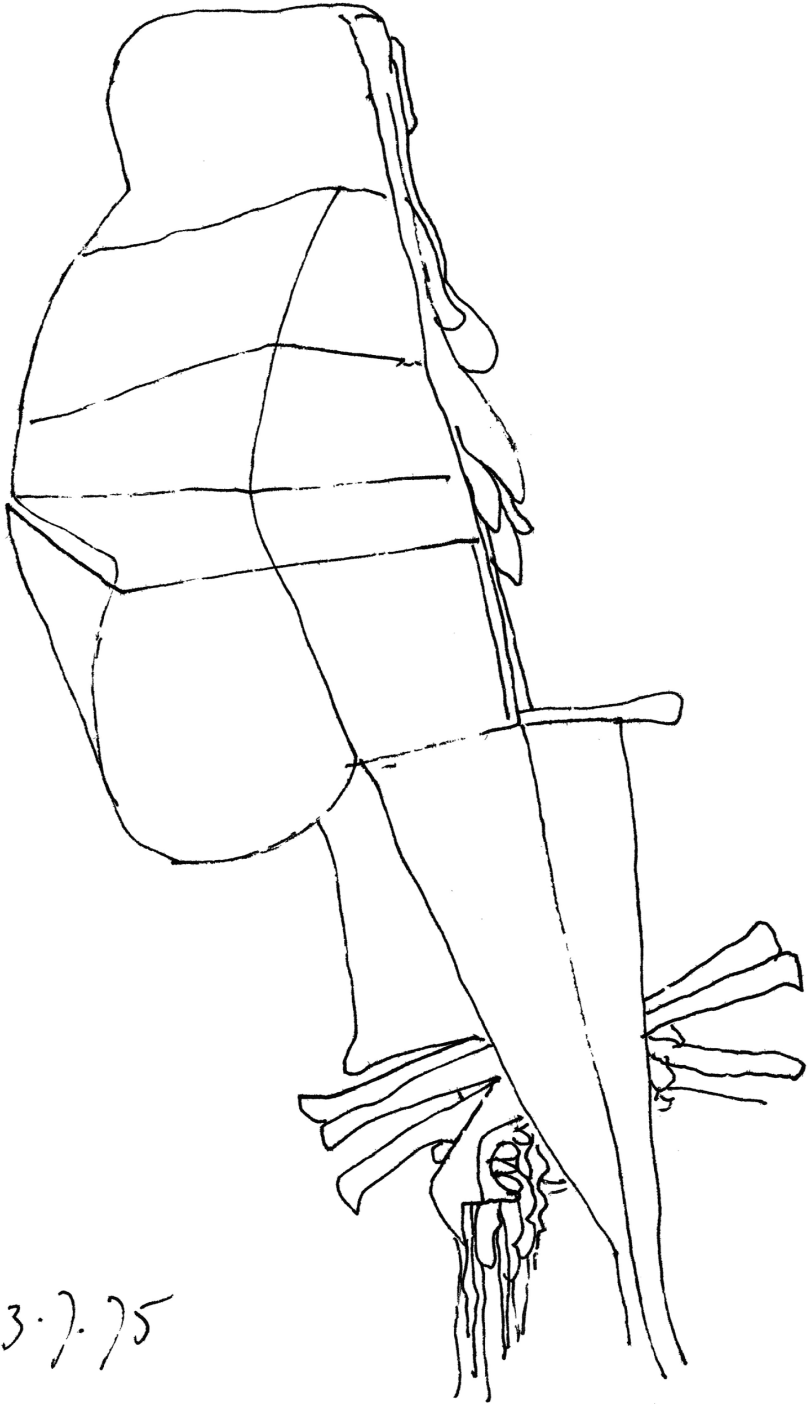
3.7.75



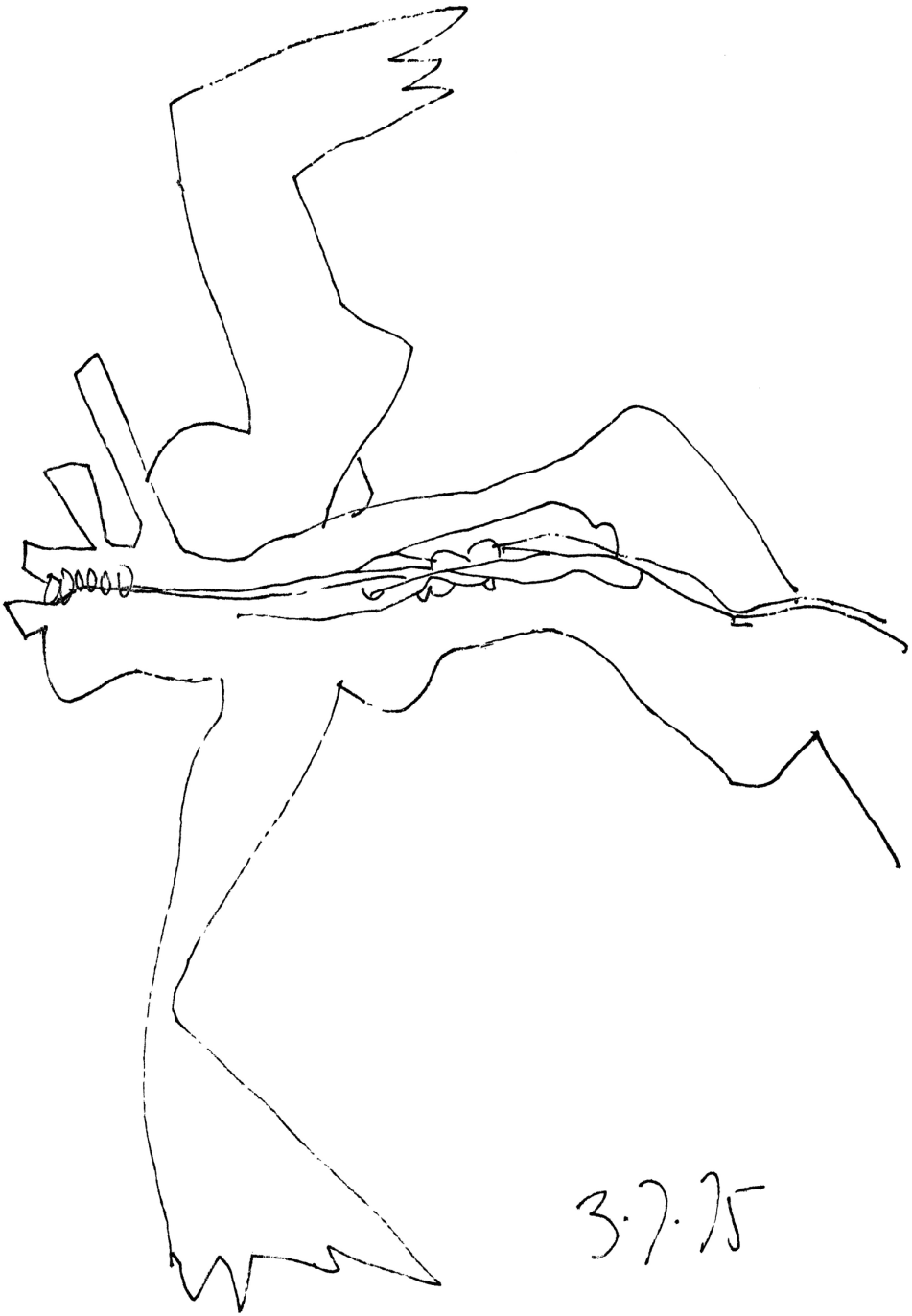
3.7.75



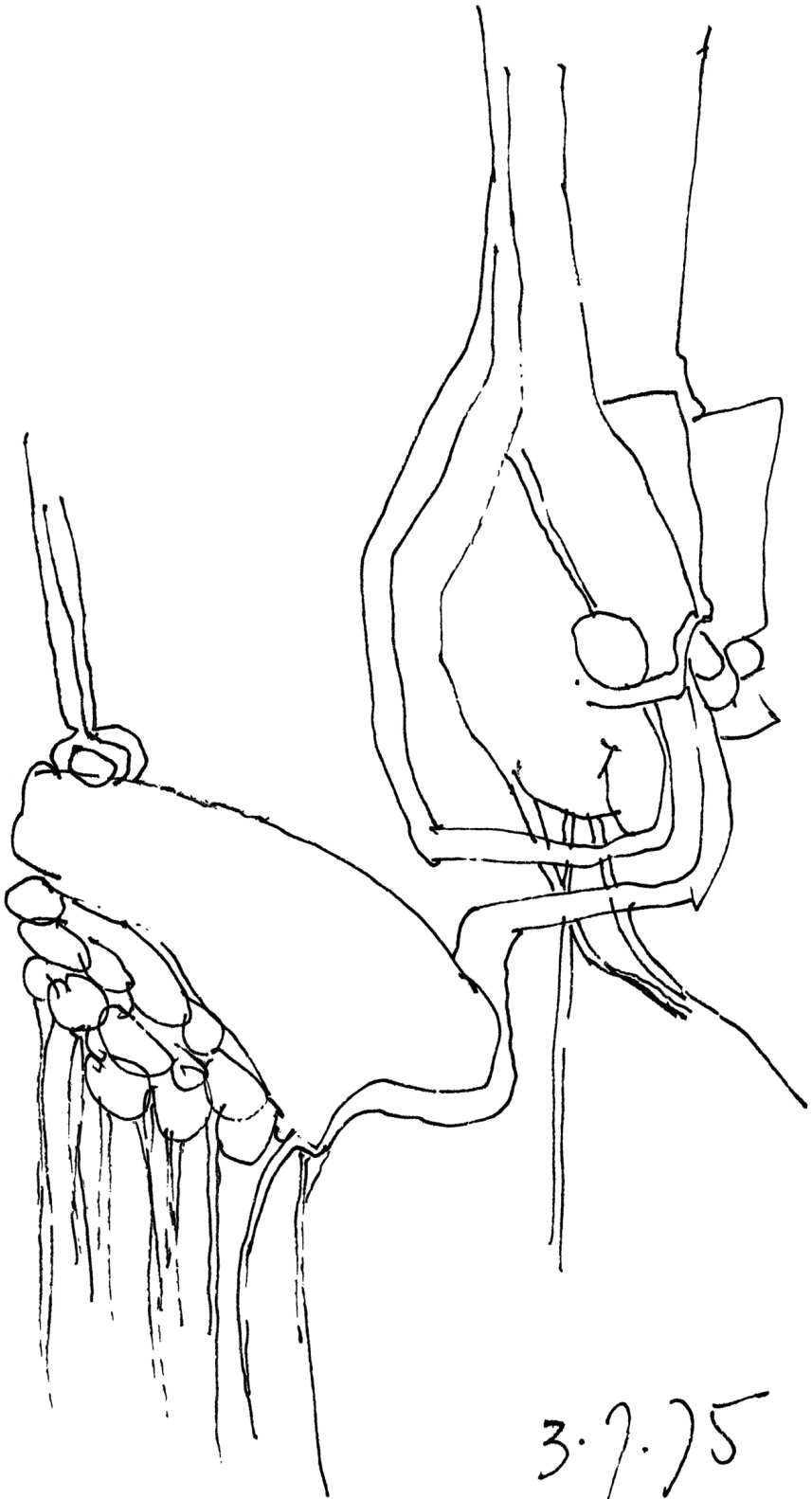
3.7.75



3.7.75



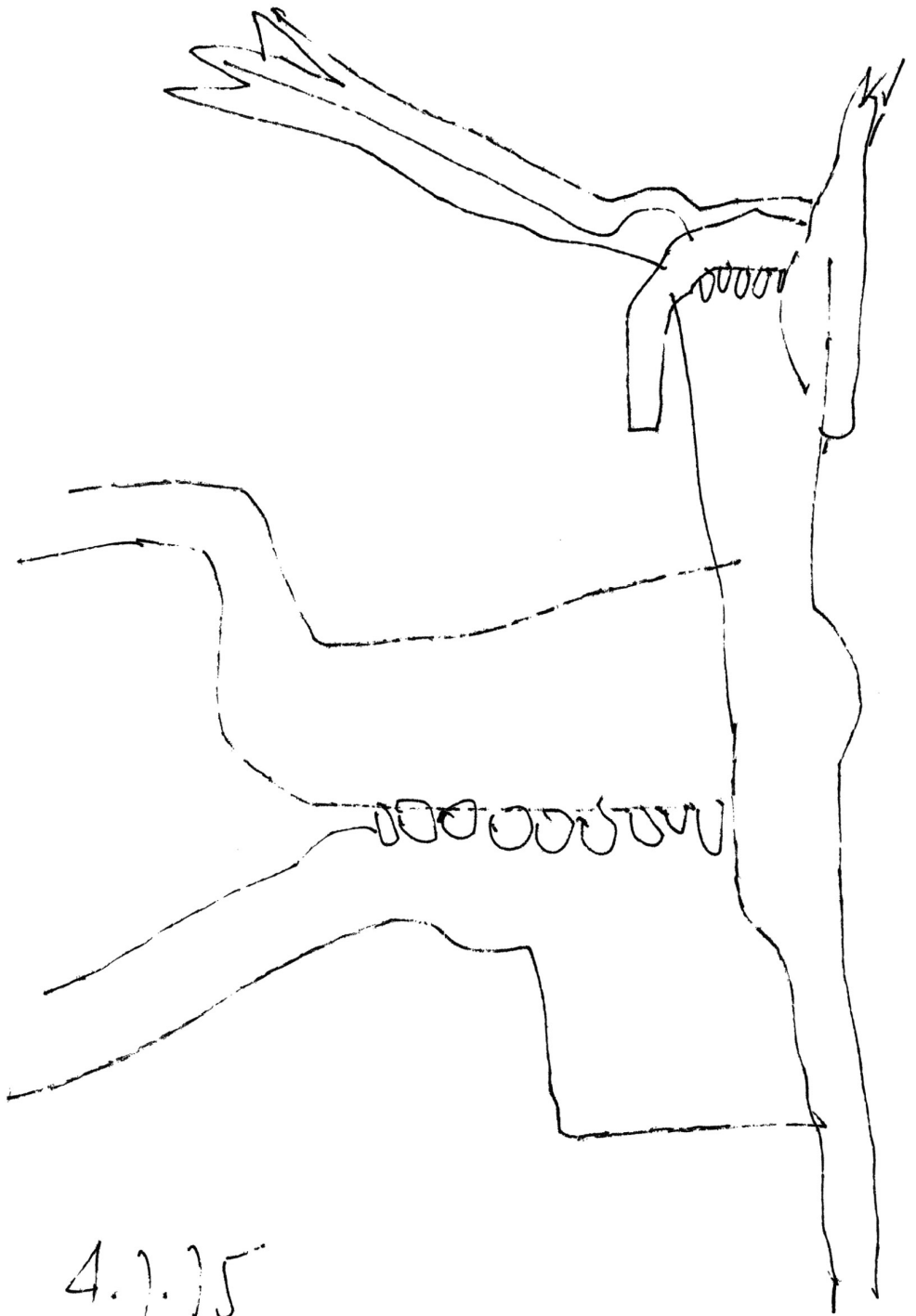
3.7.75



3.7.75

4 de julio de 1975

Sólo en estos días tengo un sentido en totalidad de la prisión. Incluso en el confinamiento, en la soledad, el abandono total sin tiempo de la incomunicación, en la “liberación” de la libre plática en Tres Álamos, los meses aquí en Puchuncaví, todo esto ha tenido un tono nostálgico y me ha costado sentirla. Se empieza a habituar, a tener por corriente lo que se vive (a pesar de las torturas psicológicas a las que nos vemos expuestos de continuo). Hay infinidad de elementos que lo hacen olvidar: la belleza del paisaje que rodea las alambradas, el “aislamiento” a que nos obliga la vigilancia y el soplónaje, el trabajo mismo, las labores cotidianas, la escuela, la solidaridad de los compañeros, el olvido, el tratar de hacer parecer esta existencia como si fuera la vida verdadera, la de siempre, la que están viviendo los otros o la que llevábamos nosotros afuera en ese campo de concentración más grande. Empiezo a sentir las cosas lejanas, voy despidiéndome, distanciándome y no viendo todos estos hechos cotidianos como míos y hoy siento de veras que estoy preso. O más bien: la conciencia que nada de esto me pertenece, que no tengo nada que ver con la alienación en que nos han ido sumergiendo y que sólo estoy unido a lo humano y a lo que es mío.



4.7.75

5 de julio de 1975

Rimbaud: “Y a veces he visto lo que el hombre ha creído ver”.

Un viaje en camión a Valparaíso. Me llevan junto a otro compañero al hospital entre *milicos* de franco, canastas y bultos. Siento por instantes la sensación de vivir de nuevo, ser otro entre tantos (como si nada ocurriese), andar algunos pasos en la calle —desde el camión al Hospital Naval— con una absurda normalidad, a pesar de las metrallas de los soldados que aquí se humanizan y se hacen casi solidarios (pierden el uniforme cuando nos hablan, tranquilos, con la misma naturalidad que nosotros les conversamos).

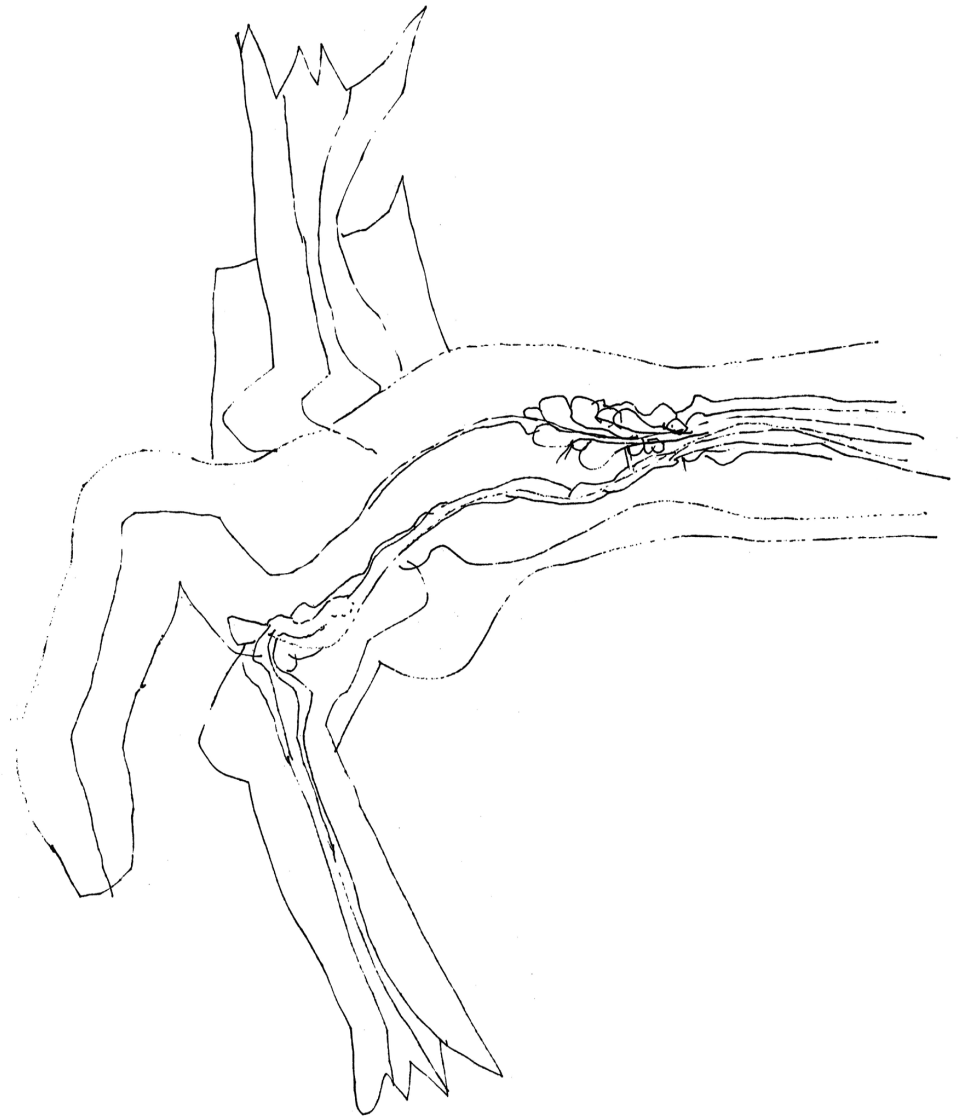
Al regreso, entre cajones, sacos, tarros, acurrucados en un rincón, miro cómo en una pantalla —con la figura recortada de los infantes de Marina y su fusil en cartulina negra— pasa una película de lo habitual: los trenes, los barcos un poco más lejos, gente más cerca; casi respirando encima de uno, tantas luces, pitos, bocinas, todos los ruidos cabalgando. Y mientras avanzan empieza a oscurecer lento, muy lento, con rojos fugitivos del sol entre las nubes y el mar, el puerto empieza a llenarse de luces, un reguero de hormigas luminosas, figuras entrelazadas, crepitar de olas, apretones de manos o simples líneas rectas titilantes.

En el camión nos llenamos de oscuridad y silencio, hundiéndonos en un sopor de existencia y, de nuevo, el olvido. En la pantalla sigue alejándose el puerto mientras vamos volviendo a la otra multitud. Y al cruzar el portón del campo, junto con el santo y seña, la cartulina recortada rompe el embotamiento para volvernos a la realidad:

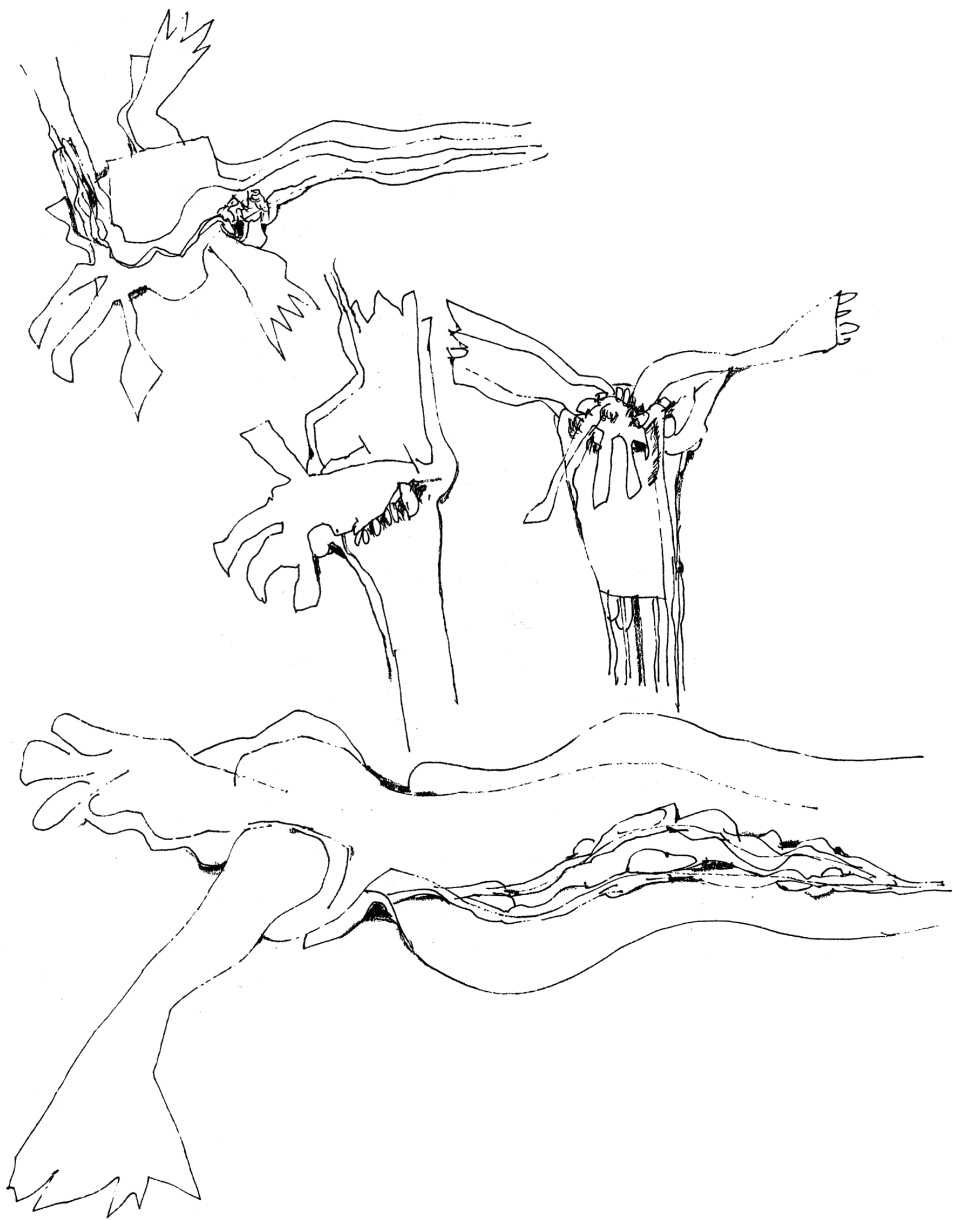
—De nuevo al infierno...

Y con su voz se me viene lo que Rimbaud nos contaba en París cuando yo tenía veintitantos años menos y que yo dibujaba sin saber que lo viviría después.

¿Y qué podíamos decir nosotros si tenía tanta razón y además era la cartulina negra la que hablaba?



5-7-75



5.7.75

6 de julio de 1975

Acordarse que no todo es un aletear poético o algo que quisiéramos imaginar como pletórico de una belleza altisonante. Empezamos a levantar estatuas de mentiras o sólo de cosas que imaginamos y le vamos confiriendo valores ficticios a los anhelos, a cuestiones que las vimos embellecidas sólo a través de las lágrimas primeras.

¡El ojo seco, el ojo seco para mirar!

Mistificamos que es un gusto hasta quedar con la guatita llena de mentiras armadas con mucho cuidadito. ¿Son voluntarias?

Nos engañamos por puro gusto ¿o es que lo necesitamos para darnos valor?

No hablo de “valores perennes” sino de cuestiones circunstanciales, de paso, pero a las cuales las hemos condecorado con alitas y las hemos echado a volar.

7 de julio de 1975

Beckett: *Esperando a Godot*.

E. ¿No estamos atados?

V. No entiendo nada

E. Pregunto si estamos atados

V. ¿Atados?

E. Atados

V. ¿Cómo atados?

E. De pies y manos

V. Pero ¿a quién? ¿Por quién?

Explicarse, darse entero, desollarse sin piedad aunque sea en el silencio. Ir buscando muy dentro de uno a los otros, lo que se está dando más allá de las imágenes.

Siempre fue un misterio (y lo sigue siendo para mí) saber si tras la pantalla del cine hay algo más que una oscuridad lógica, me gustaría encontrar el mundo que las palabras no describen. O ¿por qué no bucear en el silencio? Hombres-ranas en la noche.

Hacer de todo vacío algo más que un drama particular. Así empieza a tener importancia el expresarse a puro grito, a grito pelado, aunque uno quede ronco y después todo sea un susurro. Siempre quedará un rastrito y puede ser también importante ese silencio porque es lo que viene después del grito.

Aunque sea noche, siempre hay estrellas que escuchan o miran, incluso si no las oímos a causa de las nubes o la lluvia o tantas otras cosas.

8 de julio de 1975

Puchuncaví

Kafka: “Comunicar algo incomunicable”.

Samuel Beckett: “Dans le silence on ne sait pas, il faut continuer, je vais continuer”.

Construir, construir y destruir sin dejar de hacerlo nunca, dejar el miedo de lado, aún el mismo miedo de salvarnos como esperando siempre a Godot.

Y no olvidar la magia ni la poesía. Tampoco el dolor.

A comunicar a gritos, a palos, como sea, a toda pala, lo incomunicable y a continuar sin parar nunca.



7.7.75



7.7.75



7.2.75

9.7.75

Alguien aquí en el campo habla del hombre sin alas, de cómo nadie podría ser más grande que otro, o más bien: cómo no se puede admirar ni sentir por superior a nadie puesto que aún no se ha visto un hombre que vuele.

Pues bien, yo he visto hombres con alas, he visto hombres volar. A veces los veo pasar por mi lado, aquí, sin darnos cuenta.

Quizás fué mis no, compañero...

Es cuestión de mirar
un poquito más hondo

9 de julio de 1975

Puchuncaví

Hoy llueve.

Me detengo a mirar el paisaje luminoso de verdes que a lo lejos el sol penetra bajo la lluvia, sólo me importa la música del agua sobre la ropa, en el suelo, los techos (ese goterear hace olvidar el barro y que el momento de belleza es demasiado fugaz), sólo me importa este instante en que un leve tono rosado se cuela entre las nubes grises cuando estoy obligado a cantar junto a los otros, con las manos pegadas al pantalón, como autómatas, en posición firme.

Color rosado te estoy llamando

te estoy gritando

color rosado

déjame viajar contigo.

Voy corriendo, me escapo en esos grises chapoteando en verdes, tantos verdes iluminados de un sol de lluvia,

azul, azul, llévame,

llévame rápido

(que no quiero esta tierra herida). Verde te estoy llamando para vivirlo entero

ese color rosado entre las nubes.

10 de julio de 1975

Volver siempre al asunto de la transfiguración de lo real en otra realidad con sus propias leyes, las que le pertenecen sólo a esta y que están, ciertamente, condicionadas por la primera. ¿Cuál es la verdadera?

Las dos tienen la misma fuerza y el mismo vigor.

Lo importante es que la que se saca de nuestras manos como palomas de un sombrero tenga más realidad, más verdad, más hondura aunque el modo de decirlo parezca inverosímil o —a veces— apariencia de evasión de esa realidad de la cual sale.

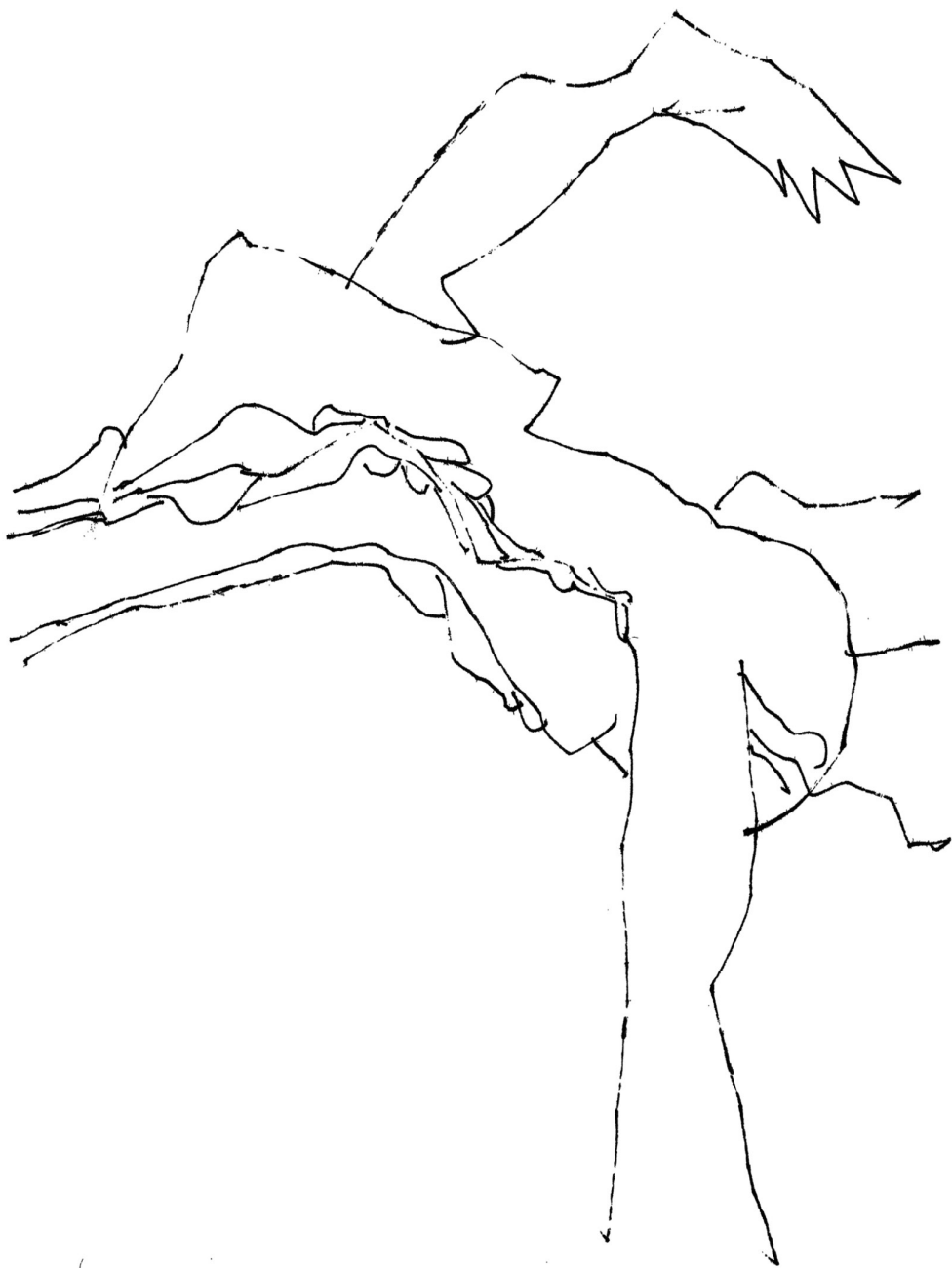
La tarea es: hacer la transfiguración más verdadera y más nueva que lo transfigurado.



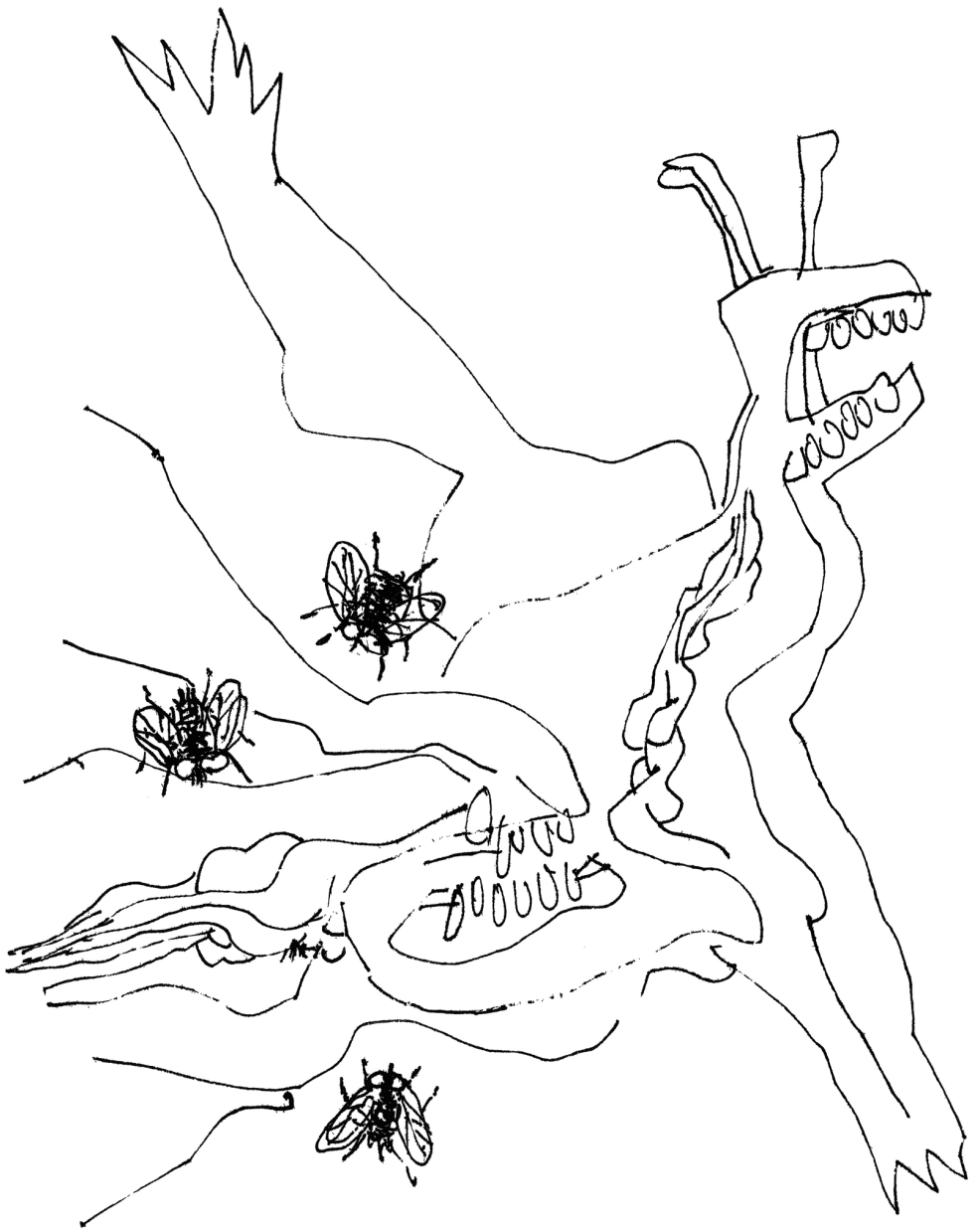
10.7.75

Un sueño

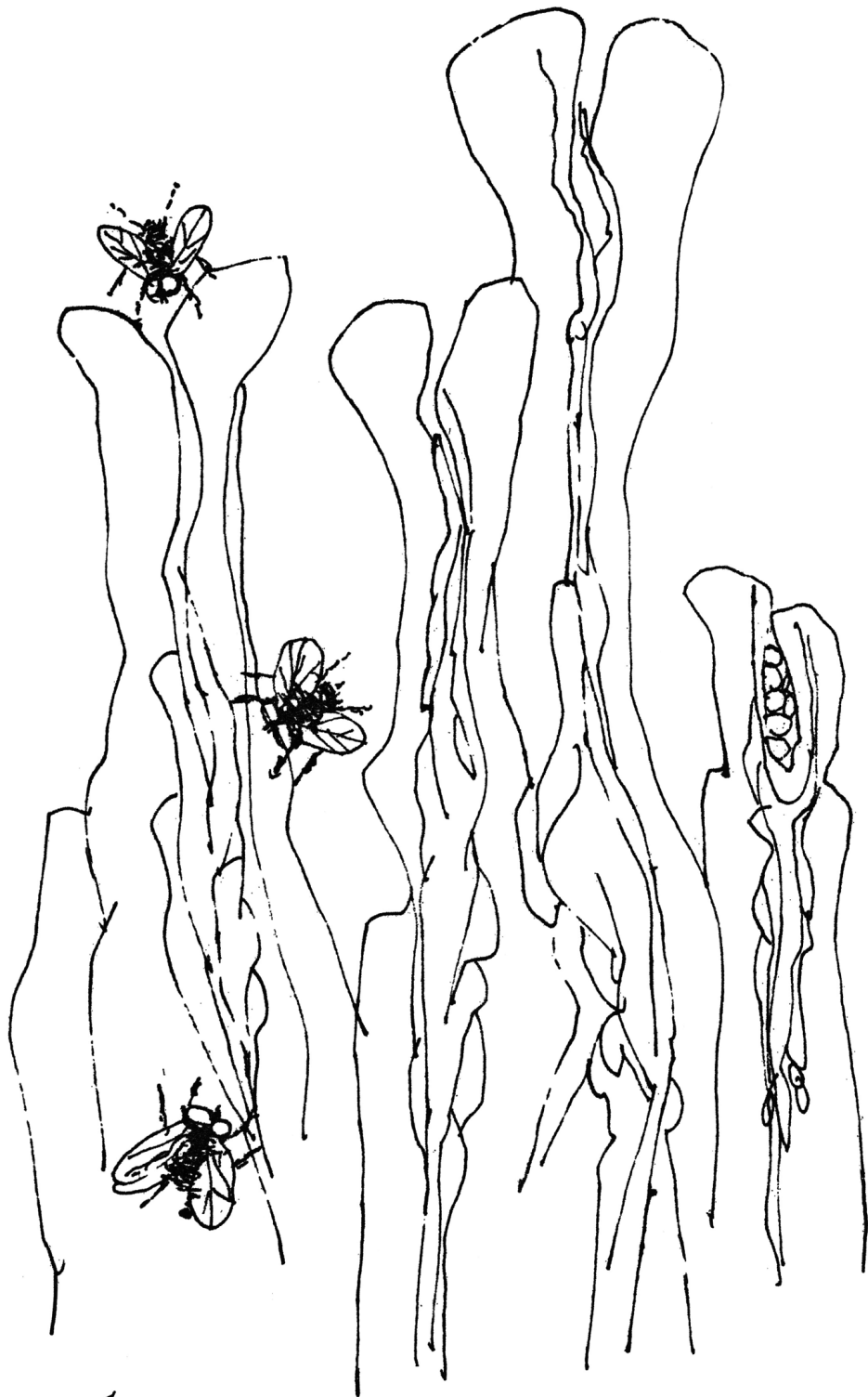
Una pieza irreconocible o un escenario. Entran personas de distintas edades. No conozco a nadie, comienzan a envejecerse poco a poco ante mis ojos y se van retirando. Algunas algo más viejas, otras jóvenes aún, varias casi verdes, blancas quizás. La cosa no es espeluznante sino muy desgarradora porque en esa multitud cambiante estoy solo, no conozco a nadie ni siquiera intuyo nada. Paso a través de una puerta o una ventana, reconozco un paisaje, no sé qué es, pero lo reconozco. Me siento salvado.



10.7.75



10.7.75



10.7.75

Viernes 11 de julio de 1975, por la mañana con mucho sol

Me doy cuenta que sólo puedo conversar a medias, que puedo ser yo entero en muy pocas ocasiones y aún en esas engañándome a mí mismo y cediendo mucho. Mezcla de angustia o más bien de aburrimiento. Falta de contacto, a veces culpa mía o, en otras ocasiones, cuestión de lenguaje, idioma, reglas del juego, sombreros diferentes o número del zapato equivocado.

En los dibujos actuales sólo me planteo una cuestión visceral, me he olvidado por completo de la integración geométrica a estas estructuras anatómicas. Ni siquiera las he pensado y sólo ahora, cuando recuerdo hacia atrás, me doy cuenta que no existen.

Hay un problema a solucionar: integrar estas figuras aisladas entre sí y hacer de ellas un universo coherente y no mundos aislados.

Podría darse que las moscas pudieran ser elemento integrador. Lo que no sé es si tendrán la frialdad científica que pensé en los primeros momentos cuando sólo eran un esbozo mental unos días después del golpe, o también irán teniendo esa “bellecita” que me asusta siempre.

Una dualidad más: o el universo creado por completo (a lo Huidobro) o el en que las vivencias tengan más importancia. Puede que se unan alguna vez, pero es indudable que las últimas están tomando cada vez más una situación de privilegio en la temática y en la forma. Queda, de todas maneras, el problema “divorcio” a solucionar, pero es un asunto muy alejado por el momento aunque es ahora cuando se hace más presente, pero en las actuales circunstancias, a caballo en los hechos es muy difícil verlo (e incluso el paisaje se hace más borroso a causa de la velocidad). Es lo mismo siempre y —total— no se tiene nunca el tiempo para pensar. Se está siempre cabalgando, pero de ningún modo esta dicotomía debe hacerme olvidar que antes que nada el ser humano es creador por encima de todo, y eso sí es importante.

Un compañero se me acerca mientras escribo y se sienta a mi lado silencioso un buen rato, luego me cuenta algo de él. ¿Por qué lo hace? Nos conocemos tan poco y me habla de sus dolores, de sus amores, de algo que ya no tiene remedio, del abandono. ¿Por qué lo hace? Pues sólo por eso: porque aquí es el único lugar en que no estamos solos.

Por la tarde, después del almuerzo. Vienen a buscarme para llevarme a Tres Álamos. Veo a mi mujer un instante en el portón, le grito a donde voy. Pasamos a Ritoque a buscar a dos compañeros. Somos cinco en total, nos vigilan diez carabineros.

Más adelante, cerca de Ventanas, junto al mar de Chile que quizás nunca más veremos, que sirve para embriagarnos de ilusiones o de ensueños, pasa un camión cargado con barras de cobre. Curiosa coincidencia: tres años atrás, el presidente Allende y todo el Congreso Nacional hacían del cobre —lo que ya no es— la dignidad nacional.

Sábado 12 de julio de 1975

Tres Álamos

Recordarte en el camino estirando los brazos, besándonos en el aire y sólo tocar el espacio con los dedos. Sin tristeza porque un rato antes te había abrazado y llorado unas doscientas veces en los compañeros que dejaba y te había dicho adiós abriendo y cerrando los puños antes de encontrarte al llegar y tu sonrisa extrañada en la mitad del camino hasta llegar de nuevo a abrazarte cien veces en esta sala de espera, en esta nueva escala.

Y ahora apretados en el vientre de la ballena, metidos entre las costillas, encontrar la cordillera nevada de nuevo y el mar, la marea inmensa envolviéndonos, entrando en nosotros, amarrándonos más y más en la sensación de eternidad y libertad.

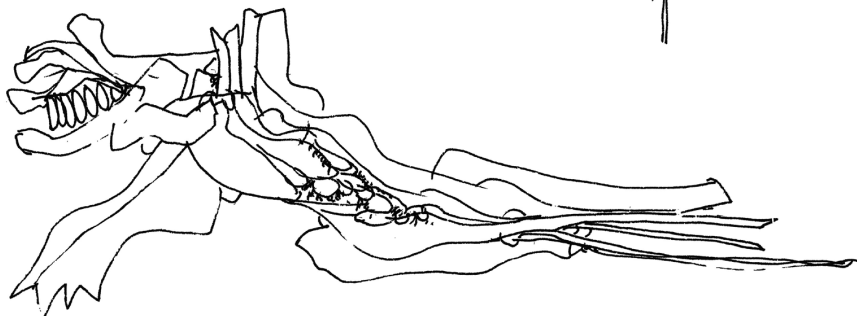
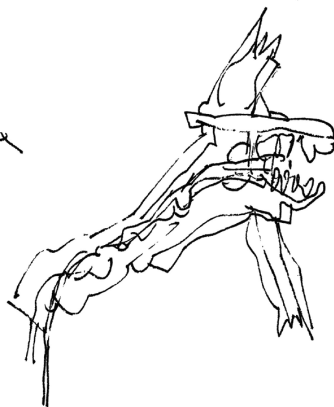
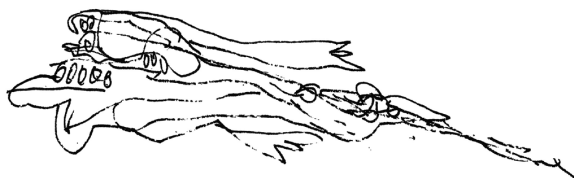
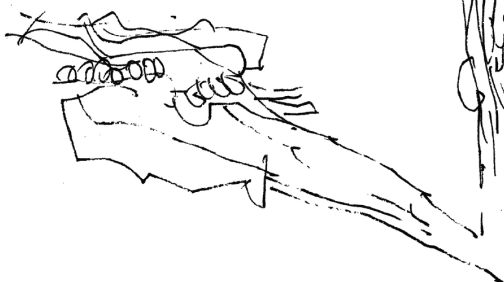
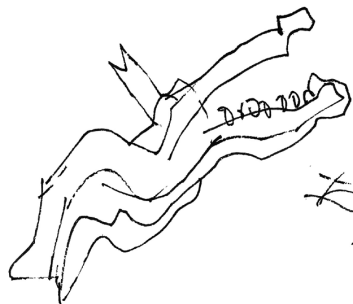


12:15

Los fondos negros, las figuras en blanco, leves
 tocas - malpites, caminos - algunas líneas a color
 Los rectángulos de color o finos y más de 1 color.
 uso de complementarios.

o bien rectángulos finos marcas de colores
 diversos

figura de la derecha, predominio del gris: -



13 de julio de 1975

Ver, con Leonardo da Vinci, la búsqueda y no los pretextos para un virtuosismo que olvida lo esencial.

Preferible encontrar cosas nuevas, nunca dichas, pero nacidas de lo que se conoce de veras y con amor. Amar la estructura interna en vez de la gracia. Rehuir como se pueda el peligro de hacer bien las cosas sólo por el placer estético y, aunque sea de vital importancia para hacerse entender, lo que importa es lo que hay que hacer entender. Dicho “avec le ventre”, arrancando a perderse de las meras apariencias.

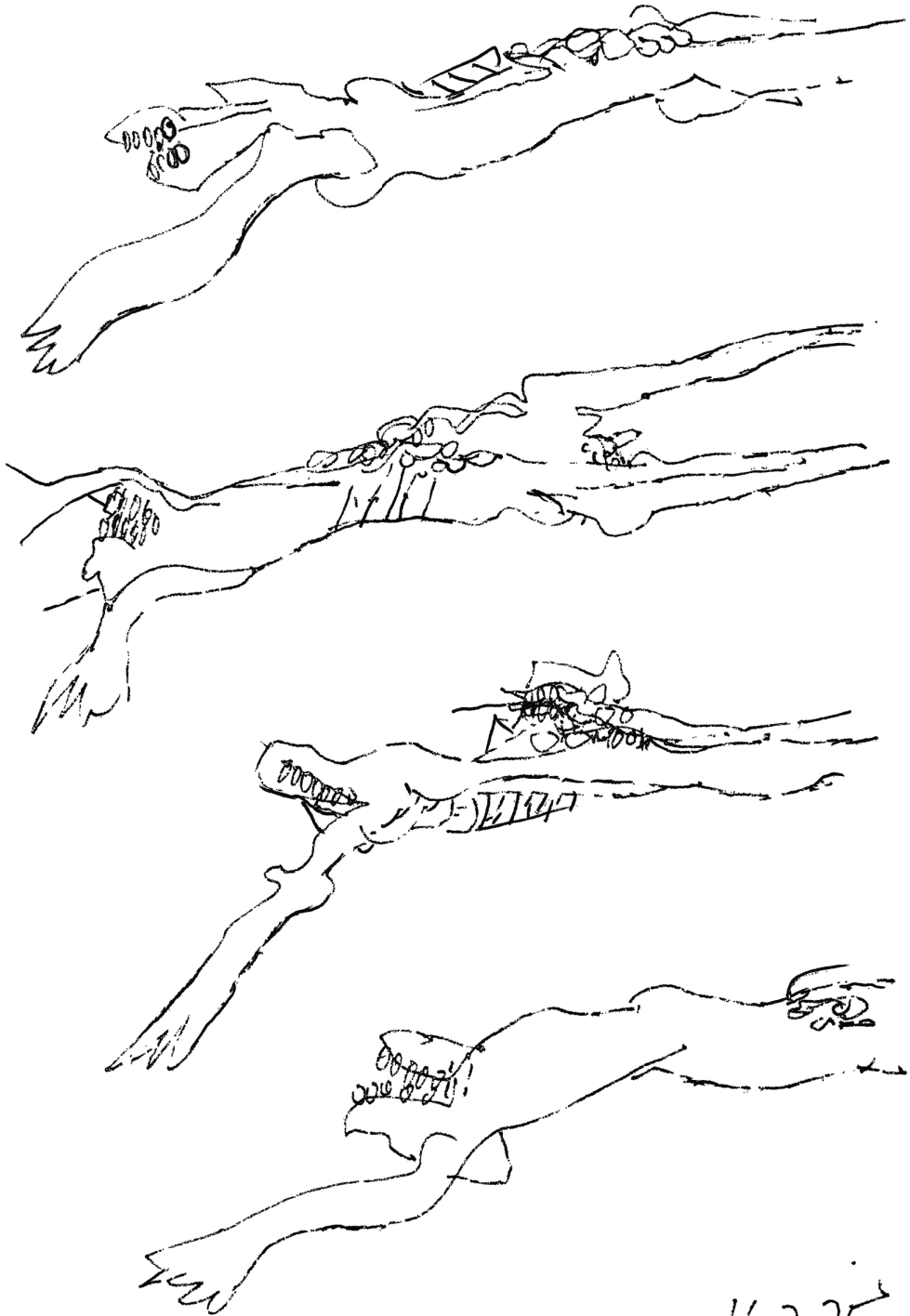
Alcanzar una perfección cada vez mayor es el drama secreto de la vida de Leonardo. Entiendo el drama porque —sin quererlo— uno no puede, al pintar, dejar de lado esta búsqueda, aunque se esté consciente que no es ella lo importante, pero una vez frente a la tela, esto se olvida y salta el monstruo que no abandona. Allí hay que tener mucho cuidado, es más peligroso que la torpeza.

14 de julio de 1975

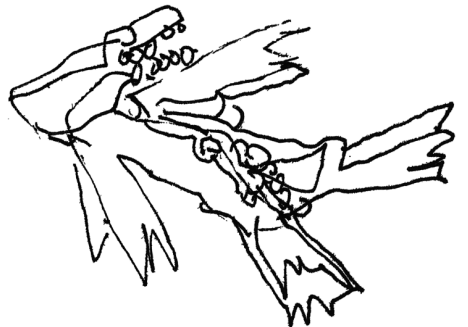
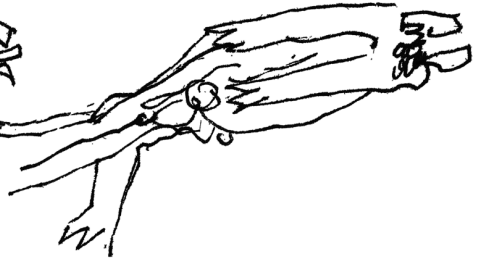
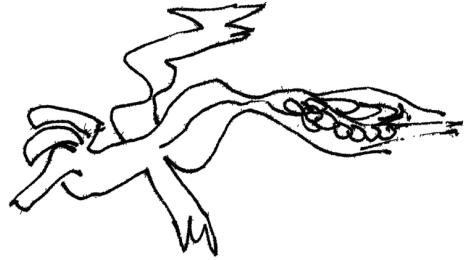
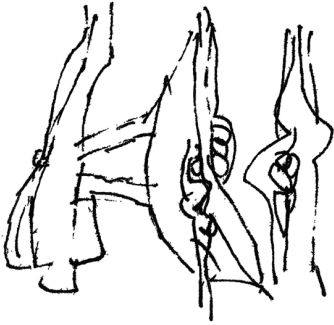
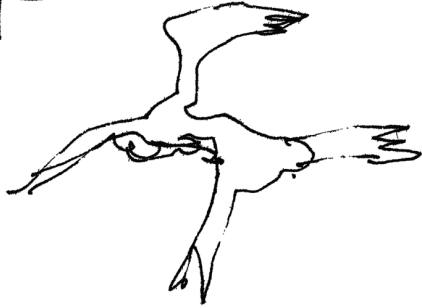
¿Qué indicarán esos dedos índices levantados u horizontales en Leonardo? Hay en ellos algo más que una búsqueda formal de la composición, más que una invocación o un misterio. Una provocación: “expresar lo inexpresable de Kafka” (curioso unirlos así).

¿Habrá algo trágico en todo esto? ¿Su soledad, por ejemplo?

Dice Leonardo: “Creía que aprendía a vivir, pero era a morir lo que estaba aprendiendo”. Esto puede ser tremendamente cierto, pero también aprendía a volar. ¡Que nos nazcan alas, muchas alas!



16.7.25

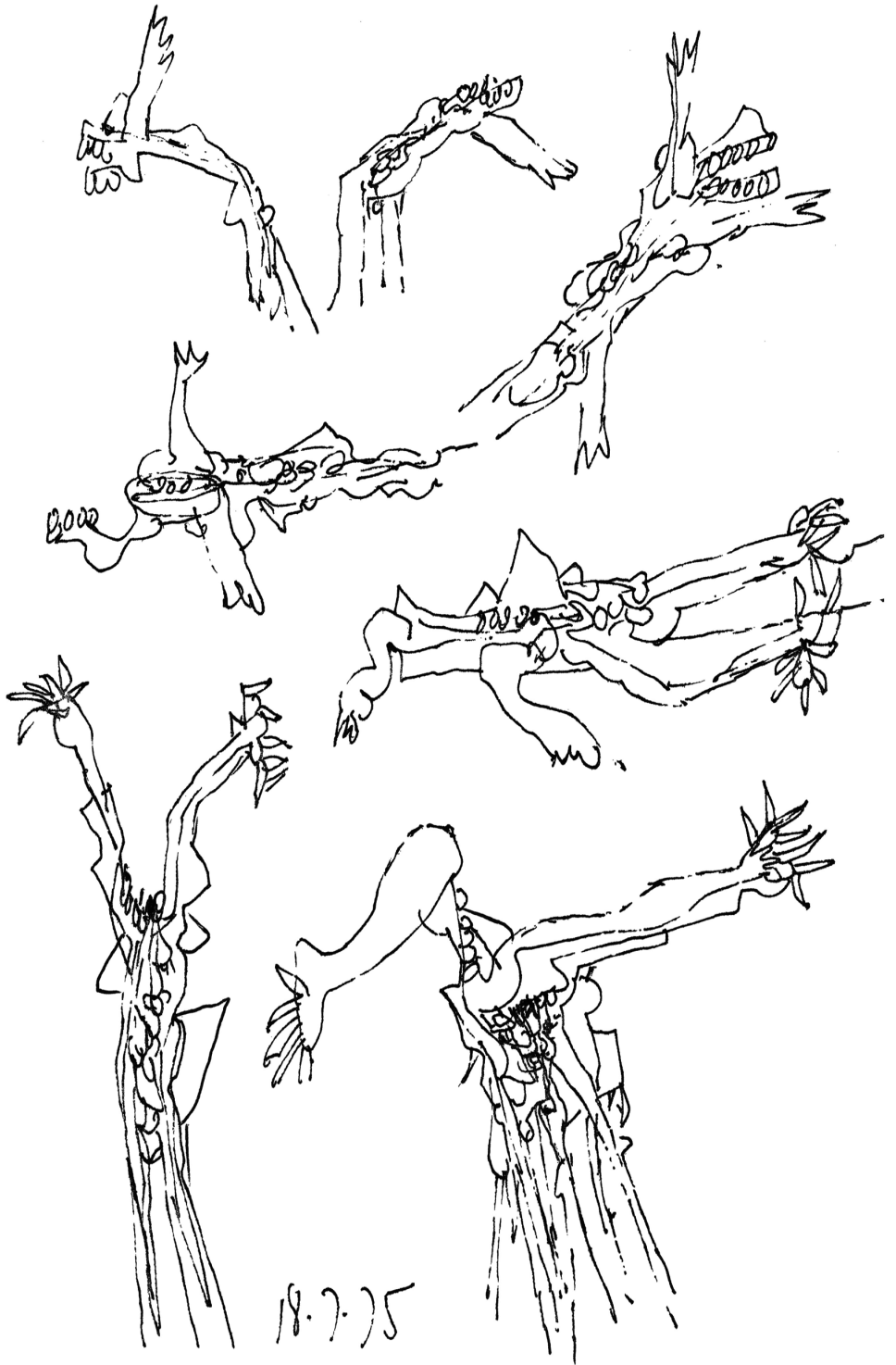


18 de julio de 1975

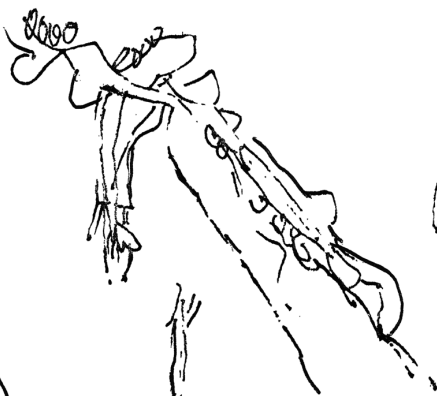
La nieve resplandeciendo en la cordillera al fondo que recortan un árbol cercano y, más allá, las torres de vigilancia con los carabineros armados. Y en la ventana, dos figuras: aquí cerca la luz Vermeer en la toalla: la luz Tres Álamos, la luz Puchuncaví, Ritoque, Dawson, Tejas Verdes.

Recostado en medio de este Brueghel, delirante y bullicioso, pero sin color, que mira la *tele* y la figura de la ventana indiferente lima y lima su monedita sin importarle el sol que dora el nogal del patio y que hace brillar — con la misma intensidad que el metal que él trabaja en sus manos— la nieve de la cordillera. Por lo menos, hoy puedo mirarlo desde mi camarote, sin esa angustia que me hacía aferrarme con tanta intensidad a ese fugaz rayito de sol que se iba en la tarde.

¿Qué habré estado pensando un día como hoy en el jardín oscuro cuando sin ojos plantaba rosas?



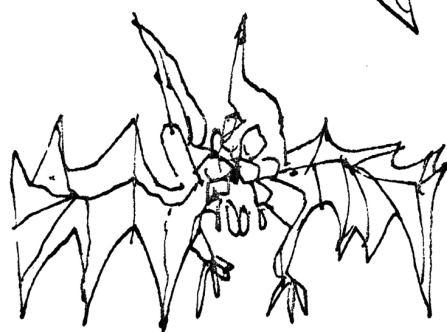
18.7.75



18-7-75

18.7.75





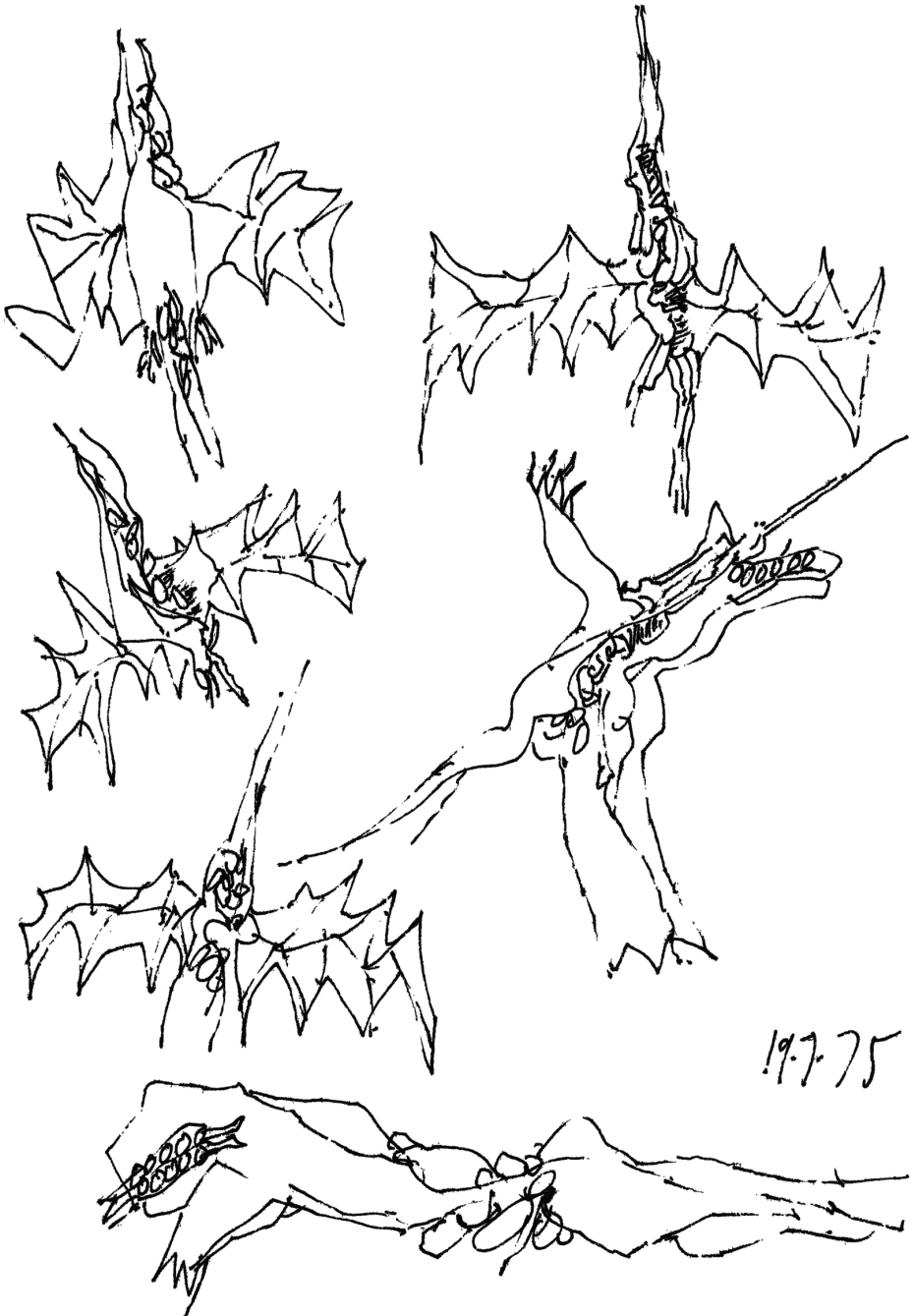
10.7.75

19 de julio de 1975

Obtener un salto en profundidad a riesgo de perecer.

Hacer visible esa masa oscura que viene cantando desde el interior, arrollando con todo, sin miramientos, aunque a primera vista pareciera que no se reconoce.

Mostrar desde dentro para que la luz salga con crudeza. Hablar desde las profundidades, hablar de las oscuridades para hacer de la luz un hábito, un modo cotidiano de mirar más y más dentro de nosotros, de los otros.



19.7.75

20 de julio de 1975

¿Me están robando el tiempo?

Puede que me esté haciendo rico (sin saberlo, a hurtadillas), a veces más cansado. Pero aprendo cosas, muchas cosas:

Me miro muy hondo, en profundidad, tengo muchos temores, miedos. Y aunque me están robando el tiempo, yo les voy royendo —arañando— picoteando y a grandes zarpazos les voy destrozando lo que en mí no pudieron destruir y de ellos tengo lo que de mí no tuvieron.

21 de julio de 1975

¿Y dónde estoy
sino volando contigo?





26.7.75

Pablo Núñez

Entrevista con Elisa Massardo
Junio de 2023

¿Tienes recuerdos sobre el golpe de Estado? ¿Cuál fue tu reacción, la de tu familia?

Yo tenía 13 años, estaba en el colegio todavía, en básica. Como en mi familia había mucha gente de derecha, por un lado... Una tía mía que era de izquierda miraba por la ventana del último piso, porque la casa tenía cuatro pisos, el bombardeo de La Moneda y lloraba. Estábamos en la casa de mis abuelos, donde yo crecí, en Pío Nono con Santa Filomena.

A mi mamá le dio por planchar y no mirar nada de todo esto. Por supuesto que no estaba de acuerdo.

Mi tía, que estaba de acuerdo, encontraba que todo esto era fantástico. Nos tocó, como estábamos frente al cerro y hubo enfrentamientos frente al cerro, nos tocó tirarnos al suelo, balaceras frente a la casa. De mi papá no sabíamos nada, hasta que lo logramos ver después de ese toque de queda que hicieron.

Para nosotros era como, inconscientemente, entretenido todo esto. No le tomábamos el peso político, ni nada.

¿Lo vinculaste, en algún momento, a tu papá?

Nunca, nunca pensé que le iba a pasar algo.

¿Cómo te enteraste de que lo tomaron detenido la primera vez?

Nos enteramos por nuestra abuela paterna, porque lo fue a ver y no lo encontró. Ahí empezó la búsqueda. En esa búsqueda ayudó mucho mi tía que era de derecha y logramos saber que estaba en la FACh, pero no recibía visitas ni nada.

Nunca lo pudimos ir a ver, porque no recibía visitas. Había un carteo. Escribía unas cartas maravillosas, porque mi papá escribe maravillosamente bien.

¿Ustedes le podían contestar?

Sí.

Luego, tu papá sale de prisión y empieza a preparar las exposiciones...

Empieza a preparar la exposición, que fue a raíz de haber estado preso. Estaba preparando varias exposiciones seguidas.

¿Cómo fue la primera vez que lo viste luego de salir de prisión?

No estaba muy distinto, porque mi papá estaba delgado. No estaba muy distinto. Estaba demacrado, pero además, estaba feliz. Entonces era una mezcla muy rara. De amargado, nada, porque tiene humor. Siempre tiene este humor que es muy de su familia, como un poco “negro” si tú quieres.

Ahí volvió a su casa y empezó a preparar estas exposiciones y le dije que no las hiciera. Me dijo que no podía dejar de hacerlas, que era necesario. Entonces, no fue una discusión, pero yo tenía 14 o 15 años y no quería que las hiciera. Jamás pensé que lo iban a tomar preso por la exposición de las jaulas, pero bueno, *al que le venga el sayo que se lo ponga finalmente*, pero no duró nada. Duró la inauguración y al día siguiente a mi papá ya se lo habían llevado preso y la exposición estaba clausurada. Y por supuesto que las exposiciones que venían a continuación se cancelaron.

¿Fuiste a la inauguración?

Sí, fui. Había harta gente y conocí a la Sole, en la biblioteca. Nos caímos súper bien. Y bueno, después vi a mi papá cuando lo echaron, en el aeropuerto.

En esos cuatro meses que tu papá estuvo en libertad condicional, ¿igual se juntaban, se veían?

Sí, regularmente. Nos íbamos a pasar los fines de semana a Lo Curro, siempre. Volvimos a nuestra vida normal, mientras él preparaba estas exposiciones.

Lo pasábamos bien cuando íbamos a verlo. Lo que pasa es que en mi casa nos cuidaban mucho. A mí no me daban permiso para salir solo. Yo me acuerdo que una vez le pedí permiso a mi papá en Lo Curro, y me dijo: “tú has lo que quieras, sólo dime dónde vas a estar y si vas a llegar o no”. Entonces, qué me han dicho, aprovechaba mucho los fines de semana para ir donde una prima, donde mi tía mayor, hacía esas cosas. Iba y volvía, porque sentía esta libertad que para mí era increíble. No podía creer que no tuviera que pedir permiso, que podía decir voy y vuelvo, nada más.

La segunda vez que estuvo preso, ¿se comunicaban o veían?

Por carta teníamos comunicación. No lo vi, pero la comunicación por carta no cesó nunca. Él escribía maravillosamente bien, y yo no le debo haber escrito mucho porque soy pésimo para escribir. Pero escribía. Estábamos comunicados y sabíamos dónde estaba. En cambio, la primera vez pasaron un par de semanas sin saber dónde estaba. Estaba desaparecido.

¿Esperabas que lo metieran preso la primera vez?

No, pero a propósito de qué. No, jamás. Porque mi papá no estaba metido en nada.

Pedro cuenta que tu papá no llegó a buscarlos, un día viernes.

Claro, no llegó. Entonces él fue con mi abuela a buscarlo y a ver qué pasaba, y estaba todo abierto y bueno...

Después de que lo echaron, ¿cuándo se volvieron a ver?

Lo vimos cuando lo fuimos a visitar a Francia, en el 77. Después yo volví el 81 y después nos veíamos y lo pasábamos bien.

La primera vez, que estuvimos como tres meses, fue solamente en Francia, puro París. Entonces, él nos sacaba los primeros días. Lo primero que nos mostró fue la Notre Dame. Habrá salido un par de veces más con nosotros y después nosotros salíamos solos a recorrer.

¿Alcanzaste a ver si es que tu papá hacía algún tipo de actividad política en Francia...?

No, mi papá lo que estaba haciendo era pintar toda esa serie blanca, de fondo blanco, con muchos huesos, muchos cadáveres, mucha sangre y que eran una mezcla... El fondo blanco era como un marco y dentro de esto estaban insertas estas pinturas que eran como las de los años 60, eran más orgánicas, había vuelto a eso.

Había uno que tenía unas moscas, que a mí me pareció fascinante porque las moscas estaban tan bien pintadas. Esta serie la trajo a Chile y la mostró en una galería, ahí en calle Suecia. Y la gente que entraba decía que parecía una carnicería.

A mí, la pintura de mi papá, nunca me pareció violenta, ni nada. Yo creo que porque estaba acostumbrado, entonces, no me calzaba el impacto que le causaba a la gente por lo violento, ponte tú. O había gente que decía que no podría comer con un cuadro de estos al frente, y yo comía con un cuadro al frente todos los días y no me pasaba nada, los encontraba hermosos.

¿Y en algún momento conversaron de su estadía en prisión?

Poco. A mi papá no le gustaba mucho hablar. Contaba cosas de repente, pero no era que se pusiera a hablar del tema.

Mi papá también empezó a tallar en madera, empezó a hacer cosas preciosas en madera. Un caballito de mar, que no sé dónde habrá quedado. Hacía cosas increíbles.

Mi papá, en ese sentido, parece que tuvo suerte porque no lo torturaron, o sea, le hacían tortura más psicológica, pero no lo torturaron terriblemente. Pero no, no era un tema que hablara. De repente, ponte tú, escuchabas eso porque lo hablaba con otra persona, pero mi papá no se quedó pegado en eso, la verdad.

Y claro, empezó a pintar esto porque encontró que era una forma de denunciar que en Chile había tortura. Cuando mi papá vuelve el año 84, acá a Chile —porque había una especie de amnistía y él estaba en la lista de los que podían volver—, y trae estas exposiciones, se da cuenta de que acá en Chile a nadie le importaba nada. Estaba todo el mundo en el auge económico y ahí mi papá vuelve a Boesse, porque mi papá ya estaba viviendo en el campo y deja de pintar todos estos cuadros con fondo blanco y empieza a pintar con color y empieza a pintar paisajes. Cambia completamente, radicalmente, su pintura. Dijo, voy a hacer lo que yo quiera, porque a nadie le importa esto.

¿Ahí empieza a pintar esa serie que es como el desayuno sobre la hierba, no?

Sí, y la serie de Boesse, de la *suite* de Boesse. Son todos con mucho color. Eso pinta hasta volver, porque mi papá, en Boesse, era feliz.

Era un pueblo que había sido elegido como lugar de descanso de los cruzados. Estos lugares estaban elegidos, así como místicamente, por una cosa de energía. Entonces, este pueblo tenía una energía maravillosa. Y el pueblo, imagínate haya sido un cuadrado y todo el resto eran trigales. Y la casa de mi papá estaba justo en la punta del cuadrado y no tenía vecinos, o sea, los tenía hacia un lado, pero todos los ventanales eran paisajes con una luz maravillosa. Si él no quería volver. La que quería volver era la Sole.

A mi papá le costó mucho empezar a pintar aquí en Chile, por la luz, porque la encontraba eneguedadora.

Mi papá como que no había pensado en volver y cuando volvió, vendió todo. El departamento en París, que era chiquito y que

lo usaba más que nada la Sole, cuando tenía que hacer clases en la Sorbonne. Él casi no iba a París, estaba casi siempre en Boesse. Y cuando le pregunté por qué había vendido el departamento en París, me dijo que tenía que quemar todos los barcos, para que no le dieran ganas de volver.

Y yo después del 81, fui a verlo varias veces y aprovechaba para viajar a otros lugares de Europa. Bueno, tú sabes cómo es mi papá, es un dulce (ríe con ternura). Entonces nos entreteníamos, íbamos al museo, qué se yo.

La última vez que fui fue el 87, cuando mi papá se estaba volviendo. Le ayudé a embalar lo que tenía en Boesse, era una *lata* terrible. No había nada que yo odiara más que enrollar telas, porque había que sacarla de los bastidores y enrollarlas, y qué se yo. Pero siempre los fines de semana me tocaba *pega*. En la semana me quedaba en París, en el departamento de un amigo que vivía cerca del Louvre.

O sea que para ti no era un tema si tu papá volvía o no...

No, o sea, qué pena que se haya vuelto porque, claro, era una justificación para ir. Yo primero odié París, después lo amé, después lo eché de menos y ahora me gusta, porque lo conozco.

¿Nunca pensaste en irte a vivir allá?

No, porque yo trabajaba mucho acá. Tenía mucha *pega*, una tras otra.

¿Nunca te afectó, laboralmente, que tu papá estuviera exiliado?

Nunca, nada. No era tema. Nunca nadie me preguntó nada, ni si yo era hijo de, ni nada, y a lo mejor lo sabían, a lo mejor no, no tengo idea. Ni me afectó en tener más o menos trabajo.

Yo empecé a trabajar y me llamaban. Lo primero que hice en el teatro de la Chile fue *La señorita Tacna*, luego hice *El guerrero de la paz*.

¿En algún momento, te afectó trabajar en dictadura?

Sí, yo trabajaba en Canal 7 y fue la primera vez que sentí la dictadura topándose con mi trabajo. No en forma directa, no es que me hayan pedido que le haga un traje a la señora Lucía, ni nada por el estilo, pero ponte tú, estábamos en Viña y había un casino, y había un grupo y una de esas personas dijo que unas niñitas que estaban correteando por ahí entre medio, y les preguntó por el tata, y eran las nietas de Pinochet. Y, además, ganó una cantante que tenía relaciones con un militar. Y entonces, yo dije, no puedo seguir acá.

Entonces, hablé con mi papá y le dije, “papá, no puedo seguir trabajando en el Canal 7 porque siento esto. Es la primera vez que me pasa y no soy capaz”. Con lo cual mi papá, yo creo que debe haber quedado feliz, por un lado. Entonces le dije, “te lo cuento por si acaso tengo necesidad económica y te tengo que pedir ayuda, para saber si cuento contigo”; y sí, me dijo, por supuesto que cuentas conmigo. Y no tuve necesidad nunca, de pedirle nada, porque seguí con trabajo en teatro. Después del SÍ y el NO, volví al Canal 7.

Esto fue el 87 u 88, por ahí, 89 puede haber sido. Yo ya estaba haciendo ópera.

Nunca me topé con Pinochet, ni con la señora Lucía y trabajé con gente de derecha, pero no había un discurso político. Una vez no más me hicieron, a un cantante que tenía un poncho rojo con negro, me hicieron ponerle unas líneas blancas porque si no parecía como del MIR. Fue lo único.

Esta colección forma parte de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado UTE-USACH y se enmarca una iniciativa de la Universidad de Santiago de Chile por la preservación de la memoria

Rector
Rodrigo Vidal Rojas

Presidenta Comisión 50 años
Cristina Moyano Barahona

Director de la colección
José Santos Herceg

Comité editorial
Felipe Cussen Abud
Catalina Echeverría Ibieta
Galo Ghigliotto Ghigliotto
Sandra Navarrete Barría
Carolina Pizarro Cortés

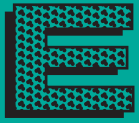
Este libro fue posible gracias al apoyo de la Universidad de Santiago de Chile a través de la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio. En la presente edición trabajó el equipo completo de Editorial Usach

Galo Ghigliotto (director) - Catalina Echeverría (editora)
Andrea Meza (diseñadora) - Ana Ramírez (diseñadora)
Consuelo Olguín (editora adjunta) - Martín Angulo (jefe administrativo)
Claudia Gamboa (secretaria) - Daisy Fariás (auxiliar de servicio)
Emiliana Pereira (jefa comercial) - Javier Solís (ventas)
Pablo Masquiarán (asistente de bodega)

*

Esta
primera
edición de
*Núñez. Testimonios
de prisión* se terminó de
imprimir en noviembre de 2023
en los talleres de Eclipse Impresores
con un tiraje único de 500 ejemplares.
Para los textos de portada se utilizó la
tipografía Eurostile; para el interior
se utilizó la tipografía
Stempel Garamond
LT Std y
Eurostile.





Estamos ante una obra testimonial que reúne los diarios publicados por el artista visual Guillermo Núñez,

quien estuvo preso en la Academia de Guerra y en Puchuncaví durante la dictadura militar chilena. Se trata de relatos escritos en primera persona que dialogan con las voces de su círculo íntimo mediante entrevistas realizadas por Elisa Massardo, en un entrecruce narrativo que tiene el objetivo de rescatar la memoria individual de Núñez, en tanto fue protagonista de la violencia estatal en tiempos de dictadura y, a su vez, plantear los efectos generados a nivel colectivo desde la experiencia individual.

Núñez: testimonios de prisión es una obra que narra el dolor desde múltiples lugares de enunciación. La organización del texto devela gritos que se cuelan entre palabras y trazos de los dibujos que representan distintas torsiones del cuerpo en sus incomodidades y sufrimientos tanto ajenos como colectivos.

Esta colección reúne obras relativas al golpe de Estado y a la dictadura chilena, situando en el centro a la Universidad Técnica del Estado (UTE), para dar cuenta de sus efectos. Está compuesta de estudios académicos, documentos, entrevistas, testimonios, reportajes y textos literarios de autores disímiles en cuanto a su formación, inclinación política y pertenencia institucional.

